

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO



EMIR RODRIGUEZ
MONEGAL

IGNACIO SOLARES

AURELIO DE LOS REYES:
HACIA UN CINE MEXICANO

CUENTOS HUAYES

MADERO

JOSE C. VALADES / MARTIN QUIRARTE / SALVADOR AZUELA
CARTAS INEDITAS DE
RICARDO FLORES MAGON Y VENUSTIANO CARRANZA
SALVADOR NOVO: LA CIUDAD DE MEXICO EN 1910

SUMARIO Volumen XXVIII, número 3 / noviembre de 1973

- Carta de Ricardo Flores Magón
a Francisco I. Madero, 1
- Carta de Venustiano Carranza
a Francisco I. Madero, 3
- Salvador Novo
La ciudad de México en 1910, 4
- José C. Valadés
*La pureza constitucional
de Madero*, 7
- Martín Quirarte
*Ensayos de interpretación
histórica sobre Madero*, 11
- Angeles Mendieta Alatorre
*Galería de mujeres mexicanas
en la revolución*, 15
- Salvador Azuela
*Hacia una valoración de
Madero*, 22
-

I Francisco I. Madero: "La sucesión presidencial"

- Aurelio de los Reyes
Hacia un cine mexicano, 25
- Cuentos huaves (nota
de Elisa Toledo), 29
- Ignacio Solares
Prolongación de la noche, 31
- Emir Rodríguez Monegal
*La muerte como clave de
la realidad mexicana en la
obra de Octavio Paz*, 32

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Diego Valadés / Jefe de Redacción: Carlos Montemayor / Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez

Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124
Franquicia postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.
Precio del ejemplar: \$ 10.00
Suscripción anual: \$ 100.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello
Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Financiera Nacional Azucarera, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social

"Regeneración"

PERIÓDICO INDEPENDIENTE DE COMBATE.

Jefe de Redacción:
JUAN SARABIA.

Director:
RICARDO FLORES MAGÓN.

Administrador:
ENRIQUE FLORES MAGÓN.

OFICINAS: 505 WEST NUEVA STREET. P. O. BOX, 1133.

ST LOUIS MO.
~~San Antonio, Texas~~ U. S. A.

5 de Marzo de
1905.

Sr
Francisco Y Madero.

San Pedro, Coah.

Estimado Señor y muy fino amigo:

Me había sido imposible escribir á V. de ésta. Al principio no lo hice porque temí dirigirme á V. en la forma en que lo había hecho antes, al saber que estaban violando la correspondencia de Vs y aun temí por un tiempo que no hubiera llegado á poder de V. mi última carta de San Antonio.

Después, cuando ya recibí la amable contestación de V. á esa carta, quise escribirle luego, pero un cúmulo de trabajo originado de la necesidad de sacar el periódico con la exactitud que el correo requiere para justificar un buen informe que acredite la concesión del registro en Washi ton, me impidió hasta hoy, contra mi voluntad, escribir á V.

Refiriéndome á su grata última fecha 22 de Febrero, le manifiesto que su segunda libranza por \$900.00 endosada á mi favor y remitida para su cobro á Nueva York, me fué ya pagada, así como la primera de \$600.00 que envié de San Antonio para su cobro.

Repito á V. lo que le dije en mi anterior. A no ser por V. hubiéramos marchado, dada nuestra difícil situación en San Antonio, al desastre, á la derrota á la anulación completa de nuestros trabajos y de nuestros esfuerzos por las maquinaciones del Gobierno, sin duda con más influencia, con su oro corruptor, que nosotros desprovistos de elementos y arrojados sin defensa á una lucha tan desigual.

V. no puede comprender lo que le hemos agradecido su valiosísimo servicio y la deuda de gratitud sincera que contraemos hacia V., no solo por el favor personal y las ventajas de tranquilidad y de relativo desahogo que hemos podido tener en nuestro cambio y la nueva instalación de nuestros trabajos, sino porque la causa que sostenemos la amamos tanto que preferiríamos morir á no luchar por ella pues con ella sentimos identificada nuestra alma y nuestra vida que no creemos emplear mejor que con sagrándola á la defensa de nuestro pueblo tan noble y generoso cuanto desdichado bajo el régimen de tiranía que le ha tocado en lote sufrir á pesar de sus gloriosos esfuerzos de épocas pasadas en que por él, murieron y lucharon hombres tan puros y desinteresados como lo fueron, para no hablar sino de épocas recientes, nuestros padres de Ayutla y la Reforma.

A no ser, sinceramente, por la oportuna y por lo mismo inapreciable ayuda de V. ese nuestro ideal de lucha se hubiera hundido, nos habríamos visto anonadados bajo el peso de la tiranía y reducidos á la desesperación y la impotencia.

Cuando V. reciba esta ya habrá visto los dos primeros números sacados aquí y aunque van malejos porque los hemos escrito en medio de la confusión y el aturdimiento que el exceso de menudo trabajo del cambio y reinstalación

reinstalación nos ha ocasionado, preferimos que salieran así y también mal impresos por la falta de acentos, ñes, y otras, antes que interrumpir la aparición y producir algún ligero decaimiento de ánimo en nuestros correligionarios si tal suspensión aunque momentánea hubiera ocurrido.

Tan luego como nos llegue la letra, entraremos de lleno en nuestro trabajo normal y eso será en breve pues la empacamos y remitimos de San Antonio desde nuestra salida. En cuanto al registro esperamos obtenerlo á juzgar por la buena acogida que nuestro periódico recibió de parte de este Postmaster, quien al revisar nuestras listas y comprobantes de subscriptores tuvo el cumplimiento de decirnos que pocos periódicos había aquí, tan bien arreglados y ordenados como el nuestro. Así es que hay que esperar que su informe sea favorable y que pronto tengamos de Washington una favorable resolución.

Camilo no se quedó en San Antonio, Hemos hablado mucho, y, como todos nosotros, está ansioso de trabajos más importantes, eficaces y rápidos, los que consideramos ya viables si en un noble esfuerzo se reúnen los elementos siquiera indispensables.

Ha lamentado que esta ocasión de conferenciar con V. no se haya aprovechado; pero cuando á V. se le facilite, por sus muchos negocios, venir, Camilo podrá ir á encontrar á V. á San Antonio y aun sería preferible que á Austin para hacer la entrevista menos visible pues en San Antonio podría traslucirse por el numeroso elemento mexicano que allí reside, lo que en Austin, á solo tres horas de allí, no sucedería ya. V. puede avisarnos con la anticipación que crea oportuno por carta ó por telegrama convencional que hable de cualquier asunto pero que señale una fecha, que ya entenderemos que es la de la entrevista en Austin, qué día fija V., rogándole que su carta ó telegrama lo mande con el nombre y dirección que ya tiene y usó en su última, pero suprimiendo la inicial intermedia del nombre para que la persona de esa dirección, sepa que esa es correspondencia exclusivamente para nosotros.

Espero, como siempre, con gran empeño, las noticias que V. se sirva comunicarme, y V. hágame las indicaciones necesarias dado su pleno conocimiento del estado de los asuntos.

Sabe V. que queda como siempre á sus apreciables órdenes, su afmo amigo y correligionario

R. M. Magou

C. Cuatro Ciénegas Julio 27 de 1910

Ch

Fran^{co} Y. Madero
San Luis Potosí

Muy estimado amigo:
Con gusto he visto en la Prensa que ha obtenido Ud. su libertad bajo caución. Siento que únicamente así la obtuviera Ud. porque temo que dejen dormir el juicio indefinidamente para tener a Ud. pendiente con la justicia. Ojalá y no se realice mi temor, y que muy pronto esté Ud. en absoluta libertad.

Favor de hacer presente al Lic. Estrada la satisfacción que me ha causado saber que obtuvo también su libertad.

Quedo de Ud. como siempre amigo afmo.
Venustiano Carranza

C. Cuatro Ciénegas, julio 27 de 1910. Sr. Franco Y. Madero. San Luis Potosí.

Muy estimado amigo: Con gusto he visto en la Prensa que ha obtenido Ud. su libertad bajo caución. Siento que únicamente así la obtuviera Ud. porque temo que dejen dormir el juicio indefinidamente para tener a Ud. pendiente con la justicia. Ojalá y no se realice mi temor, y que muy pronto esté Ud. en absoluta libertad.

Favor de hacer presente al Lic. Estrada la satisfacción que me ha causado saber que obtuvo también su libertad.

Quedo de Ud. como siempre amigo afmo.

A CIUDAD DE MEXICO EN 1910



El 10. de Junio de 1911, a las cuatro y veintiséis minutos de la mañana, se sintió en la Ciudad de México y en extensa zona de la República fortísimo temblor de tierra que los expertos calificaron como el de mayor intensidad y duración de cuantos hasta entonces habían sacudido el territorio nacional en muchos años. Algunos edificios sufrieron daños y ocasionaron muchas desgracias. El Cuartel de Artillería, ubicado en San Cosme, se derrumbó y sus escombros sepultaron a la tropa.

A las 12:30 del mismo día hizo su entrada en México el Jefe de la revolución triunfante, D. Francisco I. Madero. *"Entre la presente generación (expresaban los diarios de la fecha) no se tiene memoria de un acontecimiento semejante. No se recuerda haber presenciado entusiasmo popular semejante al que se desbordó por todos los ámbitos de la Capital; la historia de México en sus páginas, no registra recepción hecha a héroe alguno tan espontánea, tan entusiasta, tan significativa como la que el pueblo hizo al Sr. Madero. No hay hipérbole al declarar que más de cien mil personas aclamaron al Jefe de la revolución triunfante durante su tránsito por las calles que recorrió la comitiva, de la estación del ferrocarril al Palacio Nacional. En el balcón principal de Palacio, el Sr. Madero, acompañado del Presidente Interino de la República (con fecha 30 de mayo, la Corte de Justicia había nombrado Presidente para el periodo de un año al Magistrado D. Félix Romero), presenciaban el desfile del pueblo que aclama al Sr. Madero y que después en perfecto orden se retira"*.

El Cronista recuerda ambas cosas: haber salido, bruscamente despierto, en brazos de sus aterrorizados padres cuando a la madrugada todo mundo se echó a la calle en que se abrían horribles grietas, a implorar de rodillas misericordia al Todopoderoso, *"glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gracia"*. Y horas más tarde, pasado el susto, haber trepado en hombros de su papá para contemplar, desde cerca del Caballito, el océano de cabezas con sombrero que vitoreaban al jinete de un caballo blanco que respondía emocionado a los vítores y saludos y avanzaba con lentitud, prácticamente empujado por la masa humana, hacia el Palacio Nacional. Cierto es que el Cronista tenía seis años; no lo es menos que ya se fijaba en todo y lo recordaba.

Pero el año de 1910, y la fisonomía en él de la Ciudad, es el tema del texto que se me ha pedido y que escribo gustoso para el número que la Revista de la Universidad consagra a Madero. Y aunque la triunfal entrada en escena del futuro apóstol corresponde al año de 1911, la ciudad que éste recorrió, desde su llegada por ferrocarril hasta el Palacio Nacional, era una buena parte de la ciudad cuya arquitectura había, en el año del Centenario de la Independencia, o sea en 1910, culminado su lujosa y europeizada modernización.

Poco menos de 40 años atrás: en 1873, fresco aún el cadáver del Benemérito (pues ya sabemos qué cadáver, del de Juárez), el

Presidente D. Sebastián Lerdo de Tejada había inaugurado, con el Ferrocarril Mexicano a Veracruz, la estación ferroviaria al salir de la cual, el primer monumento que habrá visto D. Francisco I. Madero darle la bienvenida era la estatua de Cristóbal Colón, ahí plantada como parte de las celebraciones del 40. Centenario del descubrimiento de América en 1892. Obra de Manuel Vilar, escultor catalán, había sido presentada en yeso a la Academia de San Carlos desde 1858; pero en 1892, la Junta Colombiana decidió hacerla vaciar en bronce y colocarla en Buenavista el 12 de octubre, sobre un pedestal proyecto del Arq. Juan Azea.

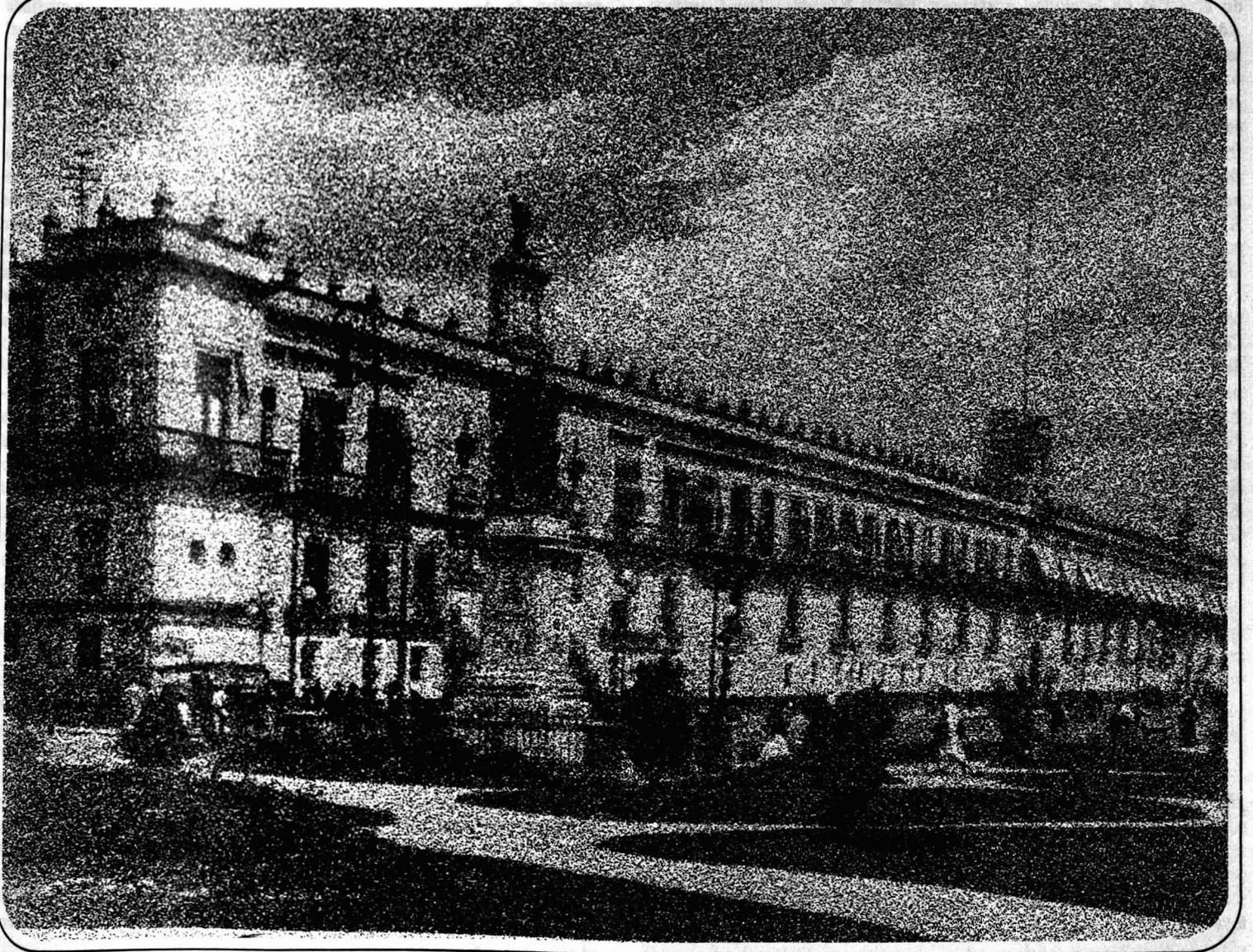
Madero habrá cruzado hacia el Paseo de la Reforma para encontrarse en su camino hacia el Caballito, con todavía otro monumento a Colón: el que en 1877 había regalado a la ciudad el acaudalado D. Antonio Escandón, a quien también debía ésta la Estación de Buenavista. Ya tendría después tiempo D. Francisco, cuando se instalara a vivir en el Castillo de Chapultepec, de contemplar y admirar otros monumentos a lo largo del Paseo de la Reforma y hacia el poniente: el levantado a Cuauhtémoc en 1887, obra de Miguel Noreña; y el monumento o Columna a la Independencia que apenas hacía pocos meses: el 16 de septiembre de 1910, había inaugurado con toda pompa el Presidente D. Porfirio Díaz.

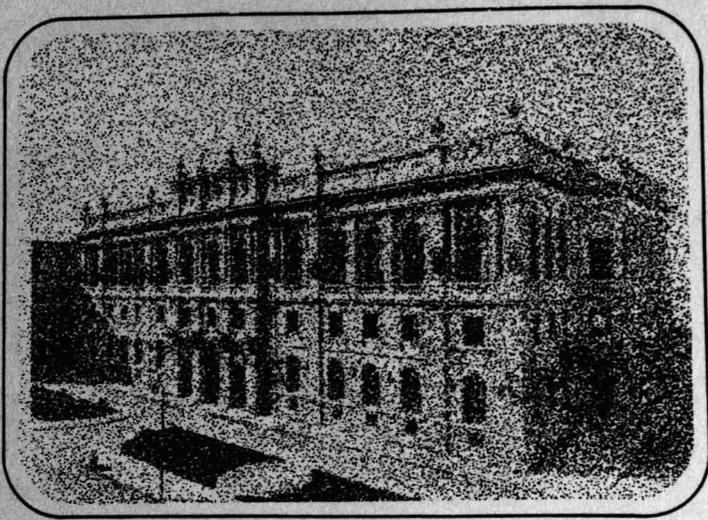
Del Caballito (que no ha cambiado de pesebre desde 1853), la comitiva del Sr. Madero lo condujo sobre un camino que el 19 de junio de 1867 había recorrido en triunfo el Benemérito de las Américas, D. Benito Juárez: o sea, a lo largo de las calles de la Acordada (ya entonces derribada), Corpus Christi, San Francisco y Plateros. No había habido diferencia de itinerario ni de entusiasmo, que en el pueblo suele inflamarse frente a ídolos gustosamente renovados, y que la víspera tributado a Maximiliano, volvió a encenderse frente a Juárez, y en 1911 a los pies del Sr. Madero. Pero sí había habido diferencia: Corpus Christi y todo lo que había recibido distintos nombres desde que el Virrey D. Antonio de Mendoza discurrió que se construyese como calzada de San Francisco hacia el poniente, era ahora la gran Avenida Juárez: y al costado sur de la Alameda: donde había funcionado el kiosko o Pabellón Morisco en que se efectuaban los sorteos de la lotería, se erguían los mármoles majestuosos del Hemiciclo a Juárez, levantado gustosamente por D. Porfirio Díaz e inaugurado con toda solemnidad como número cumbre de las fiestas del Centenario de 1910. Entre estos polos: el Hemiciclo a Juárez y la Columna de la Independencia, oscila desde 1910 la oratoria más elocuente y reiterada, y los homenajes floridos, escolares y convencionales de los ilustres gobiernos de una revolución que hizo en México su entrada triunfal con D. Francisco I. Madero en la fecha arriba citada.

Puede D. Francisco haber mirado de lejos el principio de un esqueleto en que el porfiriato había pensado alojar decorosamente

a un Congreso bochornosamente metido (como hasta la fecha) en un teatro, el Iturbide y aún a veces el Fábregas o Renacimiento. Porque ese esqueleto permaneció ahí años de años hasta que en la imposibilidad, en la inutilidad de dotar de palacio propio a los legisladores, se optó por aprovechar la cúpula, forrarla y llamarle Monumento a la Revolución.

Pudo también, en su camino por la Av. Juárez y cerca ya de San Francisco, mirar a su izquierda cómo llevaba apenas seis meses de empezado a construir un Palacio de Bellas Artes que no vería la suya sino hasta 1934; pero que D. Profirio encargó al Arq. y escultor Adamo Boari construir en reposición del Teatro Nacional que en 1900 había derribado para abrir el último tramo oriente-





poniente de una Av. del 5 de Mayo que había venido creciendo o avanzando muy lentamente.

Y pudo admirar otros dos edificios de que el porfiriano se vanagloriaba: uno era el edificio del Correo Central, comenzado en 1902, obra también de Adamo Boari, inaugurado el año de 1907; y el otro era el Palacio de Comunicaciones, obra del también italiano Silvio Contri.

Tres arquitectos extranjeros habían a principios del siglo normado el estilo de la ciudad porfiriana: Emilio Bénard, Silvio Contri y Adamo Boari. Algunos ricos se dieron el lujo de aprovechar los servicios de estos arquitectos para la construcción de sus grandes palacios en el primer tramo del Paseo de la Reforma y en calles entonces aristócratas, como las Artes. Se alzaban orgullosos de su estilo europeo, palacios como el de D. Ignacio de la Torre y Mier frente al Caballito y donde estuvo la Lotería Nacional; y en la Av. Bucareli, en que se acababa de transformar al decretarse su urbanización a fines del siglo el que había sido desde fines del XVIII Paseo de Bucareli, el Palacio Cobián, adquirido por el gobierno de Díaz para establecer la Secretaría de Gobernación, que ahí permanece hasta la fecha.

No dispongo de mucho espacio (ni es la ocasión de hacerlo) para fechar la continuidad de la transformación urbanística de la Ciudad de México, que empezó en realidad desde 1856 por el derribo del Convento de San Francisco y el tasaje liberal y sistemático de los demás, de que sólo se conservan las iglesias; pero cuyos claustros y celdas, o fueron derribados o malbaratados a los listos que los compraron, o convertidos en las vecindades infectas fermentadas durante el porfirato o, en fin, mediante un poco de cirugía albañileril, convertidas en oficinas públicas. Así: debajo de los Tribunales de la calle de Donceles encontramos un Convento de la Enseñanza que había alcanzado a extenderse hasta los locales que después de haber servido a los Ciegos, alojan en la actualidad a los sabios miembros de El Colegio Nacional; así la Escuela de Leyes o Facultad de Jurisprudencia de nuestro siglo (y antes de la mudanza general a Ciudad Universitaria) se asentaba sobre un ángulo del Convento de Santa Catalina de Sena, de que tampoco queda más que la iglesia, ahora protestante, que mira hacia un Convento de la Encarnación convertido en Secretaría de Educación Pública.

Todas estas y otras transformaciones ocurrieron entre los finales del siglo XIX y el principio del veinte. La ciudad no crecía mucho, ni en extensión ni en población. Al despuntar el siglo, D. Porfirio había inaugurado un sistema de drenaje y desagüe que comenzado siglos atrás, por fin conjuraba todo peligro hasta para una población de un millón de habitantes, que entonces estaba bien lejos de tener la ciudad. Nuevas colonias, como la Juárez y la Roma, invadían haciendas antiguas y daban crecimiento sur-poniente a la ciudad. Al acercarse el año del Centenario, las obras públicas y las

construcciones privadas se aceleraron para ofrecer a las Misiones Especiales y a los visitantes el aspecto más impresionante de prosperidad nacional, buen gusto, opulencia y refinamiento. Las Misiones Especiales estrenaron deslumbrantes palacios: la Embajada Italiana residió en el palacio de la Torre y Mier; el palacio de la Viuda de Braniff fue sede de la Embajada Japonesa; el de D. Jorge Parada, de la Argentina; el de D. Guillermo de Landa y Escandón (de que se conservan pedazos metidos dentro de tiendas en la esquina de Antonio Caso e Ignacio Ramírez) alojó a la Embajada Española encabezada por el Marqués de Polavieja; y en fin, el palacio Cobián fue asignado a la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica. Franceses, chinos, alemanes y otros visitantes ilustres, no la pasaron mal en las residencias que los albergaron.

Pero fuera de esta apantallada en privado, D. Porfirio se soltó inaugurando cosas, calles y monumentos en ocasión del Centenario: la estatua de Humboldt afuera de la Biblioteca Nacional, la de Pasteur en el Paseo de la Reforma, el Reloj Otomano regalado a México, la Av. Isabel la Católica, el Manicomio General de la Castañeda, el Hospicio de Niñas en la calzada de Tlalpan, ahora transformado en Cuartel de las Guardias Presidenciales; la Escuela de la Corregidora y —como al principio dijimos— el Hemiciclo a Juárez y la Columna de la Independencia.

Tal es la historia, a grandes rasgos, de la Ciudad de México que en 1910 vió culminar su escenografía más impresionante o apantalladora, como ahora dicen. La clase media vivía en pequeñas casas solas o en viviendas en que se había escindido alguna residencia mayor, provocando un patio común, y dos alas en alcayata o siete con balconcitos a la calle, tres o cuatro recámaras bordeando el corredor con macetas y jaulas, y al fondo el comedor, la cocina y el baño. No porque ya nos hubieran invadido los muebles de Crane, sino porque en esa habitación funcionaba los sábados una tina portátil para la humidificación familiar, tal como aún podemos verla practicar en ciertas películas del oeste.

Esta clase media se surtía en los mercados de su rumbo o en los estanquillos o recauderías, lecherías o panaderías siempre a mano; y viajaban en tranvía. Los ricos se daban el lujo de poseer carretelas propias y finos troncos de caballos. En cuanto a los pelados, nadie se ocupaba de averiguar dónde ni cómo vivieran o comieran. Solía vérselos embrutecidos a las puertas de las muy decoradas pulquerías. No fue sino hasta después del 20 de noviembre de 1910 cuando esos pelados dieron a los científicos de levita y chistera el susto de aparecéseles con calzón blanco, sombrero de palma y rifle en la mano a hacer trizas las porcelanas y los espejos en las mansiones del Paseo de la Reforma: a sacudir, en fin, como el terremoto del día en que entró Madero en ella, a una ciudad que a partir de entonces empezaría a transformarse en la que hoy habitamos.

L A PUREZA CONSTITUCIONAL DE MADERO

Si sabemos cómo se desarrolló y triunfó el maderismo en el 1910; si conocemos una preciosa documentación oral, escrita y gráfica de los sucesos que culminaron con la caída de la poderosa autoridad de don Porfirio Díaz, en cambio poco o nada nos hemos preocupado de penetrar, históricamente en por qué don Francisco I. Madero fue el héroe victorioso de la Guerra Civil.

Madero no era carismático, ni poseía el empaque de caudillo, ni tuvo las caracterizaciones del culto a la personalidad. Su corta estatura, sus exagerados ademanes, unidos a su voz tipluda, su animosidad a la publicidad, constituían los principales agentes negativos para capitanear una revolución. Por esto, el general Díaz, gran conocedor de los hombres, puesto que tenía treinta años manejando individuos, ya de mucho porte, ya de baja esfera, le desdeñó y le consideró incapaz de llevar al fin los designios que proclamaba; y esta seguridad en la supremacía como Caudillo, fue fatal a don Porfirio.

En efecto, hacia los días que precedieron a los sucesos de armas del 1910, muy difícil era hallar un mexicano cuya figura opacara a la del presidente Díaz; pues al teatro nacional de los Treinta Años, le acompañó una publicidad que hizo del general Díaz un adalid político, héroe de cien batallas, hacedor magnífico de la paz, elector invicto, estadista de mucha entidad, funcionario probo. Con esto todo, ¿quién podía competir con la personalidad de don Porfirio Díaz?

Este, con el aplauso de su grey, se hizo a sí propio a manera de estampa inmarcesible. A los ochenta años, durante las fiestas del Centenario, caminaba con marcialidad, y cuando se dirigía al prójimo lo hacía con marcada dignidad. Nunca perdió el tono tranquilo, seductor a par de autoritario de su voz. Deslumbraba a los pobladores de la ciudad de México, con el pecho cubierto de preseas. Para dar realce a las totales funciones del Estado, se hacía acompañar a los actos oficiales por senadores, diputados y ministros de la Suprema Corte de Justicia; también formaban en su comitiva los elegantes y ricos hombres de negocios, mexicanos y extranjeros.

Don Porfirio estaba lejos de ser individuo ilustrado; pero como oaxaqueño, poseía el don de la intuición. Además, gracias a sus muchos años de gobernante, aprendió el manejo de la psicología popular; y así todo lo preparaba al caso. El mundo civil no ignoraba que el tejemanaje electoral se resolvía en el gabinete presidencial. Sin embargo, cuando sabía de una llamada *derrota electoral* de alguno de los líderes porfiristas, gozaba hasta lo más, creyendo que el sistema para elegir diputados, senadores y gobernadores, estaba a punto de sufrir una honda modificación.

Todo lo facticioso del porfirismo llegó a entronizarse como campo de realidades. La mentira oficial quedó convertida en mentira universal. El propio general Díaz tuvo como ciertas las falsedades que él mismo inventaba. Cuando el "noble anciano",





como le llamó el doctor Francisco Vázquez Gómez, en junio del 1911 marchó al destierro, iba muy tranquilo. De esto, existen documentos probatorios. Ninguna responsabilidad creyó que recaía sobre él. La mentira oficial había servido a manera de concreto para consolidar los muros, antes cuarteados, del Estado mexicano.

Pero no fue únicamente la mentira oficial la que solidificó cimientos y muros del Estado nacional. Sirvió a la mezcla del cemento y arena, la anticonstitucionalidad del porfirismo. El presidente Díaz, al través de sus presidenciados, omitió la Constitución. No negó el Derecho Constitucional como teoría; pero siempre lo alejó de sí mismo y de su Gobierno; y sin preconizar el culto a la anticonstitución, hizo vivir al país dentro de ésta.

La creencia de que la sublevación del 1910 se produjo debido a la existencia de grandes latifundios, las miserias que se desarrollaban en torno al peón de hacienda, a las persecuciones al periodismo independiente, a la existencia de cacicazgos o a los abusos de autoridad, pueden formar en un inventario de acusaciones contra el régimen porfirista; mas no ser la causa central de la Guerra Civil, ni en su conjunto ni en sus materias específicas.

Tampoco puede ser atribuible la insurrección a una supuesta tiranía; pues si el general Díaz gobernó al país con imperio, no abolió las instituciones republicanas y democráticas, ni extinguió las leyes, ni desconoció a los magistrados, ni clausuró los periódicos dirigidos por don Filomeno Mata y don Victoriano Agüeros, quines no abandonaron su antiporfirismo, ni nunca llegó a una veintena el número de presos políticos en San Juan de Ulúa o Belén.

Todas esas verdades, que la ortodoxia revolucionaria no podía repetir ni admitir, van emergiendo conforme adelanta el examen científico de los días porfiristas, en los que no se hallan despotismos, y sí todas las formas, debidamente comprobadas, de un Gobierno personal, que sin desconocer la Ley Suprema, la marginaba. De aquí, que en el correr del porfirismo, lo que fue anticonstitucional, se convirtió en aconstitucional. Existía la Constitución, los repartos de tierra, las limitaciones a los *enganches*, la libertad de comercio, se proyectaban leyes obreras, había libertad de reunión, el Socialismo tenía tribuna en la Alameda de México; y si se violaban las garantías individuales, expulsando a los yaquis de su región natal y si los rurales protegían a los hacendados, y si los funcionarios públicos se perpetuaban en el Poder, y si existía una *mafia* oficialista a la que apellidaban *familia real*, y si México cometió intrusiones en Centroamérica, y si quedaron abiertas irrestrictamente las puertas del país al inversionismo extranjero, y si continuó la dañina venta de baldíos, que sirvió a la mayor especulación conocida con detrimento de la clase agrícola, se debió al poder de una autoridad personalísima. Esta, v.gr., era muy desemejante al autocratismo del zar de Rusia.

Ahora bien: es necesario volver al punto de partida; porque si el presidente Díaz no era un déspota, ni un tirano, ni un autócrata; y si a la marcha progresista de la república sólo se oponían la rutina, el oficialismo y los errores propios al gobierno personal, ¿por qué la guerra civil? ¿Por qué el triunfo del maderismo? Y si el señor Madero no poseía la fisonomía de un caudillo, ni la experiencia política de Díaz, ni el poder financiero y guerrero del porfirismo, ¿por qué derrotó a don Porfirio?

Don Francisco tenía la edad de veintisiete años cuando luego de arengar al pueblo mexicano, tomó en sus manos la bandera opositora. Nació en el 1873, estudió en Estados Unidos y Francia, y hacia los principios de nuestro siglo inició su carrera política en San Pedro de Coahuila.

Ninguna otra persona, exceptuando a sus familiares, puso atención en los comienzos de su carrera pública; pero en 1909 su nombre empezó a ser conocido en la república con motivo de la publicación de su libro *La sucesión presidencial en 1910*.

Sin valor literario, sin las audacias de un opositorista y sin un conocimiento preciso de la historia nacional, la obra estaba destinada a hacer prosélitos. No se trataba de un llamamiento cívico pero sí de un campaneó a la conciencia ciudadana. En la superficie respetaba la personalidad del presidente Díaz; en el fondo era la reprobación del gobierno personal. El autor de *La sucesión* más daba la idea de ser un viejo liberalón, que un joven demócrata de mucha voluntad y notable decisión; pues si no se enfrentaba abiertamente al porfirismo, se debía a la doctrina de alta política que llevaba en sí propio. El genio no requiere la experiencia para penetrar al laberinto de la vida pública.

Los campeones porfiristas, acostumbrados a no analizar la observancia cívica, antes a seguir al pie de la letra las órdenes de Don Porfirio, tampoco pararon mientes en el libro de Madero. De haber procedido al examen de la obra, se encuentra que don Francisco sustentaba un principio de alto e incontrovertible designio: constitucionalizar a la república de México.

Por ignorar las normas del Derecho, el señor Madero envolvió su pensamiento en un amplia pero preconizadora bandera blanca, que con el propósito de divulgación, dividió en dos enunciados: el primero, Sufragio Efectivo; el segundo, No Reelección.

Pero ¿qué quería decir con *ambas* ideas? En medio del temor de que el Gobierno porfirista acudiera prontamente a cerrar la brecha, don Francisco tuvo el cuidado de emplear el eufemismo, puesto que el total de su pensamiento consistía en constitucionalizar el país.

Acusar a don Porfirio de aconstitucionalidad podía ser, dentro de una lucha política, un instrumento reversible. El presidente Díaz dirigía una cuadrilla de abogados capaz de poner en ridículo a Madero; y otra cuadrilla de jueces y policías, para seguir las

huellas de Madero. Hablar de aconstitucionalidad cuando se trataba de organizar un partido, era entregarse, maniatado, al Gobierno. Había, pues, necesidad de suavizar la acusación. De allí, la táctica de don Francisco, endulzando el trago. Los políticos, si quieren sobrevivir —especialmente si son opositores— tienen la obligación de observar los pasos del maderismo.

Madero sabía, por otra parte, que más fácil sería a los mexicanos entender lo que significa el Sufragio Efectivo, que la constitucionalización, y que igual acontecía al propugnar por la No Reelección.

A fin de provocar el disgusto nacional, nada más eficaz que martillar sobre uno de los graves y anticonstitucionales procederes del Gobierno porfirista, puesto que sabido y resabido era que a pesar de que la Constitución preceptuaba el Sufragio Universal, este artículo de la Carta Magna era violado por el propio don Porfirio, o ¿no acaso estaba a la luz pública el hecho que las elecciones se fraguaban en el laboratorio privado de don Porfirio? Y ¿no tal entrañaba una burla al derecho cívico y a la ley?

El señor Madero, con el candor de la gente rural, confiaba

demasiado en el sufragio. Veía en éste la felicidad de México. Los ciudadanos, decía, gracias a la bella proposición serían dueños de sus determinaciones. Tendrían no solamente representantes propios, antes también leyes capaces de cambiar el curso de la vida nacional. Los ensueños de Madero no eran exclusivos: formaban entre las grandes ambiciones de los grandes pueblos.

Así y todo, hacer efectivo el sufragio equivalía a poner a la república sobre el camino de la Carta Magna. La torcida vía seguida por el régimen porfirista, constituía un delito nefando. Eso fue lo que entendió una naciente clase media, que siguió entusiastamente al señor Madero.

No menos grave, en una explosión política —en una explosión política, se repite— fue el enunciado antirreeleccionista. Este era un lanzaso dirigido al pecho de don Porfirio. Y de don Porfirio porque ¿qué importancia tenía para el país la reelección de diputados y senadores? ¿No la expresión popular estaba reglada por el sufragio? ¿Qué de más tenía que un diputado de Tabasco se reeligiera, si los ciudadanos en su distrito así lo determinaban?





Tanto temió don Francisco que el disparo al corazón del general Díaz entorpeciera la marcha de las nacientes ideas, que hubo de disfrazar su aversión al reeleccionismo, diciendo que don Porfirio podía continuar en su función presidencial, siempre que quedase prohibida la reelección del vicepresidente.

Sin embargo, para el genio popular, no obstante que los líderes del partido apellidado *Científico* ya habían tratado de minorar la personalidad del vicepresidenciable don Ramón Corral, el tiro del señor Madero sirvió para que las llamas del juego democrático alcanzaran de manera directa al general Díaz.

De esta manera, fue más fácil argüir que don Porfirio disfrutaba de los gajes del poder hacía treinta años, que explicar que la Constitución, en el pensamiento original de sus autores, tenía como fundamento la No Reección. La política, y así lo comprendió Madero, no debe usar jamás argumentos controvertibles. Esta sabiduría política de don Francisco, provenía de su magna intuición; de su desmesurado talento, inigualable entre los presidentes de la república.

Tanto impacto causó la No Reección preconizada por don Francisco, que no sólo el reeleccionismo se hizo despreciable en labios de la mayoría nacional, sino que se consideró no tanto como error porfiriano, sino como delito político, el haber permanecido treinta años en el Poder. Sin embargo no era tanto la permanencia de tres décadas en la silla presidencial, sino contrariar el espíritu de los legisladores, lo que podía achacarse al unipersonal gobierno porfirista.

Hasta el día en que salió a la luz pública *La sucesión*, su autor no era más que un teórico de la idea del Estado; ahora que pronto, al triunfo del partido maderista, se vería a Madero como practicante de los derechos constitucionales; y en medio del temor y disgusto de quienes le habían acompañado a la guerra, empezó a demostrar la pureza y excelcitud de su constitucionalismo.

Fueron los llamados tratados de Ciudad Juárez, firmados por los caudillos del maderismo y los representantes del presidente Díaz, la primera prueba de fuego para el señor Madero. Dichos tratados son un hecho a posteriori de una interpretación de la Carta Magna. En efecto, don Francisco había cometido un delito político al convocar al pueblo a la rebelión contra un régimen defecutoso y aconstitucional, pero de todas maneras reconocido como legal por el país. Don Porfirio era reo de traición a la Constitución por no haber cumplido sus preceptos al pie de la letra.

Tales aconstitucionalidades creyeron encontrar la enmienda en la firma del tratado. El señor Madero minoraba la causa de su delito político, realizando un acto de mucha altura constitucional, reconociendo el derecho del general Díaz de traspasar, de acuerdo con el más estricto derecho constitucional, el Poder a su secretario de Relaciones don Francisco León de la Barra. Don Porfirio

colocaba el delito de Madero dentro de los límites constitucionales, reconociendo el derecho de rebelión y aceptando el voto del caudillo en favor de la sucesión.

Después de este acto que señaló el constitucionalismo del señor Madero, quien en lugar de coger el partido del triunfalismo se entregó y entregó a sus capitanes a la fórmula y determinación del Derecho Constitucional, don Francisco dio la segunda prueba de su respeto a la Carta Magna, tratando de permanecer alejado de las determinaciones del presidente provisional De la Barra, no obstante que éste, temeroso del maderismo y creyendo en el poder del triunfalismo, pretendió consultar todos sus actos al señor Madero.

Este, no sólo daría esa prueba de su ascendrado constitucionalismo, sino que asistió al acto más —y no creemos abusar del absoluto— más constitucional conocido en el país: su elección como presidente de la república. Los mexicanos, en efecto, probaron que sí sabían y podían votar; ahora que, para esto, se requería la presencia de una causa conmovedora. La del 1912: la constitucionalización total y perenne de México, llegó al corazón de los mexicanos.

Una tercera prueba —la de mayor significación— esperaba al presidente Madero: la elección de los diputados a la XXVII Legislatura. Existen documentos probatorios de que el presidente Madero no tuvo la menor intervención electoral. Así, individuos de reconocida mentalidad porfirista y políticos del lunetario maderista, quedaron electos diputados.

Surgió, de esa manera, la más brillante legislatura en la historia nacional. Una revisión del *Diario de los Debates*, correspondiente a tales días nos hará conocer a un México político desconocido. ¡Cuántas hermosas cabezas, de una y otra parte, lucían en los escaños de la Cámara! Cierta que ocurrieron debates desagradables, en los que dominaba la infamia sobre el amor patrio. Cierta que en medio de lo goloso de la oratoria, se dijeron disparates y se profirieron injurias. Cierta, por último, que el fuego del verbo de un partido estimuló a los jefes del ejército, para lanzarse a la Contrarrevolución. Así y todo, el presidente Madero, sin ignorar lo que podía acontecer dentro de la vida democrática nacional, no torció ni un milímetro su constitucionalismo.

Debemos hacer un alto en este análisis, sobre el por qué don Francisco Madero llegó victorioso a la capital de la república, en el 1911, para hacer conciencia, verdad y realidad en un hipotético segundo examen, y preguntamos, abierto el libro de la Historia: ¿fue la constitucionalidad de don Francisco la causa de los siempre condenables sucesos de febrero de 1913?

Muchos y muchos capítulos se pueden negar o aceptar en torno a los acontecimientos del 1913, menos el que osare señalar al ejercicio del Derecho Constitucional como causa del derrocamiento y asesinato del presidente de la república don Francisco I. Madero.

ENSAYOS DE INTERPRETACION HISTORICA SOBRE MADERO

Los problemas que plantea el maderismo son de una importancia capital. El investigador que se enfrenta al estudio de esta época debe examinar no un episodio histórico sino un conjunto de episodios y sucesos difíciles de ser sometidos a una visión sintética.

La actuación de Madero había sido juzgada no pocas veces con ausencia de criterio histórico. Don Luis Lara Pardo en su libro sobre Madero, en una actitud de engañoso respeto a la verdad le tributa elogios al valor, la entereza y la audacia de su biografiado. Mas no puede disfrazar su antimaderismo y salta a la vista la falta de buena fe del autor en varios pasajes de la obra.

El inolvidable diplomático don Manuel Márquez Sterling en *Los últimos días del Presidente Madero*, hizo un estudio psicológico muy penetrante. No fue de ninguna manera una apología. La amistad que lo ligó al Presidente mártir y la admiración que siempre tuvo hacia él, no le impidieron captar algunos de los más graves errores de Madero. Por eso es que a través de las páginas de su noble libro se agiganta la figura del biografiado. Madero aparece más excelso en los juicios de Márquez Sterling que en los ensayos hechos con finalidades de panegirista.

Pero hacía falta que un investigador mexicano de grandes dotes hiciera el estudio de esta época tan compleja y tan difícil de juzgar con serenidad. El libro de don José Valadés *Madero, imaginación y realidad*, más que un suceso historiográfico es toda una revelación.

Gracias a este esfuerzo de investigación han quedado iluminados tantos puntos que habían permanecido oscuros. Se han desbaratado prejuicios. Podría decirse que ningún detalle de la rica sensibilidad de Madero escapó al análisis de Valadés. Hoy podemos efectuar una marcha sin tropiezos desde la niñez de Francisco Ignacio Madero, hasta el día en que la traición truncó su noble vida.

José C. Valadés, después de manejar una masa de libros, publicaciones y memorias, hace tabla rasa con todos los autores de biografías sobre Madero y escribe como si nadie hubiera antes escrito sobre él. Una actitud tan audaz hubiera resultado un desacato a la historia, si el autor de *Madero, imaginación y realidad* no fuera un hombre dotado de poderosa musculatura crítica, de sólida erudición y de una probidad que está fuera de discusión.

Nadie entre los historiadores con excepción de Justo Sierra ha penetrado en el estudio de la historia patria con un amor tan intenso como el de José Valadés. Con este cariño a nuestro pasado ha analizado la vida de don Francisco Ignacio.

Hoy sabemos con toda exactitud cómo fue la formación ideológica de Madero. Hijo de una familia acaudalada fue enviado a Francia cuando entraba en el período de la adolescencia. Asistió al Liceo de Versalles, centro a donde concurrían algunos de los hijos de familias americanas opulentas.

Una vez que ha obtenido el dominio de la lengua francesa cursa





en París estudios de contabilidad. Por primera vez en su vida se enfrenta al estudio de la economía política. Parece que en su espíritu dejó una huella imborrable la Francia de su tiempo. La enseñanza escolar, las libertades públicas, la organización industrial y bancaria fueron el objeto de sus preocupaciones.

Si vivía en el país que era entonces uno de los focos más luminosos del mundo artístico y cultural de la época, faltó quien lo orientase hacia disciplinas científicas más serias que aquellas normas elementales de comercio y contabilidad que pudo aprender. Pero lo más grave en su formación no fue la falta de preparación científica, sino la ausencia de una disciplina ética sólida en el momento en que más la necesitó. Antes de la publicación de la biografía de Madero escrita por Valadés, la falta de datos correctos acerca de este aspecto habían dado motivos para multitud de fantasías. Cuantos habían juzgado la vida de Madero no habían profundizado en la formación moral de su juventud. Cuando se habló de sus ideas espíritas se hicieron millares de páginas que hubieran podido servir de argumento a una novela. El que sienta la fascinación de este género literario no tiene sino que recurrir al libro de Lara Pardo para ver la leyenda de un maniático perseguido desde la niñez por una idea fija: la de creerse predestinado a ser un Presidente de la República y el regenerador de México. ¡Qué peligrosas son las interpretaciones históricas realizadas por personas que desconocen las disciplinas a las cuales debe sujetarse la investigación del pasado!

Madero en París, ciudad sensual "de grandes perspectivas y de luz azul y dorada", siente la inquietud propia de la juventud. ¡Y cuántas no serían las tentaciones que podían ofrecerse a un hombre con una brillante posición económica como la suya! La religión de su madre no había producido en su alma una influencia tan honda que le hubiera servido de norma ética en uno de los momentos de más aguda crisis. Educado a la sombra del catolicismo, puesto en contacto con los jesuitas de Saltillo, todas estas enseñanzas no dejaron huella muy honda en su alma. Espíritu entonces débil desde el punto de vista de una formación religiosa, comenzó a sufrir la influencia del espiritismo.

Su iniciador fue Allan Kardec. Más tarde se nutrió con lecturas de libros comprados en la librería Espírita de Saint Germain. Estas obras "no las leyó, las devoró; pues sus doctrinas tan racionales, tan bellas, tan nuevas, le sedujeron en el acto". Posteriormente se siente permeado por la filosofía indostana.

No abjuró de todas las creencias aprendidas en su niñez, pero las nuevas doctrinas formaron en su mente una mezcla extraña de ideas religiosas.

Para algunos adversarios de Madero, que han escrito al margen de la verdad histórica, fue el espiritismo lo que produjo en su mente un desquiciamiento próximo a la locura. Nada más lejos de la verdad.

Madero no fue dueño de una fuerte mentalidad filosófica, para lo que hubiera sido necesario que poseyera una gran solidez científica de la que estaba muy lejos. Sin embargo su sencilla doctrina espírita le hizo factible el dominio de sí mismo. No constituyó para Madero el espiritismo una doctrina tal y como suele concebirla el vulgo, sino simplemente una disciplina ética que le permitió controlar los apetitos propios de la juventud. Fue más tarde una mera norma de conducta. Y no podía ser de otra manera tratándose de un hombre eminentemente práctico como era Francisco Ignacio.

A su regreso a México demostró bien pronto su fino sentido de las realidades. No tuvo nunca —ya se ha dicho— la seriedad de un hombre de ciencia, pero poseyó esa intuición que permite a los grandes hombres de empresa reaccionar sobre el medio que los rodea y dominarlo.

Se entregó a diversos tipos de actividades. Hace negocios productivos que aumentan considerablemente su fortuna, llevando al mismo tiempo la contabilidad propia y la de su padre.

Por otra parte realiza lucubraciones en torno a la homeopatía. Y parece que los resultados fueron tan brillantes que bien pronto adquirió fama de buen médico.

Su bondad nunca desmentida le valió el cariño de tantos humildes que solicitaron su protección afectuosa. Pero esto no era todo para una familia del abolengo de los Madero. Francisco Ignacio, epígono de una familia patriarcal, podía sentirse orgulloso de su linaje. Su abuelo no era un hombre común:

"Unía don Evaristo a sus raras virtudes de empresa y laboriosidad, una juiciosa cabeza, un carácter tranquilo y un indeficiente corazón. Era ejemplo de tenacidad; y en su fundación de Parras, que él y sus hermanos habían hecho capital de la numerosa familia Madero, sólo se conoció su generosidad y templanza; también la firmeza y solidez de sus ideas; pues fue liberal integérrimo desde los últimos días del gobierno santanista a los que precedieron a su muerte. Temió siempre y excluyó siempre, aunque con elevado espíritu de tolerancia y prudencia, las intrusiones del clero. Sólo cuando fue gobernador de Coahuila trató negocios políticos. Así consideraba y protegía su independencia personal; con ésta, las libertades civiles. Por último, como era mucho su amor a la naturaleza y a las cosas que se producen en el hombre cuando éste puede poner la mirada sobre el horizonte infinito, don Evaristo quiso hurgar las profundidades de la tierra y medir el poderío de los limos. De esta suerte se hizo minero, agricultor e industrial."

Don Evaristo y don Francisco padre tenían planes muy vastos de mejoramiento social. En el medio egoísta de su tiempo se destacan como símbolos de grandeza humana. El viejo jefe de la dinastía quiso que "en todas sus haciendas fueran fundadas escuelas y comedores para niños". El encargado de poner en vías

la realización tan noble proyecto fue el propio Francisco Ignacio. Con vigorosa energía y voluntad inquebrantable el pensamiento de don Evaristo quedó transformado en realidad.

Pero aquella vida de rancharo generoso y acaudalado, no era de ninguna manera el porvenir que le estaba destinado. Había un deber más alto que lo impulsaría en un momento decisivo de su vida y definitivo para el porvenir de su patria.

Al iniciarse el siglo XX, en México casi nadie pensaba ya en política. "¿No acaso era general la idea de dejar al gran elector,

como Madero apellidaba a don Porfirio Díaz, el cuidado de pensar por todos los mexicanos? . Y si tal principio parecía tener la aceptación universal, ¿por qué quebrarse la cabeza ante la dura roca de formación oficial? "

Digno de admirarse es quien perteneciendo a un grupo privilegiado haya tenido el supremo acierto de aspirar a despertar el espíritu cívico de un pueblo. Pero más digno de elogio resulta ese hombre si se considera que el móvil que lo llevó a la política no fue ningún resentimiento personal y menos una ambición mezquina.





Cuando entró en la escena pública lo hizo impulsado sólo por el deber que tiene de combatir todo ciudadano cuando ve en peligro las instituciones de su país.

Pero si el porfirismo marcha lentamente, la oposición al porfirismo es también lenta y apenas perceptible.

Cuando el biógrafo de Madero hace entrar al héroe en los cauces de los grandes acontecimientos políticos del crepúsculo del porfirismo juzga al dictador y su séquito con excesiva severidad, pero con una severidad no carente de justicia.

Acostumbrados estamos a oír cuando se habla de las causas por las cuales se produjo la Revolución, a pensar que fue el anhelo de transformar la condición económica del país lo que impulsó a los hombres de 1910 a lanzarse contra la dictadura. Valadés reacciona vigorosamente contra esta tesis. Fue la aspiración de conquistar libertades lo que movió al grupo que siguió a Madero. Después, al compás de la lucha fueron surgiendo otros anhelos. Esto no quiere decir que niegue que el movimiento iniciado con la campaña política de Madero no culminó con resultados espléndidos que rebasan los límites del pensamiento inicial de los primeros caudillos de la Revolución. Pero Valadés no aspira a ver a Don Francisco Ignacio a través de los cristales del apologista, sino que intenta juzgarlo dentro del irreprochable dato histórico. Por eso tiene que confesar hechos innegables. No puede darle por ejemplo a Madero cualidades literarias que jamás tuvo. Todo lo contrario, reconoce que *La sucesión presidencial* está escrita sin el cuidado "a las reglas gramaticales". En esta obra como en todo lo escrito por Madero hay un rasgo singular: "como carecía de experiencia literaria y era ajeno al método científico, sus exposiciones civiles aparecen escritas atropelladamente; pero con una inspiración extraordinaria, y como si lo que se proponía decir fuese cosa sencilla y hallada fortuitamente, y no pensada en el ocio y resuelta en el estudio".

Es verdad que la visión de Madero resultó limitada. No fue ni un gran intuitivo ni un profeta. Su mirada de hombre bueno sin embargo capturó algunos de los problemas vitales del país, pero ignoró otros de capital importancia entre ellos el conocimiento claro de la cuestión zapatista:

"¡Ah, si Madero hubiera penetrado al alma de aquellos surianos y los organiza y los educa y los ama con la misma pasión humana con la que se entregó para conocer el ser íntimo de los norteros, probablemente se forman en el México de 1911 un poder incontrastable, que hubiera servido para el bien de la República y del ideario político del maderismo!"

En unas cuantas páginas de la Revolución sólo había desaparecido como un mal la autoridad de don Porfirio. Pero subsistían las mismas fuerzas económicas de la dictadura, los mismos apetitos de los viejos políticos y junto con todo esto las ambiciones no siempre respetables de los nuevos caudillos.

El Apóstol de la Democracia aspiraba a conducir al país por los

cauces del orden, de la libertad, de la paz y del respeto a la ley.

Hombres de una percepción tan fina como don Emilio Rabasa o talentos de sociólogo tan agudos como don Carlos Pereyra no comprendieron las nobles aspiraciones de Madero, ¿podrían políticos de más prejuicios y menos ilustración tener una visión certera de la época y de sus necesidades?

No, la nación padecía una ceguera colectiva y los principales culpables de la tragedia que culminó con la muerte de Madero, fueron algunos de los más eminentes funcionarios que colaboraron en su administración.

Aquel Senado y aquella Cámara de Diputados que Valadés ataca con una dureza despiadada, tienen ante la historia una responsabilidad muy alta.

Leyendo el libro "Imaginación y Realidad" se siente la impresión de que su autor ha tratado de contener más de una vez sus emociones, pero en las últimas páginas irrumpen éstas de una manera tempestuosa. Arremete contra senadores tales como Emilio Rabasa, Francisco León de la Barra, Manuel Calero, Jesús Flores Magón o contra diputados como Nemesio García Naranjo y Querido Moheno, "quienes faltando a los más elementales deberes constitucionales incitaron desde la tribuna de la ley al desconocimiento de la misma".

Por otra parte, la moral del ejército que debía ser guardián de las instituciones, estaba degradada. Uno de sus jefes más eminentes, Bernardo Reyes, se hacía el alma de un cuartelazo y "encaminaba a la desleal tropa, a la que el propio Reyes había instruido en los altos deberes del soldado, al palacio nacional".

Precisa confesar que Valadés en su obra *Madero. Imaginación y Realidad* como en todos los libros que ha publicado se mantiene fiel a su ética de historiador. Pueden ser diferentes los acontecimientos, distintas las épocas que analice o las personas que juzgue, pero la actitud del investigador será inmutable: escribe siempre colocándose por encima de toda pasión sectaria. Mas cuando juzga acontecimientos muy cercanos a nuestro tiempo no puede disimular la indignación que le producen hombres carentes de honor y de dignidad cívica como los sublevados de la Ciudadela:

"Nada hay entre esos petrimetros sublevados que denote el dolor social, ni la ambición justa y racional, ni la convicción política, ni los ideales de un futuro. Examinadas las fotografías de los grupos sediciosos dentro de la Ciudadela sólo se tiene la idea de una catrinada insolente."

Es sin duda alguna este fragmento uno de los más enérgicos de su libro. Si en algunas páginas iniciales hay trozos en los cuales su estilo no conserva siempre el mismo nivel estético, en los últimos capítulos de su obra no hay un instante en que su prosa languidezca. Las imágenes ostentan un lujo pocas veces logrado por nuestros historiadores y mantiene como en una sinfonía armoniosa la unidad dramática de sus afirmaciones.

Es c
nari
que
A
firm
las n
E
ajenu
respi
en su
La
los
cômu
-ana
cione
edito
M
enfren
Vésp
Guad
Antu.
Ti
Acuña
de J
edito
mano
antici
Es
huelg
Salon
precu
Co
mente
Magón
ción,
don (Elvira
prime
1900;
cepici
"Beni
Angel
otras
Donat
biling
En
contra
Josefa

ALERIA DE MUJERES MEXICANAS EN LA REVOLUCION

Es costumbre, mala costumbre, considerar siempre a las revolucionarias dentro de la violencia. Otros fueron sus menesteres de los que aquí pretende darse noticia y testimonio.

No sólo anónimas soldaderas y pasivas heroínas, sino algo más firme y acentuado, una participación consciente y decisiva tuvieron las mexicanas en la revolución de 1910-1917.

En apretado haz enhebro información para formar esta galería, ajena a la cronología, pero de acuerdo con las diversas actitudes, respuesta femenina a la conciencia compartida de aquellas mujeres en su momento histórico.

Las mexicanas fueron periodistas y editoras; colaboraron en los canales llamados hoy de información. Sorprende advertir cómo después de tantos años de silencio y obligada mudez —analfabetas para decirlo pronto— muchas mujeres con nociones elementales del idioma, se convirtieron en periodistas y editoras.

Menciona Teodoro Hernández entre los periódicos que se enfretaron a la dictadura del Gral. Díaz a principios de siglo, a *Vesper*, de Juana Belén Gutiérrez de Mendoza; Juan Panadero, de Guadalupe Rojo de Alvarado y a *El campo libre* de Carlota Antuna de Barrego.

Tiempo después otras tomarán la pluma, entre ellas, Elisa Acuña y Rossetti, Dolores Jiménez y Muro, Guadalupe Gutiérrez de Joseph, Obdulia, seudónimo de Emilia Enríquez de Rivera, editora de *El hogar* y María Hernández Zarco, que con sus propias manos imprimió el discurso de Belisario Domínguez, esquila anticipada de la muerte del tribuno.

Estuvieron en la brecha abierta, desde Lucrecia Toriz en la huelga de los obreros de Río Blanco en 1907, hasta la viejecita Salomé de las filas carrancistas. La figura más interesante de las precursoras es Carmen Serdán.

Como ideólogas las mexicanas comenzaron a participar activamente en los Clubes Liberales de principios de siglo. Margarita Magón de Flores, proporcionó el subtítulo al periódico *Regeneración*, doña Avelina Villarreal de Arriaga (1877-1953) esposa de don Camilo, fue el alma del complot de Tacubaya; las señoritas Elvira y Aurora Colín, delegadas de Zitácuaro Mich., fueron las primeras mujeres en la Convención del Club "Ponciano Arriaga" en 1900; Esperanza Velázquez Bringas, intelectual de combate, Concepción Valdés, Julia y Eulalia Martínez Núñez del club liberal "Benito Juárez" (1906), Josefina Arjona Pinelo y María de los Angeles Jiménez, de la "Sociedad de Socialistas Mexicanos" y otras muchas como Silvina Rembao de Trejo, Modesta Abascal, Donaciana Salas, Josefina Tilentino, María Galindo, propagandista bilingüe de Tlaxcala, merecen ser recordadas.

En San Diego, California, firmaron tremendas admoniciones contra el porfirismo Rosa R. de Carrigan, Rosa R. de Cornejo y Josefa Maciel. Ya en plena etapa maderista, la profesora Paulina

Maraver transformó las "Juntas de Padres de Familia" en sesiones de política militante.

Otras fueron conspiradoras en tiempos en los cuales en una palabra les iba la vida, no obstante ello se arriesgaron a guardar armas, enviar materiales para fabricar las bombas de la rebelión, distribuir parque y proclamas, bordar banderas como Juventina Cejudo de Aldeco, Carlota y María Urquidí Márquez, las hermanas Guadalupe y Rosa Narváez Bautista, Guadalupe Alcérreca y María Cuamatzi.

Varias empuñaron las armas, desde las Adelitas anónimas hasta las que obtuvieron grados —algunos tan gratuitos como los que se adjudicaron los varones— y cuya relación se encuentra en los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional.

La valerosa Clara Rocha de la Peña, María González, Carmen Parra de Alaniz, la sargento María Luisa (Artículo de Rubén García en *El Nacional*, abril 10 de 1960) Encarnación Mares, joven de ojos verdes que se dio de alta el 3 de marzo de 1913 en el regimiento de caballería que mandaba el entonces coronel don Jesús Carranza; Petra Ruiz con el remoquete de "Echa bala", la cual se masculinizó para servir en la tropa; la señora Juanita Torres, infatigable en los quehaceres de mantenimiento de las actividades de sus hijos, forman lista interminable al que se añade con todos los honores, el ejército doliente de la retaguardia anónima donde las Adelitas fueron las encargadas de traer noticias, obtener por la buena o por la mala el alimento y adelantarse a explorar el campo de acción, tareas llamadas hoy pomposamente de "inteligencia y mantenimiento".

Sin embargo, paso sobre este tema como "gato sobre el tejado caliente", tengo harta prevención sobre la violencia pero me fascina la etapa ideológica y precursora de la revolución, poderosa y grávida, que originó realmente la fuerza para lograr el cambio social; en cambio, la etapa militar es terrible y algunos de sus aspectos avergüenzan, pero parece que la historia de la humanidad no puede prescindir de los caudillos y de la violencia para romper las estructuras sociales injustas.

También dentro de esta consideración oscura, hay mujeres sanguinarias como Pepita Neri y Jovita Valdovinos.

Algunas más fueron también benefactoras, ofrecieron sus fortunas, haciendas y joyas; otras trabajaron por el bien de sus comunidades. Mencionamos a Josefina Arce viuda de Gálvez Pérez (1870-1948 ?) y a María Guadalupe Ochoa de Robles Domínguez, quien no solamente entregó su fortuna sino sacrificó la tranquilidad de su vida aristocrática.

No faltaron las que sirvieron como enfermeras. Así como las estudiantes de la Escuela de Medicina acudieron a los campos de batalla, también las muchachas se improvisaron enfermeras en los hospitales de sangre. En uno de los primeros hospitales revolucionarios, en Monclova, sin percibir sueldo alguno, trabajaron damas



Carmen Serdán Alatríste

de honorables familias como Carolina A. de Blackaller, Francisca Valdés viuda de Rodríguez, Carolina, Rebeca, Margarita, Francisca y Adela Blackaller, Elvira y Griselda González, Esther F. Colunga, Zapopan Franco, Celia Rivera, Guadalupe Zúñiga y Susana Villareal de Cárdenas.

Fundaron hospitales, las señoras, Elena Arizmendi y Leonor Villegas de Magnon, con la colaboración de amigas y correligionarias.

Compañeras infatigables de sus padres, esposos y familiares, estuvieron en todos los campos. Es un papel esencialmente femenino, pero no lo considero inferior, sino de plenitud generosa. Tres ejemplos: Alejandra Alatorre de Mata, esposa de Don Filomeno que ya para 1893 había ingresado cuarenta y cinco veces a la cárcel de Belén; doña María Cámara viuda de Pino Suárez, el vicepresidente asesinado, y en primer término, la nobilísima Sara Pérez de Madero.

Muchas fungieron como correos y desempeñaron comisiones secretas, y otras sufrieron persecución y algunas fueron asesinadas. Solamente quien lo ha sentido sabe lo que significa vivir bajo el terror. En este apartado la relación sería interminable; basta reflexionar sobre miles de muchachas que fueron raptadas de sus hogares y murieron sin que nadie diera noticia de su fin; las jóvenes enterradas en las paredes de los pozos de agua para preservarlas del asalto de la soldadesca y las que fueron fusiladas. Hay dos que alcanzan perfil de tragedia: Rosaura Gortari y Margarita Ortega, obligadas a caminar primero por el desierto de Yuma en la época huertista y después conminadas a que delataran a sus compañeros. No hablaron, una murió a consecuencia de su caminata por el desierto y la otra fue fusilada. La leyenda dice que fue arrastrada a cabeza de silla. Margarita Ortega también sufrió el repudio de su esposo que se negó a compartir con ella las ideas de redención social.

Y las que organizaron manifestaciones silenciosas de protesta, como las damas del Club Lealtad para mantener vivas las ideas de Madero y como un reto desafiante al usurpador, o las que escribieron poemas y relataron episodios.

A gran trecho de camino andado, queda mucho por investigar, entre otros temas, el de ineludible pregunta: ¿por qué?

Quizá buscaban en el fondo —hoy todavía— encontrar el camino de un abatido intento de dignificación.

Hay algo cierto, podemos estar de acuerdo o no con la revolución, pero nadie pondrá en tela de juicio el desinterés, factor de heroísmo, trasfondo generoso de la participación femenina.

ADVERTENCIA

Explicación obligada, más aquí que en otros estudios, es señalar limitaciones; empero, con criterio modesto puede afirmarse que en esta galería están las figuras principales.

No incluyo, por razones obvias, las imágenes femeninas del Archivo Casasola; de algunas se imprimen solamente los dibujos a pluma, debido al deterioro de las fotografías originales.

Este aspecto completa gráficamente el libro *La mujer en la Revolución*

CARMEN SERDAN ALATRISTE

en la brecha. Organizó la defensa de la casa ametrallada de Santa Clara en Puebla, el 18 de noviembre de 1910, lugar donde comenzó la revolución de 1910-1917

Carmen Serdán es la mujer heroica. Apelo a una significación más profunda sobre la consideración pasiva de la heroína. Heroica es la acción voluntaria apoyada en la inteligencia y la decisión de una entrega irrestricta. Su vida fulgurante parece durar cuatro horas, pero se apoya en largos trabajos de conspiración, viajes peligrosos, acopio de armas y labor de convencimiento. Hija de padres ricos, tomó la otra orilla para luchar por el pueblo mudo que estaba "de rodillas". Le sublevó el envilecimiento y las lesiones a la dignidad humana. Como la mujer carece del impulso que incita al goce del poder, Carmen Serdán quizá sea la figura femenina más pura y desinteresada de la historia nacional.

Nació en Puebla el 11 de noviembre de 1873, hija de Manuel Serdán Guarios y de Carmen Alatríste Cuesta de Serdán. Murió en agosto 21 de 1948, en el número 88 de la Calzada de Tacubaya, D. F.

JUANA BELEN GUTIERREZ DE MENDOZA

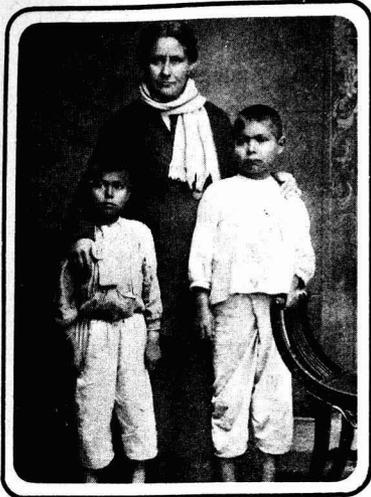
...fundó *Vesper*, el primer periódico femenino, gemelo de "Regeneración". Estuvo en la pléyade de los juaristas que combatieron contra el porfirismo. Es "el puntal de más arraigo en la Revolución"

Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, de raza indígena, encarcelada seis veces, es una de las imágenes más impresionantes de la galería revolucionaria. Aurora Reyes la pintó como consejera de Zapata en el mural del Auditorio "Quince de Mayo".

Hija de la "India Muda" de Santiago Papasquiaro, aprende el español, vende sus borregos, compra una imprenta y comienza a escribir para denunciar la miseria radical de los pequeños indígenas que se entierran para protegerse del frío. Funda *Vesper* en 1903 para defender a los mineros de Guanajuato. Los hermanos Flores Magón elogian su temeridad. *El Regidor* de San Antonio Texas, el 17 de diciembre de 1903 comenta su participación en los Clubes Liberales que se oponían al régimen dictatorial del general Díaz. En abril de 1903 se traslada a la ciudad de México y vive en el callejón de Cantaritos. "Se cubría —dice Santiago R. de la Vega— con un tápalo negro de estambre subiendo hasta la boca debajo de sus ojos bonitos, mientras fumaba un cigarro y sonreía de sus malicias. Tenía al aire ineludible de una conspiradora." En 1906 escribe un poema a Juárez y ante su tumba promete luchar por el

Mexicana del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución, publicado en 1953. Parte del material se presentó el 6 de noviembre de 1966 en "México en la Cultura" del periódico *Novedades*.

Y bien, quede hasta aquí esta indagación paciente y venturosa —mayéutica, oficio de mujer— para iluminar zonas oscuras y olvidadas a fin de rescatar estas vidas que ennoblecen por sí mismas nuestra memoria histórica.



Juana Belén Gutiérrez de Mendoza

“pueblo encadenado” y contra los que habían traicionado al Benemérito. Naturalmente, es llevada a las mazmorras de Belén.

En 1913 se enfrenta al gobierno espurio de Huerta, escribe en el periódico *El Voto* del “Club Liberal Amigas del Pueblo” airadas protestas por lo que ella considera la “más repugnante de las complicidades”, el silencio.

Nuevamente la encarcelan y hasta pretenden enviarla a las Islas Mariás; sin embargo, la recluyen en la penitenciería.

Para la navidad de 1916 está nuevamente en la cárcel y escribe un conmovedor poema a sus compañeros de reclusión.

En 1936 se encuentra como militante en el “Partido Socialista de las Izquierdas” para luchar por obtener el sufragio de la mujer.

Su vida parece seguir la marcha forzada del pensamiento nacional, esto es: liberal, antirreeleccionista, luchadora contra el régimen de Huerta, zapatista y luego en la línea de lucha por obtener el voto. En su última revista, *Alma Femenina*, escribe “Mis sesenta años no me sirven de nada. No puedo hacerme con ellos una venda para los ojos, ni una mortaja para mi conciencia”.

Nació en Durango el 27 de enero de 1867 y murió el 13 de julio de 1942 después de haber vendido su última imprenta para comprar medicinas y salvar a su nieto enfermo.

DOLORES JIMENEZ Y MURO

Ideóloga, periodista, maestra. Dio forma al Plan Político Social del 18 de marzo de 1911, antecedente del Plan de Ayala

Dolores Jiménez y Muro tenía sesenta años cuando comenzó la revolución, no obstante, su labor fue infatigable en el periodismo de oposición y posteriormente dentro del movimiento zapatista donde escribió cartas, proclamas y boletines. Escrita por su puño y letra se encuentra el facsimilar del Plan Político Social en el libro *Emiliano Zapata y el agrarismo en México* de Gildardo Magaña. Ahí mismo, este diálogo: “¿Quién hizo este documento que es por lo que peleamos? preguntó Zapata. Son las ideas de un grupo de compañeros, y quien le dio forma fue una señorita muy entusiasta, culta y revolucionaria”, respondió Magaña.

Desde 1917 formaba parte de la Agrupación “Socialistas Mexicanos” a la que pertenecía también Elisa Acuña y Rossetti y María de los Angeles Jiménez. Tenían un periódico: *Anáhuac*.

Afirma Diego Arenas Guzmán que en 1910 fue aprisionada y después tuvieron que incomunicarla por la desafiante propaganda que hacía en la propia reclusión contra el general Díaz.

En 1913 fue nuevamente encarcelada por sublevarse contra el gobierno del general Victoriano Huerta. Desde ahí le escribió una carta a Mercedes A. de Arvide, doliéndose del silencio en que habían caído sus gestiones. Pero ganó la libertad con una huelga

de hambre. Su obra dispersa desde “El Diario del Hogar” aguarda una recopilación honrosa.

DOÑA MARGARITA MAGON DE FLORES

“Diga usted al general Porfirio Díaz que prefiero morir sin ver a mis hijos Ricardo y Jesús y aun verlos colgados de un árbol, que saber que se han retractado o arrepentido de lo que han dicho o hecho.”

Cuando alentaba a los defensores de Puebla en el ataque de los franceses en 1863, conoció a don Teodoro Torres, jefe del batallón de serranos. Nació a mediados del siglo XIX, posiblemente en 1841, era hija de español y americana; educada según la época, sabía leer, pero no escribir. Vivió en el distrito de Cuicatlán donde nacieron sus hijos: Jesús, Ricardo y Enrique Flores Magón. El periódico *Regeneración* llevaba un subtítulo puesto por ella: *Periódico*



Margarita Magón de Flores



María Arias Bernal

dico independiente de combate. Rechazó la oferta del general Díaz a pesar de estar moribunda.

MARIA ARIAS BERNAL

La presencia enlutada como reto al tirano

A la muerte de Madero se organizó un club femenino llamado significativamente "Lealtad" con Dolores Sotomayor, Inés Malvárez, la Sra. Suárez y sus hijas, María Luisa Rojas y otras damas. María Arias Bernal —*El País*, 18 de mayo de 1914— encabezó la protesta silenciosa que cada domingo depositaba flores en la tumba del presidente Madero asesinado en 1913. La cita era en el Panteón Francés y constituía un desafío al aprobioso régimen del general Victoriano Huerta. María había convertido su casa de Gelati en centro de subversión clandestina. La policía disolvía con golpes la manifestación semanal. Ahí se pronunciaban discursos y se leían poemas y composiciones. Dos veces fue aprehendida por los esbirros de Huerta la profesora María Arias.

Cuando el Gral. Alvaro Obregón en la ciudad de México, acudió al panteón y le entregó su pistola a la joven diciendo. "Esta arma que ha servido para defender la causa del pueblo, la entrego a esta valerosa mujer porque aquí en México sólo puede ser confiada en manos de las mujeres."

En cierto modo era un reproche a los capitalinos quienes nunca se lo perdonaron, pero la chusma, en lugar de encararse con el



Elena Arizmendi Mejía

propio general, desvió la mezquinidad poniendo un mote infamante a esta noble mujer.

ELENA ARIZMENDI MEJIA

... "fundó la Cruz Blanca, la institución que más sirvió a la revolución"

"Se presentó en mi despacho con tarjeta del propio Madero. Hacía tiempo que la molestaban bajamente, sólo porque se había atrevido a inaugurar un servicio de enfermeras neutrales, cuando la Cruz Roja porfirista declaró que no curaría a los rebeldes. El país entero aclamó entonces como heroína a quien supo reclutar mujeres y médicos, para acudir al campo rebelde desentendiendo el servicio oficial." (Vasconcelos: *Ulises Criollo*)

El 25 de mayo de 1911, Madero dio vida legal a la Cruz Blanca y comparecieron como socias, doña Sara Pérez de Madero, Antonio J. Paredes, Mercedes González de Madero, Mercedes Madero, Carolina Villarreal de Madero, José Vasconcelos, Higinio G. Pérez, don Luis Cabrera, Fernando Arizmendi, Angel Amieva, Angel Ceda y Manuel Urquidi.

MARIA GUADALUPE OCHOA DE ROBLES DOMINGUEZ

donó su cuantiosa fortuna

Nació en las calles de Oacalco, de la ciudad de México, el 18 de octubre de 1882. A los 22 años casó con don Alfredo Robles Domínguez. Participó en el movimiento maderista y en la Decena Trágica tuvieron que cambiar de domicilio varias veces por las amenazas. Cuando su esposo estuvo en la cárcel de Belén, ella se encargó de recoger los recados para los correccionarios escritos por su esposo en cajetillas de cigarros. Pero su mayor mérito consistió en legar su cuantiosa fortuna personal y la que le pertenecía por su matrimonio para la "causa de los pobres", como ella llamaba a los desheredados. Sus servicios están reconocidos en la Secretaría de la Defensa Nacional como veterana de los dos periodos revolucionarios. Baste solamente mencionar que debido a su generosidad, se vio obligada a trabajar durante 30 años.

ANA MARIA BERLANGA

Como Antígona, desafió la muerte por sepultar a su hermano

Maestra ilustre, participó activamente contra el régimen del general Victoriano Huerta. Se enfrentó a Villa hasta encontrar el cadáver del hermano asesinado por Rodolfo Fierro, pero por órdenes de Villa.

Posteriormente fue Directora de la Escuela Secundaria No. 2 de la SEP.

PR
MA
cor
Las
se
dad
pól
tan
tier
reb
de
otr
arr
bor
Car
que
doñ
está
la l
Can
Lou
(
Rev
LEC
fun
here
Doñ
lipa
de :
Con
más
de j
Blar
fort
arch
cad
AN
Enfi
Nac



**Precursoras poblanas
con doña Sara Pérez de Madero**

PRECURSORAS POBLANAS CON DOÑA SARA PEREZ DE MADERO

conspiradoras del movimiento maderista

Las damas de Puebla, las mujeres de la sierra, profesoras y esposas, se convirtieron en apasionadas maderistas por advertir la necesidad de un cambio social más justo. Las hermanas Narváez llevaban pólvora y melenita a los confesionarios de la Catedral Angelopolitana; otras manos se encargaban de llevarlas a los serranos; a poco tiempo bajaba el "entriego del carbón" con las bombas para la rebelión fabricadas con perillas de latón. Doña Juventina Cejudo de Aldeco manchó la propaganda de la reelección del general Díaz, otras organizaron la recepción al candidato opositor, algunas armaron la población civil llevando armas bajo el corsé, también bordaron banderas y fueron incansables en la etapa precursora.

En la fotografía, sentadas, doña Guadalupe Narváez Bautista, Carmen Serdán, doña Sara Pérez de Madero con la niña de Aquiles que nació en la cárcel, doña Carmen Alatraste viuda de Serdán, doña Filomena del Valle, la esposa de Aquiles —las dos Cármenes están de luto— y de pie: Rosa y María Narváez Bautista (María con la bandera que bordó) Guadalupe Alcérreca, Leonides y Rosalía Camarillo. Rebeca Crespo y Soto, Carmelita Crespo y María de Lourdes Esparza Narváez.

(Cortesía del Archivo del Inst. Nal. de Estudios Históricos de la Revolución.)

LEONOR VILLEGAS DE MAGNON

fundó la Cruz Blanca Constitucionalista y en esta obra gastó la herencia de su acaudalado padre

Doña Leonor Villegas de Magnón, nació en Nuevo Laredo, Tamaulipas; el 12 de junio de 1876, murió en la ciudad de México el 17 de abril de 1955. Fundó el 18 de mayo de 1913 la "Cruz Blanca Constitucionalista" después de haber atendido ella y su grupo a más de 150 heridos. Por decreto de don Venustiano Carranza, el 8 de junio de 1914 expedido en Saltillo, tomó el nombre de Cruz Blanca Nacional. Don Joaquín Villegas le había dejado una regular fortuna que ella gastó en el hospital de sangre. Tenía inédito un archivo de las mujeres que participaron en la Revolución. Su cadáver reposa en Laredo, Texas.

ANA RUIZ REYES

Enfermera, conspiradora, maestra

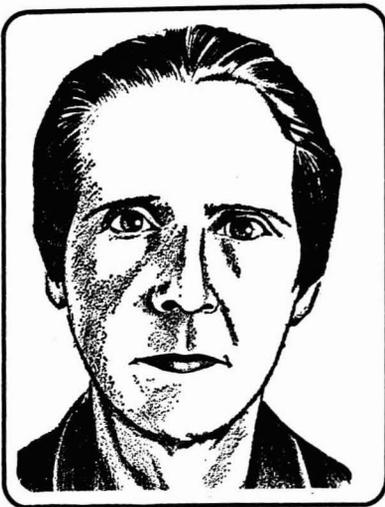
Nació en Amecameca, Edo. de México, el primero de octubre de

1890, hija de don Felipe Ruiz y Lorenza Reyes. Durante la resistencia huertista se afilió el Club "Hijas de Juárez". Colaboró en los boletines clandestinos contra el usurpador y pasaba en limpio mensajes y noticias; personalmente las llevaba con el impresor Bermúdez. Distribuía el periódico *El Renovador*. Trabajó en la Cruz Blanca Neutral. Siguió a don Venustiano hasta Veracruz donde sirvió como enfermera en los hospitales. Colaboró con doña Concepción R. viuda de Pedroza y su hija Concepción, de conmovedora memoria, Regina Tomel, Elodia Arce, Adela Mann, Carlota Ramírez, Jovita Manzano, Dolores y Rosa Betancourt, y con la familia de Modesta Escamilla de Bermúdez.

La profesora Ruiz recibió un diploma de honor del propio Venustiano Carranza, también la "Medalla Altamirano", por su labor en el magisterio.



Leonor Villegas de Magnón



Carmen Parra de Alaniz

CARMEN PARRA DE ALANIZ

...con las armas

Carmen Parra de Alaniz (1885-1941) originaria de Casas Grandes, Chih., combatió en los propios campos de la revolución. El registro de sus actividades se encuentra en el Expediente d/ 1121115 de la "Relación del Personal Femenino de los Archivos de Veteranos de la Revolución". Tenía grandes simpatías por su valor y era llamada cariñosamente "coronela".

GUADALUPE CANDIANI VIUDA DE PHODACZKY

...se ofreció voluntariamente para llevar mensajes y comunicaciones secretas, ahora llamadas pomposamente "servicios de inteligencia"

Nació en Huamantla, Tlaxcala, hija de don Zeferino Candiani y de doña Luz Guzmán Borbón. Contrajo matrimonio con don Luis Federico Phodaczki en Tehuacán, Puebla. Era sobrina de don Ignacio Mariscal y Candiani, ministro de Relaciones en la época de Juárez.

Durante la revolución prestó servicios en las fuerzas del general Francisco Figueroa a la que pertenecía su yerno, Octavio Bertrand y su propio hijo el capitán Nicolás Phodaczki que operaba bajo el mando directo del Gral. Olea. Aunque supo de la muerte de Nicolás en Coyuca de Catalán, siguió llevando y trayendo mensajes, pese a su edad. Fue un instrumento muy valioso de enlace entre Pachuca e Iguala.

Algunas veces metía los mensajes en papel periódico y este lo llevaba ostensiblemente sobre el pecho, informando a quien quería oírlo, que así se protegía del frío.

SARA PHODACZKI DE BERTRAND

resguardó documentos y archivos

Don Octavio Bertrand era el agente secreto más activo del Ing. Robles Domínguez; disfrazado como agente vendedor de libros, llevaba la correspondencia en los trabajos electorales que la obcecación del general Díaz había convertido en clandestinos. Doña Sara conocía esas actividades y participaba en ellas. Cuando el señor Bertrand murió, ella fue la encargada de viajar a Veracruz para entregar dinero para el pago de las tropas. También resguardó documentos y archivos secretos por los cuales le ofrecieron bastante dinero, sin embargo, a pesar de su aflictiva situación económica y la de sus pequeños hijos entregó hasta la última moneda sin recibir ni siquiera una comisión. En sus momentos de

mayor desesperación, pensó adentrarse en el mar con sus hijos para dar fin a su vida convertida en sufrimiento por haber participado en los trabajos de la revolución.

DOÑA MARIA HERNANDEZ ZARCO

imprimió el discurso que costó la vida a don Belisario Domínguez

En 1913, bajo la dominación huertista y en las propias prensas de los partidarios del general Huerta, imprimió cerca de mil ejemplares del discurso de don Belisario Domínguez en tipos de "8 en 9".

Nació en la ciudad de México el 8 de agosto de 1889; fue laureada muy merecidamente, y su labor reconocida.

TERESA ARTEAGA VIUDA DE FLORES MAGON

compañera fiel de Enrique Flores Magón, salvó la vida de Ricardo, a riesgo de perder la suya

Nació el 7 de noviembre de 1880, murió en 1964. Fue hija de don Pascual Arteaga y doña Adelaida B. de Arteaga quienes radicaron en Zacatecas. Desde 1905, Teresa se afilió a las juntas del Partido Liberal Mexicano.



Guadalupe Candiani Viuda de Alaniz

DO

una

La

Ser

oro

Cás

pen

g

Mig

dán

Jose

I

con

sup

ame

en s

LU

...e

"Ta

leye

ella,

Mar

Doñ

"no

Doñ

trad

ción

191

tres

cate

José

años

com

blic:



Doña Carmen Alatraste
Cuesta Viuda de Serdán

DOÑA CARMEN ALATRISTE CUESTA VIUDA DE SERDAN

una de las tres únicas sobrevivientes de Santa Clara en 1910

La vida de doña Carmen se antoja leyenda. Casó con Manuel Serdán, rico veracruzano que según voz popular ponía a asolear su oro; fue hija del matrimonio ilustre formado por el prócer Miguel Cástulo Alatraste y de doña Josefa Cuesta, quien declinó una pensión del emperador Maximiliano.

Sus hermanos fueron los "siete arcángeles" a saber: Rafael, Miguel, Baraquiel, Gabriel —padrino de bautizo de Carmen Serdán— Gaudiel, Sealtiel y Emmanuel, así como de dos hermanas, Josefina y Natalia.

Un hecho es cierto: doña Carmen estuvo de acuerdo en la conjura familiar de Santa Clara; después de tres horas de balacera, supo que Máximo era un muerto insepulto en la azotea de la casa ametrallada y Aquiles estaba vivo, bajo la alfombra del comedor, en su tumba anticipada.

LUCRECIA TORIZ

...en la cabeza de la columna huelguista de Río Blanco en 1907

"Tarde o temprano, resonará su nombre con su historia y su leyenda", dice don José Muñoz Cota. Otras obreras estuvieron con ella, María L. de Pensamiento, Anselma Sierra, Carmen Cruz, Margarita Martínez y Dolores Larios.

DOÑA MARIA CAMARA VIUDA DE PINO SUAREZ

"no voy a comerciar con la muerte de Pepe"

Doña María Cámara Vales de Pino Suárez representa las virtudes tradicionales de la mujer mexicana: sencillez, modestia y discreción. Desde que su esposo fue asesinado, junto con Madero en 1913, se hizo cargo de sus seis hijos y de la pequeña Cordelia de tres meses. A pesar de su penuria económica, pues su casa fue cateada y robada, no solicitó ayuda. Nació en 1877, casó con don José María Pino Suárez en 1896 y murió a la avanzada edad de 93 años, el 15 de abril de 1970. Julio Scherer García la llamó "La compañera olvidada" del infortunado Vicepresidente de la República, don José María.

(*Excélsior*, 18 nov. 1960)

MARIA DE LA LUZ CORRAL

conserva uno de los museos más visitados

En su casa, marcada con el número 3014 de la décima calle de Chihuahua, María de la Luz Corral recibe la visita de miles de personas de diversos países del mundo. Fue la esposa oficial (sic) de Francisco Villa y desde su matrimonio con Villa el 28 de mayo de 1911 guarda con fidelidad todo lo que perteneció al guerrillero. Ahí se conserva el automóvil Dodge que tiene el impacto de las balas que acabaron con la vida de Villa y de algunos de sus "dorados".

(Ver, "La viuda de Pancho Villa" de Edmundo Bolio. *El Nacional* junio, 1963)

LAZARA MELDIU

escribió poemas y episodios

A la trilogía de poetisas de la revolución: María del Mar, Aurora Reyes y Lázara Meldiú (María de la Luz Lafarga de Cruz, nacida en Papantla el 9 de enero de 1902) se une la única mujer que ha hablado de las armas usadas durante la revolución; Nellie Campobello, en sus "Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa".

MARY PETRE DE FERNANDEZ

correo de Madero

"Pancho, yo soy gringa, de mí no sospecharán nada", dijo Mary Petre a don Francisco, y en la muñeca de su hija Irene pasó por la frontera el famoso Plan de San Luis, llamado de Madero a toda la república para levantarse en armas en noviembre de 1910. En los primeros días de ese mes, Mary, de treinta años y su hija Irene de nueve, pasaban por Nuevo Laredo, Tamps. el plan, registrándose como turistas con rumbo a la ciudad de México.

Mary Petre había casado con don Ernesto Fernández Arteaga, amigo de don Francisco desde los siete años y compañero de estudios posteriormente en París. En 1909, don Ernesto se encontraba con Mary en el número 520 de la calle de Macon, la cual se convirtió en arsenal y sobre todo refugio de todos los revolucionarios.

Ella misma condujo en un carricoche a don Francisco hasta la estación ferroviaria de San Antonio, cuando éste emprendió la vuelta al país para enfrentarse como candidato opositor al viejo zorro de don Porfirio. Alguien en el trayecto le preguntó con quién viajaba, y ella paladina y maliciosamente respondió que con Francisco Montes.

(Reportaje de F. Fernández Ponce. *Excélsior*, 7 dic. 1966)

HACIA UNA VALORACION DE MADERO



El testimonio político que se atribuye al general Lázaro Cárdenas presenta una laguna: aunque repudia —atinado— a los que han hecho fortuna con la miseria de nuestro pueblo, no se refiere a la fuente del mal. Importa repartir con justicia la riqueza social; pero sin limpieza de manejos, seguirá el proceso de enriquecimiento de los favoritos de los hombres públicos y de frustración de la esperanza nacional. El rango de Francisco I. Madero estriba en que todo lo sacrifica por México: tranquilidad, fortuna, la vida misma. Durante sus últimos años, su viuda, doña Sara Pérez de Madero, subsiste decorosamente gracias a una pensión del Gobierno Federal.

La biografía cívica de Madero se abre, en Coahuila, con las elecciones municipales de San Pedro de las Colonias y la lucha contra el régimen porfiriano, representado por el gobernador del Estado don Miguel Cárdenas. Los adversarios políticos del general Díaz, recibieron ayuda económica de Madero, independientemente de que él no estuviera de acuerdo con su programa, como en el caso de los hermanos Flores Magón, que ya se orientaban hacia el anarcosindicalismo.

La entrevista del general don Porfirio Díaz con el periodista norteamericano James Creelman, de marzo de 1908, para manifestar el propósito de que el pueblo mexicano ejerciera sus derechos y, a punto de cumplir ochenta años, expresar el aparente deseo del dictador de la entrega democrática del mando tuvo consecuencias que él no previó. Muchos ciudadanos simpatizaban con la precandidatura presidencial del general Bernardo Reyes, frente al grupo "científico", cuyo jefe era el Secretario de Hacienda, don José Ives Limantour. En 1909, Reyes indicó su propósito de mantenerse al margen de la lucha y salió al extranjero con una comisión oficial. De los numerosos libros y folletos publicados después de la entrevista Creelman, ninguno tuvo la resonancia de "La sucesión presidencial en 1910". En sus páginas, Madero condena las prácticas pretorianas de gobierno y señala las causas económicas, políticas y sociales del descontento nacional. El libro se propone mover a los ciudadanos para organizarse pacíficamente, contra el continuismo porfiriano.

En la ciudad de México, en la casa del ingeniero Alfredo Robles Domínguez, se constituye el Centro Antirreeleccionista, con la participación principal de Madero. De allí brotan el partido del mismo nombre y el Nacionalista Democrático. Previo un recorrido de auscultación que hace Madero por la provincia, con Roque Estrada, la Convención del Partido Nacional Antirreeleccionista, de abril de 1910, lo escoge como candidato a la Presidencia de la República. La campaña se desarrolla con entusiasmo, para cancelarse con la aprehensión de Madero y Estrada, reclusos en San Luis Potosí, durante las elecciones de julio de 1910, y después el caudillo de Coahuila se fuga, disfrazado, para establecerse en la Unión Americana.

En la casa de su antiguo compañero Ernesto Fernández Arteaga, en la calle West Macon, de San Antonio Texas, se instaló Madero. Según Juan Sánchez Azcona, el plan que aparece fechado el 5 de octubre de 1910 en San Luis Potosí, se elaboró en Estados Unidos, y además de don Francisco, participaron en su confección Estrada, Enrique Bordes Mangel, Federico González Garza y el mismo Sánchez Azcona, quien indica que los borradores del histórico documento deben haberse conservado en el archivo de González Garza. No es inverosímil que el plan empezara a incubarse en San Luis Potosí y la hipótesis por falta de base sólida, tan discutida, de que pudo haber sido escrito por el poeta Ramón López Velarde, se presenta en un artículo de 1931, del escritor potosino Jesús Zavala. Tanto Estrada como Sánchez Azcona coinciden en los antecedentes de su publicación en libros que se refieren al tema.

En el Plan de San Luis Potosí, Madero invita al pueblo mexicano a desconocer el régimen del general Díaz. Estima que las elecciones de poderes federales son nulas, por la fuerza oficial que se aplicó para frustrar la emisión del voto y que el recurso a que deben acudir los ciudadanos es el de las armas. Con ingenuidad, indica que la lucha deberá comenzar a las seis de la tarde del veinte de noviembre de 1910.

En la correspondencia privada de Madero que se ha publicado y en "La sucesión presidencial en 1910", el caudillo civil aparece preocupado por la violencia porfiriana, para reprimir las huelgas de trabajadores. Alude al gran descontento que priva en el campo, por el monopolio de la tierra y el trato a los labriegos, y condena con rigor la crueldad que se ejerce oficialmente, para afrontar los problemas agrarios de los indígenas.

Madero no pretendió hacerla de "politicólogo" como dicen ahora los pedantes. Un libro sencillo, concebido con limpieza de propósitos, fue el cauce que eligió para comenzar la batalla del civismo, ajena al asesinato y la rapiña. Es el suyo además de sembrador, todavía en espera de los frutos de una cosecha satisfactoria.

La crítica que pretende negar a los hombres sus merecimientos y que por razones personales o de carácter sectario se resiste a reconocer su auténtico perfil, es fruto de la ruindad. El testimonio de cuantos opinan, en forma serena sobre don Francisco I. Madero, proclama que si hubo en aquella lucha un tipo superior por la bondad, ese fue el ciudadano de Coahuila. El juicio que acerca de su personalidad se emite, puede considerarse, en la hora actual, como un reactivo que nos revela la calidad moral de los mexicanos. Los que confunden la esencia del fenómeno religioso con el formalismo del dogma y la exterioridad ritual, consideran inconcebible estimar a Madero en el rango de un místico, toda efusión y simpatía. Y quienes afirman que la política implica el uso del crimen, tampoco pueden comprender su alma clara. Con

gr
er
pc
ca
y
de

vig
un
co
de
ser
qu



gran injusticia señalan errores que a él atribuyen no más y que no era fácil evitar después de treinta y cinco años de dictadura, que por serlo dista mucho de estimular el civismo y afectan a un país carente de verdaderos hábitos democráticos y de disciplina política y educativa sobre la que reposan los gobiernos que se preocupan de la legalidad.

Era Madero el caso del místico lleno de confianza, cuya fe vigorosa se propaga con el calor comunicativo que es privativo de un espíritu lleno de temple y generosidad. Vive largos años en sana comunión con la naturaleza, consagrando todas las energías propias de su carácter esforzado, a las rudas tareas del campo. Su fino sentido de la solidaridad, se manifiesta en la ayuda desinteresada que prodiga a los humildes. Raro caso el suyo, porque empieza a



ser revolucionario a costa de su patrimonio, ocupándose con magnanimidad admirable de la salud de sus trabajadores, en el concepto de que a los que se destacaban en la escuela los pensiónaba, interesándose constantemente por elevar los salarios.

Una corriente materialista sostiene que el misticismo no es en el fondo sino un síntoma de degeneración. Aspira a explicarlo todo por anomalías de naturaleza nerviosa o por limitaciones de la mente. Esta tendencia revela la imposibilidad de entender a los hombres que se entregan a las fuerzas espirituales más altas y que comienzan por renunciar a la vida egoísta, en el ejercicio de su vocación, que los lleva a servir a los demás y se inspira en un impulso que considera que la existencia humana merece dignificarse y no es satisfactorio permanecer sordo a los clamores del sufrimiento. Tal categoría de gentes encarna la negación del concepto mediocre de la normalidad burguesa. Acabando por fabricar un esquema falso, se llega a deformar a los hombres superiores con el criterio de que lo único que merecen es encerrarlos en una especie de manicomio. Este punto de vista resulta extraño al espíritu religioso, evidentemente contradictorio en los que se empeñan en rebajar a Madero, y al mismo tiempo se dicen cristianos, juzgándolo en tal forma como si la razón pura fuera solo el camino abierto al conocimiento, sin tener en cuenta las vías que derivan de la intuición y del instinto.

A todo esto conduce querer establecer una tabla de valores bastardeada por el sectarismo. Fundándose en las experiencias que nos transmiten los datos de los sentidos, a través de la inteligencia, se apoyan las interpretaciones que nos entregan un panorama del mundo incompleto, sin aceptar otros aportes valiosos, en un plano que los conocedores de esta índole de problemas afirman que se encuentra superado.

Madero tuvo siempre devoción profunda por México y fe firme en lo mejor del hombre. Pertenece al linaje de los caracteres que luchan constantemente por levantar a su patria, desafiando el ridículo, al que tanto temen aquellos que viven atentos a conveniencias mezquinas. Predica que es por el amor como se consuman las revoluciones verdaderas, gracias a una conducta que se traduce en actos excepcionales de perdón para sus peores enemigos. Educado en Estados Unidos y Europa, fue amigo de don Ignacio Manuel Altamirano, entonces nuestro Cónsul en París. El lo presentó, en 1891, mostrándole gran estima, a Juan Sánchez Azcona. Este juicio de una autoridad intelectual indudable, contrasta con la inquina de los que buscan hacer perder relieve a su personalidad.

Renuncia a las comodidades de la riqueza para combatir por los oprimidos, a sabiendas de que tendrá que afrontar la calumnia y el odio. Así lo dice en las interesantísimas cartas que dirige a su padre, a punto de intervenir en la campaña política. Sabe que la incompreensión persigue a los iluminados y a los apóstoles, hasta



después de la muerte. En efecto, o tendrán sus censores presente al hombre generoso que se rebela contra el rito macabro de Huichilobos y salva cuantas vidas puede. En pago ahí esta el juicio acre, la actitud anticristiana presuntuosa de burla y desdén.

Es cierto que Madero carecía del temperamento de un gran estadista. Sus fallas radican sobre todo en haberse rodeado de enemigos de la Revolución durante su gobierno y en la entrega del mando militar a Victoriano Huerta, en los días sombríos del Cuartelazo. Esto se explica por su alma diáfana, que le impide prevenirse de la perversidad, que no concibe su naturaleza magnánima.

Con sorprendente fuerza moral tuvo la premonición de la muerte y a pesar de los peligros que sabe que lo esperan, a lo largo de una brega política tan comprometida, como la que implica enfrentarse al régimen porfiriano, no titubea en seguir los dictados limpios de su conciencia, que le señalan la empresa de despertar el espíritu de la ciudadanía. Se da cuenta de que el desenlace que personalmente habrá de sufrir consiste en la corona de espinas que corresponde siempre a los grandes iniciadores de cambios radicales en las instituciones de un país. Su fervor por el pueblo mexicano se expresa en aquella memorable cruzada, al recorrer la República, para convocar a México a la batalla cívica. En contraste con el criterio oficial porfiriano, se pronuncia abiertamente contra el darwinismo social. Sostiene, con la seguridad de los grandes animadores, que es inexacto que el pueblo mexicano se encuentre incapacitado para la democracia, frente a los que defienden el continuismo e insisten en los obstáculos que aquí se presentan para dar vida plena al gobierno constitucional.

Los censores de Madero, en el fondo, son todos aquellos que poseen la propensión totalitaria por los métodos de mano de hierro en el ejercicio del mando. Rinden homenaje al rufián y no les preocupa justificar el latrocinio y el asesinato. Lo esencial, antes que nada, radica en asegurar el orden externo. Llegan a identificar la perfidia sistemática con el genio del estadista. Su mentalidad explica de sobra por qué les resulta inconcebible un movimiento de civismo desinteresado y limpio, tal como el maderismo, en abierta discrepancia con un credo que funda la autoridad en el machete y el bozal. Ni siquiera reflexionan en el hecho de que sin la Revolución que el autor de "La sucesión presidencial en 1910" inicia, estarían ahora privados de publicar lo que les place. A tal grado llega la miseria moral de los que se empeñan en disminuir las calidades de Madero

Fue un justo en la cabal acepción del término. No entra a la lucha movido por resentimientos de ninguna índole, ni sus ataques al porfirismo se explican por una situación de menosprecio oficial. Aquí radica la clave de su apostolado, que emana de su gran corazón y de su sentido religioso de la vida, más allá de dogmas y criterios confesionales.





MADERO

No se ha sustraído Francisco Ignacio Madero a los ataques de la parcialidad; tampoco a la exaltación oficial. Sin embargo para provecho de la memoria del revolucionario, esta exaltación es discreta y aquellos ataques se abonan de manera muy principal en el desconocimiento de la lucha maderista. Creemos que la figura de Madero resiste un examen imparcial. Si sus aciertos no hacen olvidar errores, éstos tampoco desvirtúan a los primeros. Para enjuiciarlo no es necesario invocarlo como apóstol de una democracia precaria ni aplicarle a manera de baldón el calificativo de idealista. Madero fue, lisa y llanamente, un hombre dotado de la suficiente energía vital para conmover el sólido edificio de un paternalismo secular.

Acostumbrados como estamos a interpretar la historia conforme a símbolos convencionales, hemos dado al porfirismo todos los visos de un medioevo político en México. Preterimos, así, que el paternalismo preludió en siglos al general Díaz y que, según indicios hartó relevantes, la revolución tampoco lo superó por completo, aunque tal haya sido el objetivo maderista. Si Madero no tiene por qué ser sacralizado, tampoco merece desdén. Él se movió en planos muy ajenos a la veneración personal; era tan sólo un devoto de las ideas y —asombrosamente para muchos— de los mexicanos.

Cierto: Madero no era socialista. Ciertamente: Madero era un acomodado terrateniente; pero ¿es eso un argumento para tenerlo en menos? Lo que en México ocurrió a partir de

1910 fue mucho más de lo que pudo generar una conjura fraguada fronteras afuera, o un cabileo lugareño. Esa fecha indica un renacimiento de la voluntad creadora que a la postre se tradujo en vigorosas instituciones políticas, recios manifiestos artísticos y literarios e imprecendentes muestras de audacia guerrera y organización cívica.

Conseguir que un pueblo transcurra de la postración a la incidencia, del silencio a la asamblea, de la lasitud mental a la inventiva, no es obra de la casualidad, aunque tampoco tiene que ser la de un genio: requiere apenas de un talento organizado y de una convicción de acero.

¿Qué más decir de Madero?

Nació hace 100 años; y hace 63 años con la modesta bandera de la democracia, impulsó al pueblo mexicano a una de sus más afortunadas gestas. Tenía 35 años cuando publicó La sucesión presidencial en 1910, de la que presentamos a continuación unas páginas. Quien las lea hoy, y quiera entender su importancia, que procure situarse en 1908 y que vea hasta dónde de una serie de ideas claras y sin pretensiones dogmatizantes obraron en el ánimo mexicano más que muchos panfletos incendiarios y asombrosos planes.

Francisco I. Madero murió cuando no quiso desvirtuar, reprimiendo, el sistema de libertad que justificó su llamado a la revolución. No hay que olvidar, de veras no hay que hacerlo, que Madero inició en 1910 un congruente y decidido proceso al personalismo.

EL PODER ABSOLUTO EN MÉXICO*

En el bosquejo histórico que hicimos del militarismo, hablamos de las funestas consecuencias que para México ha tenido el poder absoluto ejercido por medio de dictaduras militares, y ese estudio nos facilitará grandemente nuestro trabajo actual.

En nuestra patria tiene su origen el poder absoluto en las guerras intestinas y en las grandes guerras extranjeras, pues como ya hemos visto, cuando un país sostiene victoriosamente alguna guerra extranjera, le queda la pesada carga de recompensar a sus héroes. En México está íntimamente ligada la idea de poder absoluto, a la de militarismo, porque éste ha sido la causa de aquél.

Lo cual nos servirá en el curso de nuestro estudio para encontrar el remedio a los males que nos aquejan.

Por tales razones abordaremos de lleno la cuestión.

PRUEBAS DE QUE EXISTE PODER ABSOLUTO EN MEXICO

La República Mexicana está actualmente gobernada por una dictadura militar que ejerce el poder absoluto, aunque moderadamente. Las mejores pruebas son: la unanimidad de votos en el nombramiento de todos los funcionarios públicos; la servil conformidad de las cámaras al aprobar las iniciativas del Gobierno; la inamovilidad de los primeros, cuyo poder en todos los casos dimana directamente de la administración, la escasísima libertad de que goza la imprenta, etcétera.

La mayoría de estos hechos no los niegan ni los órganos semioficiales, por cuya circunstancia y por el hecho de estar tal idea en la conciencia nacional, no nos parece oportuno presentar mayor copia de datos para probar nuestro aserto.

CONSECUENCIAS DEL PODER ABSOLUTO EN MÉXICO

El general Díaz ha establecido, *de facto*, el poder central absoluto, pues a ningún Estado permite que nombre sus Gobernadores, ni siquiera a sus Presidentes

Municipales, según hemos visto al hablar de los medios de que se ha valido para afianzarse en el poder.

Los males emanados de este régimen de poder absoluto, pertenecen a los dos órdenes de ideas que hemos expuesto en el capítulo anterior.

La falta de libertad de imprenta ha ejercido su influencia especial en la marcha de la administración, pues no habiendo quien se atreva a denunciar las faltas de los funcionarios, no son bien conocidas del público y mucho menos de sus superiores. Esas faltas, que han permanecido impunes, se repiten con frecuencia. Al principio, la opinión pública protestaba contra ellas; pero cansada de tanto esfuerzo estéril, dejó de protestar y se acostumbró a dominar su indignación, logrando al fin ver como cosas normales los abusos de las autoridades. Esta costumbre ha corrompido a tal grado los ánimos, que ahora únicamente se pretende evitar que esos abusos recaigan sobre uno mismo, para lo cual se procura estar bien con la autoridad. Tal conducta es la observada por la mayoría, generalmente acomodaticia, que quiere vivir tranquila, preocupándose únicamente de sus bienes materiales, del progreso de sus negocios; que concede más importancia a la belleza de los paseos que a sus derechos de ciudadano, y protesta con más indignación cuando las basuras obstruyen su paso y le hacen desagradable el paseo, que cuando le arrancan sus más valiosos derechos o se comete un atentado contra alguno de sus conciudadanos. En su egoísta miopía no alcanza a comprender que al ser vulnerado un derecho, lo serán poco a poco todos los demás; que las mismas persecuciones sufridas por su conciudadano, puede sufrirlas él mismo o alguno de los miembros de su familia; pero el egoísmo es ruin, no tiende a la unión que fortifica; se inclina por el aislamiento, sin comprender lo que esto debilita.

En todos los pueblos, al lado de quienes se doblegan pacientemente y sólo tratan de *no estar mal con las autoridades*, existe en tiempos de despotismo un número creciente de ambiciosos que quieren aprovechar la oportunidad para elevarse y enriquecerse, no vacilando en adular a los mandatarios para atraerse su favor.



Estas dos categorías de sujetos, los resignados y los explotadores, son el apoyo de las autocracias; los últimos son los emisarios activos, diligentes, que escriben periódicos llenos de las más bajas adulaciones, adulteran los hechos, extravían la opinión pública, van entre los pertenecientes a la otra categoría a recoger firmas en escritos pomposos, en los cuales se afirma que el pueblo es feliz, que la patria prospera bajo la hábil dirección de nuestros mandatarios, etc. Esas firmas y aún contribuciones para festejar a los gobernantes, son arrancadas por medio de una disimulada amenaza o de una sonrisa llena de falsos ofrecimientos.

Para contrarrestar la influencia nefasta de esos parásitos del poder, y para sacar de su apatía a los pacíficos ciudadanos no existe la prensa independiente, dando por resultado que los funcionarios públicos, aunque muchas veces llegan al poder con buenas intenciones, se corrompen poco a poco, porque la lisonja les hace creerse superiores a los demás; la adulación les pone una venda que les impide apreciar debidamente la consecuencia de sus actos, llegando por fin a considerar el poder como su legítimo patrimonio.

De esta clase de funcionarios, cada vez menos hábiles para llevar a la nación a sus grandes destinos, son los que gobiernan actualmente a la República Mexicana, debido a la influencia del poder absoluto que acabó con la libertad de imprenta.

El resultado de todo esto ha refluído hasta el mismo general Díaz; él ignora la mayor parte de los acontecimientos que pasan diariamente en la inmensa superficie del territorio nacional, y aunque quisiera poner remedio, no lo podría por dos razones:

La primera, porque si procediera con justicia en todos sus actos, debería quitar de sus puestos a la inmensa mayoría de las autoridades, pues difícilmente hallaría personas que reunieran a la dignidad necesaria para obrar en todo conforme a la ley, el suficiente servilismo para acatar sus órdenes cuando estuvieren contra la misma ley. En este caso reacciona constantemente la personalidad del general Díaz, dominado por la idea fija de conservar el poder, contra el hombre de Estado que desearía el bien de la patria.

La segunda razón, es que las personas de su mayor confianza son quienes cometen los mayores abusos, lo cual le impide conocerlos, porque naturalmente, tiene más confianza en la afirmación de sus adictos y viejos amigos, que en la de cualquier *discolo*. La prueba de ello es que, cuando un particular escribe al general Díaz quejándose por los abusos de alguna autoridad, manda la carta original a la autoridad acusada para que informe, y ya podremos imaginarnos que el tal informe sólo es una hábil defensa de sus actos, acompañada en muchos casos de pérfida acusación contra el quejoso.

De esto resulta que en la República se han cometido graves faltas, y aunque no lo han sido directamente por el general Díaz y en muchos casos se han llevado a cabo contra su voluntad, no por eso deja él de ser el verdadero responsable ante los ojos de la nación y ante el severo juicio de la historia.

Ya lo hemos dicho, el general Díaz desea hacer el mayor bien posible a su patria, siempre que sea compatible con su permanencia indefinida en el poder, dando por resultado que los esfuerzos portentosos del habilísimo hombre de Estado son paralizados por la personalidad del general Díaz; sus nobles arranques de patriotismo moderados por su egoísta ambición.

Por esta circunstancia hemos querido tratar de las consecuencias del poder absoluto en capítulo por separado, porque iguales las sufriremos con cualquier gobernante que siga la misma política y haga uso del mismo poder absoluto del general Díaz, quien ha usado de él con una moderación de que pocos ejemplos encontramos en la historia. Además, su intachable vida privada es una constante fuente de energía que le permite desplegar una actividad admirable.

Y si con un hombre extraordinario al frente del poder, tenemos que lamentar consecuencias tan terribles, ¿qué será cuando el mismo poder vaya a otras manos y el nuevo mandatario, quizás enervado por los placeres, no pueda desplegar tan portentosa actividad ni conservar tan admirable lucidez? Porque hay que desengañarse, la lucidez y energía sólo se conservan observando una conducta intachable, pues el vicio atrofia





las más nobles cualidades del alma; paraliza sus esfuerzos hacia todo lo grande, engendra laxitud y un entorpecimiento intelectual que aumenta con el número de años en progresión aterradora.

Como sería imposible o por lo menos largo y fastidioso entrar en detalles sobre las consecuencias del actual régimen de gobierno, vamos a tratar por separado las más grandes faltas cometidas, sólo al terminar este capítulo haremos el balance de la actual administración.

GUERRA DE TOMÓCHIC

La nación no supo nunca la verdadera causa de esa guerra: pero se dijo que fue ocasionada porque los habitantes de aquel pueblo, que se encuentra en el corazón de la sierra Madre, no querían pagar las contribuciones, o algo tan baladí e insignificante como eso. Pues bien, los esfuerzos hechos por el Gobierno para arreglar pacíficamente la cuestión, fueron bien pocos y quizás neutralizados por la ineptitud, orgullo o ambición de sus delegados. El resultado fue el envío de fuerzas federales en gran número, que destruyeron por completo al pueblo, acabando, o poco menos, con todos los habitantes, quienes opusieron una resistencia heroica y causaron a las fuerzas federales numerosas bajas, al grado de desorganizar por completo los primeros cuerpos que marcharon al ataque.

He ahí un cuadro terrible.

Hermanos matando a hermanos y la nación gastando enormes sumas de dinero, por la ineptitud o falta de tacto de alguna autoridad subalterna.

El general Díaz, encerrado en su magnífico castillo de Chapultepec, supo las dificultades, pidió informes al Gobernador, éste a su vez se dirigió a la autoridad subalterna, verdadera causa del conflicto; ésta informó favorablemente a sus miras, y por los mismos trámites llegó su informe a manos del general Díaz, quien juzgó necesario mandar destruir a aquellos humildes labra-

dores y pacíficos ciudadanos, representados ante su vista como terribles perturbadores de la paz pública, y para hacer *respetar el principio de autoridad*, ordenó el envío de fuerzas a Tomóchic.

En este caso, el criterio del general Díaz fue el de un jefe político.

¿De qué nos sirve, pues, que el general Díaz tenga un criterio tan recto, un tacto tan admirable para tratar a todo el mundo, si en muchos casos, por la razón natural de las cosas, su juicio se deja guiar por el ínfimo de sus subordinados?

Heriberto Frías, valiente y pundonoroso oficial, pensador y escritor notable, indignado por las torpezas de sus superiores y las infamias que le hicieron cometer llevándolo a exterminar a sus hermanos, escribió un bellissimo libro denunciando esos atentados; pero la voz varonil de los hombres de corazón nunca es grata a los déspotas de la tierra, y ese oficial pundonoroso fue dado de baja, procesado y estuvo a punto de ser pasado por las armas.

El epílogo de ese drama no podría ser más conmovedor: Un pueblo destruido por el incendio, regado con los cadáveres de sus valientes defensores, abandonados por las numerosas madres, viudas y huérfanos que muy lejos fueron a llorar su muerte; y más allá, entre los bosques que rodean al pueblo, muchos cadáveres también, pero de resignados oficiales y soldados, que sin saber por qué, fueron los portadores del exterminio, encontrando la muerte en su tarea, y a quienes hacían melancólicamente los honores de reglamento los compañeros que les sobrevivieron.

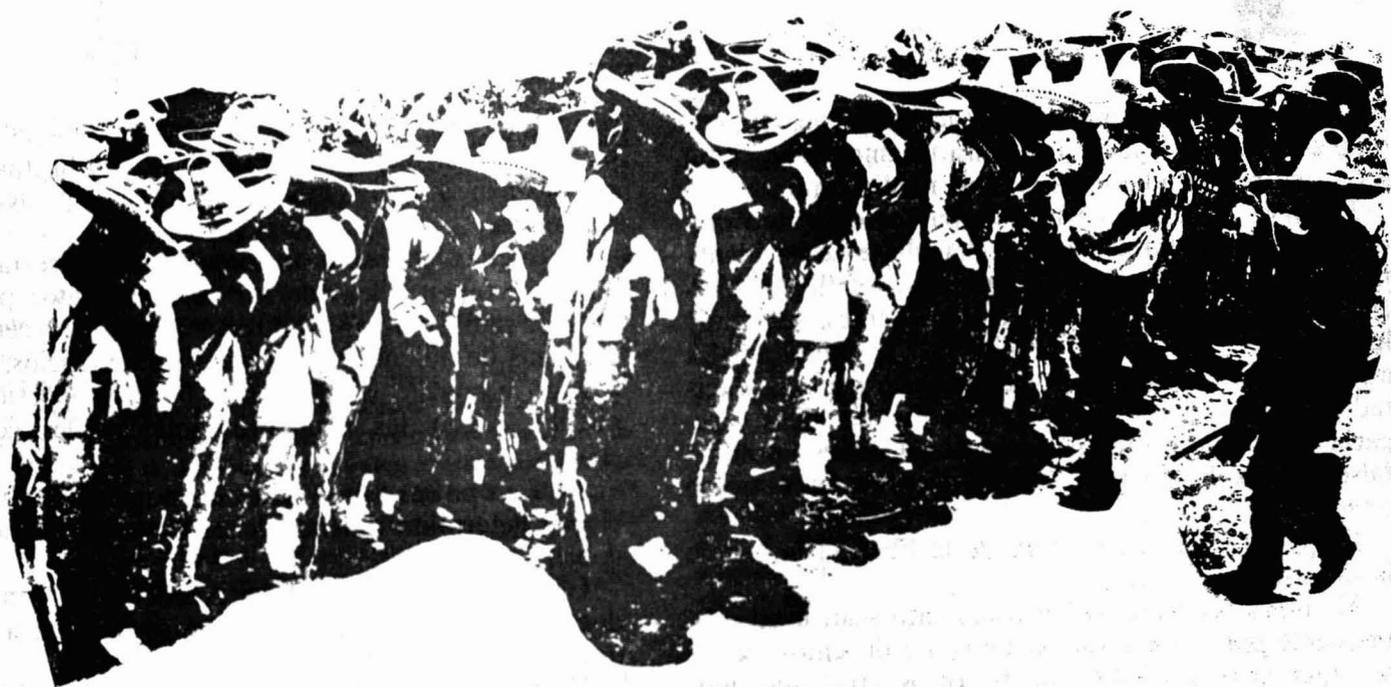
¡La patria perdió muchos hijos!

¡El tesoro nacional fue sangrado abundantemente!

¡Y las contribuciones origen de esa hecatombe no fueron pagadas!

¡Mil veces mejor hubiera sido que ese pueblo no pagara contribuciones por algunos años, esperando que las luces de la instrucción penetran en él y le hicieran comprender sus deberes!

Pero no: si no conocen sus deberes, a balazos han de enseñarles, en vez de hacerlo por medio de la instrucción.



Ese es el mal de los gobernantes militares, que todo lo quieren hacer valiéndose de la fuerza bruta.

¿ESTAMOS APTOS PARA LA DEMOCRACIA?*

Lo esencial es saber realmente si estamos aptos para la democracia.

Dos factores importantes tendrán que influir de un modo poderoso en las luchas democráticas.

El primero, el pueblo.

El segundo, el gobierno.

Estudiemos estos dos elementos separadamente.

EL PUEBLO MEXICANO ESTÁ APTO PARA LA DEMOCRACIA

Según intentamos demostrar anteriormente, no es tan difícil como se aparenta creer el que un pueblo haga uso pacíficamente de sus derechos electorales.

La principal dificultad para que se implanten esas prácticas en nuestro suelo, la han querido encontrar algunos escritores en la ignorancia del ochenta y cuatro por ciento de nuestra población, enteramente analfabeta.

Nosotros creemos que se exagera la importancia de ese obstáculo, por falta de valor para denunciar el principal, del cual nos ocuparemos adelante.

Temen algunos escritores que el pueblo ignorante constituya un factor poderoso en manos del gobierno, que lo manejará a su voluntad, o del clero, que lo llevará a donde quiera valiéndose de la influencia de los párrocos.

Algo cierto debe haber en el fondo de esa afirmación; pero nosotros hemos observado en algunos ensayos democráticos practicados en Nuevo León, Yucatán y en este Estado, que el pueblo seguía más bien a sus amos o a las personas que le inspiraban más simpatía, y la autoridad sólo contaba con los empleados a su servicio y con los sirvientes de sus partidarios.

El clero no tomó parte en esos movimientos, pero algunos sacerdotes aislados sí intervinieron, luchando con entereza al lado del pueblo. El clero mexicano ha evolucionado mucho desde la guerra de Reforma, pues lo que ha perdido en riqueza lo ha ganado en virtud. Además, el clero seglar siempre ha sido partidario del pueblo; el que ha tendido a la dominación es el regu-



lar, pero éste ha desaparecido y acabado con su prestigio en México, y ya no intentará un imposible, como sería que retrogradáramos más de medio siglo.

Decimos esto, porque no nos parece oportuno preocuparse por la influencia del clero; éste se ha identificado con las aspiraciones nacionales, y si llega a ejercer alguna influencia moral en los votantes, será muy legítima; la libertad debe cobijar con sus amplias alas a todos los mexicanos, y no sería lógico pedir la libertad para los que profesamos determinadas ideas y negarla a los que profesan diferentes. Con esa política falsearíamos la libertad y caeríamos en el extremo opuesto.

Es pueril temer en nombre de la libertad la luz de la discusión.

Mientras las armas del pensamiento sean usadas libremente por todos los mexicanos, no debemos temerlas. Que unos profesan una fe, otros otra; que unos crean en la eficacia de unos principios y otros los juzguen perniciosos, poco importa; por el contrario: vengan las luchas de la idea, que serán luchas redentoras, pues de su choque ha brotado siempre la luz, y la libertad no la teme, la desea.

No debemos, pues, temer la influencia del clero, ni mucho menos querer obstruir su acción siempre que sea legítima.

En cuanto a la acción de la autoridad, indirectamente es mayor sobre las masas, porque los grandes capitalistas generalmente son partidarios del gobierno constituido y ocupan muchos obreros en sus talleres y jornaleros en sus haciendas, a los que fácilmente obligan a votar en favor de las candidaturas oficiales.

Esta acción, sin embargo, no debemos temerla grandemente, pues el Gobierno no se ha preocupado en disciplinar a sus partidarios porque no los ha necesitado, y el día que los necesite tendrá que hacerles algunas concesiones que redundarán en bien de la colectividad. Además, la influencia personal de los mandatarios, es igualmente legítima y no debemos discutirla.

Cuando los gobernantes lleguen a la necesidad de

recurrir a esas maniobras electorales, será porque se ha iniciado la lucha democrática, y con tal que no se recurra a medios violentos, la democracia no tiene nada que temer.

El pueblo ignorante no tomará parte directa en determinar quienes han de ser los candidatos para los puestos públicos; pero indirectamente favorecerá a las personas de quienes reciba mayores beneficios, y cada partido atraerá a sus filas una parte proporcional de pueblo, según los elementos intelectuales con que cuente.

Aun en países muy ilustrados no es el pueblo bajo el que determina quienes deben llevar las riendas del gobierno.

Generalmente los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de partido, que se reducen a un pequeño número de intelectuales.

Éstos están constantemente pulsando la opinión pública, a fin de adoptar en su programa lo más adecuado para satisfacer las aspiraciones de la mayoría, resultando de esto la constante evolución de los partidos. Así observamos en los Estados Unidos que el Partido Republicano, el de los capitalistas, tuvo que atacar a los trusts para poder conservar el poder por cuatro años más,

Aquí en México pasará lo mismo y no será la masa analfabeta la que dirija al país, sino el elemento intelectual.

Pasando a otro orden de ideas, diremos que la ley concede el sufragio a todos los mexicanos mayores de veintiún años, y lo que deseamos por lo pronto es que se cumpla con la ley. Después, cuando las Cámaras sean nombradas por el pueblo, en uso de los derechos que le concede la ley electoral vigente, entonces será tiempo de reformarla, si la práctica demuestra que es defectuosa. Nosotros creemos que es posible emitir juicios sobre ella, porque desde que tenemos uso de razón no la hemos visto funcionar. Opinamos que será preferible observar la ley electoral por mala que sea, a seguir con el actual régimen, que no obedece a ninguna ley ni buena ni mala.



ACIA UN CINE MEXICANO

El cine llegó a México ocho meses después de efectuada la primera exhibición pública en París; fue el cinco de agosto de 1896, y la sesión estuvo dedicada al general Porfirio Díaz y a su familia, en el Castillo de Chapultepec. Hasta el 21 se dio una al público, en la que se cobró un peso. Por eso seguramente asistió "lo mejor de la sociedad", aunque muy pronto se popularizó.

Durante los años que van de 1896 a 1910, se volvió espectáculo cotidiano y uno de los preferidos del público. En corto tiempo se difundió por las principales ciudades del país, y para 1900 ya penetraba en los rincones más insospechados. En la capital, un salón exhibidor se multiplicó por diez y nueve en el transcurso de cuatro años, los que se distribuyeron estratégicamente por diversos rumbos de la ciudad. De un peso, la admisión bajó a dos y tres centavos. Desde luego que contó con la simpatía de casi todos los estratos sociales, exceptuando a los "intelectuales".

Diversas crónicas nos describían cómo se divertían las personas con el cine:

...ahora hay otro momento muy curioso por cierto, y más interesante... que el desfile de carruajes, monótona procesión de ostentosa e insípida vanidad. Las calles de San Francisco y Plateros se llenan de gentío pobre, popular, de los "Bajos fondos" y en que van confundidos elementos de la burguesía humilde. ¿No han visto nunca ustedes, poco después de las nueve, la "vuelta del cinematógrafo"? Es un regreso apacible y tranquilo, de la multitud que se divirtió...¹ y los únicos [teatros que siempre atraen gente]... son los cinematógrafos... Dios sabe cuándo pasará la boga del prodigioso aparato, pero mientras pasa buen quehacer van a tener los señores de cualquier espectáculo que sea, para derrotar a ese rey de todos... En fin, ya no debemos quejarnos, ya tenemos diversiones a granel, muchos teatros en competencia que nos permiten lucir toilettes elegantes; hemos llegado a lo que en París se llama "l'embaras du choix". ¿Qué más queremos?..²

De 1896 a 1900 surgen tímidamente las características de lo que hemos dado en llamar *cine mexicano*; diez años después estas particularidades se desarrollan y de 1910 a 1913 se consolidan. Luego cambia el gusto del público y la actitud de las autoridades frente al cine, y se adopta el melodrama (1917), y el primer *cine mexicano* cae en el olvido.

La intención del cinematógrafo era captar la realidad tal y como la veía el ojo humano. El nuevo espectáculo fue el producto de experimentos científicos encaminados a registrar con mayor precisión el movimiento. Los camarógrafos nacionales se propusieron captar *la verdad*, conforme a la filosofía positivista de entonces, y la mayoría de las veces se dedicaron a retratar el mundo exterior.

Los enviados de los Lumière que vinieron a México, les marcaron el camino puesto que, salvo *Duelo a pistola* las demás películas que filmaron mostraban diversos aspectos de la vida cotidiana: *El general Porfirio Díaz a caballo por Chapultepec*, *Paseo por el canal de la Viga*, *Traslado de la campana de la independencia*, *Baño de caballos*, *Yunta de bueyes*, etcétera. *Duelo a pistola*, por el hecho de ser una reconstrucción, produjo el enojo de *El Popular*, quien protestó porque a las personas se les iba a "engañar", puesto que no se les mostraba *la verdad*; se quejaban de que fueran personas disfrazadas las que intervinieron en la filmación.

De los títulos que sobresalen en esa época se ocupan de los hechos significativos de la vida nacional, que calificaremos como películas "realistas", como *Norte en Veracruz*, *Viaje del general Díaz a Puebla*, *Simulacro de guerra*, *El zócalo*, etcétera. Un segundo lugar ocupan las que mostraban los espectáculos del género chico: *Don Juan Tenorio*, *Bailes de Rosario Soler*, *La bailarina Rosita Tejada*, y otras.

De los años 1896 a 1900 apunta una tendencia dentro de la producción nacional: captar la realidad exterior. Creemos que aparte de la influencia del positivismo sobre los autores, hubo otro factor determinante: lo artesanal de la producción y la trashumancia de los autores-fotógrafos-exhibidores, que fueron los primeros empresarios cinematográficos.

De 1900 a 1910 sobresale la primera corriente y casi desaparece la segunda, pero surge otro tema: el histórico. Un rápido vistazo a los títulos en general, nos hace dividir la producción cinematográfica en dos grupos:

- a Películas que seguramente se hicieron por encargo del general Porfirio Díaz, y
- b la producción ordinaria

Desde un principio, al general Díaz le agradó el cinematógrafo, al punto de permitir que los enviados de los Lumière le tomaran no una, sino varias películas que fueron un éxito cuando se la exhibieron. Una de ellas: *El general Díaz a caballo por Chapultepec*, duró más de un año en cartelera. Y lo mismo pasó cuando se exhibió en la provincia. El general Díaz, que se caracterizó por su habilidad política, las usó con fines publicitarios y son varias las producciones "ambiciosas" que seguramente financió a través de alguna dependencia.: *Las fiestas presidenciales en Yucatán* (1908), *La exposición de Coyoacán* (1908), ambas de Enrique Rosas, *El viaje del señor presidente a Manzanillo* (1909), de Gustavo Silva y hecha por orden de la Secretaría de Instrucción Pública; *La entrevista Díaz-Taft* (1909), cuya paternidad compartieron, al alimón, Enrique Rosas y los hermanos Alva; *Desfile histórico del Centenario* (1910); *Llegada del marqués de Polavieja a Veracruz*

(1910) y *Entrega del uniforme de Morelos* (1910), todas de los hermanos Alva.

Respecto al grupo de las películas "realistas" de producción ordinaria, los temas son diversos y en ellas se encuentran películas con títulos en donde se incluye casi invariablemente el nombre del general Díaz. Creemos que los camarógrafos las tomaban porque el General siempre fue una noticia y curiosidad.

Respecto a las películas de "ficción", no creemos que se hayan dejado de "impresionar vistas" de los espectáculos del género chico, puesto que eran muy gustadas. Debemos agregar las que produjo Enrique Rosas con argumento en 1905, las de los Mouliné, que imitaban las películas "mágicas" de los Meliés, y las de tema histórico, que aparecen debido a la atmósfera conmemorativa de las fiestas del centenario de la independencia.

Los "cuadros" de las fiestas del centenario mostraban el orden seguido por el desfile durante su recorrido por la ciudad.

De lo anterior se deduce que los camarógrafos no pretendían "engañar" a las personas "alterando la realidad" al romper la secuencia de los actos y utilizando actores. Las de tema histórico como *El grito de Dolores* (1908) de Felipe de Jesús Haro, y *Prisión de Cuauhtémoc* mostraban la *verdad histórica*, acorde con los principios del positivismo imperante en la época, por lo que no se contraponen con las películas sobre los acontecimientos que los camarógrafos consideran notorios y con las de los viajes del general Díaz, y en las que después se hicieron sobre los acontecimientos de la revolución.

EL CONTEXTO

El 19 de noviembre de 1910 conmovió al país el episodio de Aquiles Serdán en Puebla. Desde esa fecha hasta el mes de mayo de 1911 las noticias eran confusas y contradictorias. La vida no era la misma. A veces los diarios informaban que el país estaba pacificado para decir lo contrario al día siguiente. Corría el rumor de la renuncia del general Díaz, y eso parecía increíble. La seguridad se había perdido a tal grado que un estallido de cohetes movilizó a toda la ciudad, pues se pensó que la insurrección había llegado hasta la capital.

Por fin la situación se aclara y en los últimos días de mayo se recibe la noticia de la renuncia de don Porfirio y se dan a conocer los Tratados de Ciudad Juárez. León de la Barra queda como presidente interino, hasta el mes de octubre, cuando Madero asume la responsabilidad.

El júbilo llega a la clase media y al campo, la primera marginada durante el porfirismo, y el segundo olvidado desde siempre; aquella disfrutará del maderismo; éste pronto se desilusionará y continuará luchando porque le resuelvan sus problemas.

El cine pronto entra en escena. Por lo pronto, los enviados de Madero repartieron boletos al "pueblo" para que asistiera gratis al cinematógrafo, y de ese modo festejara la llegada del caudillo los primeros días de junio de 1911.

Para darnos una idea del auge del espectáculo durante el maderismo, baste decir que en abril de 1911 se anunciaban quince salas, y para 1912 aumentaron a 22, sin contar las carpas distribuidas por diversos rumbos de la ciudad.

LAS AUTORIDADES

Durante el porfirismo las autoridades nada hicieron por implantar una censura a los espectáculos: zarzuela, sesiones de música, de magia y de prestidigitación. Al decir de la prensa, los espectáculos no eran precisamente edificantes, y para 1908 los empresarios, sin duda empujados por la competencia, introdujeron otro tipo de variedades, el "Music Hall" y los bailes "sicalípticos" que dieron mucho que hablar:

En la Academia Metropolitana debutó una bailarina llamada "Sapho", que 'se la ganó' y con creces la noche de su debut; la anunciaron sicalíptica, y los sicalípticos se tiraron su plancha, puesto que Sapho es una bailarina como para que la vean personas decentes. . .³

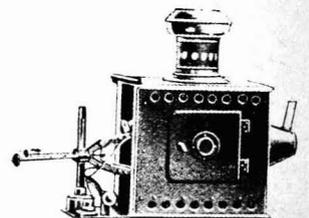
Las autoridades porfirianas nada hicieron por la "moralización" del cine, se limitaron a velar por la "higiene y seguridad" de los espectadores. No así durante el maderismo. Ahora se iba a desempeñar un papel activo en cuanto a la "higiene del espíritu" del "bajo pueblo", y tratarían de alejarlo de los vicios y de las "bajas pasiones". Para esto se nombraron inspectores,⁴ y empezaron a usarse las películas "morales" como medio educativo.

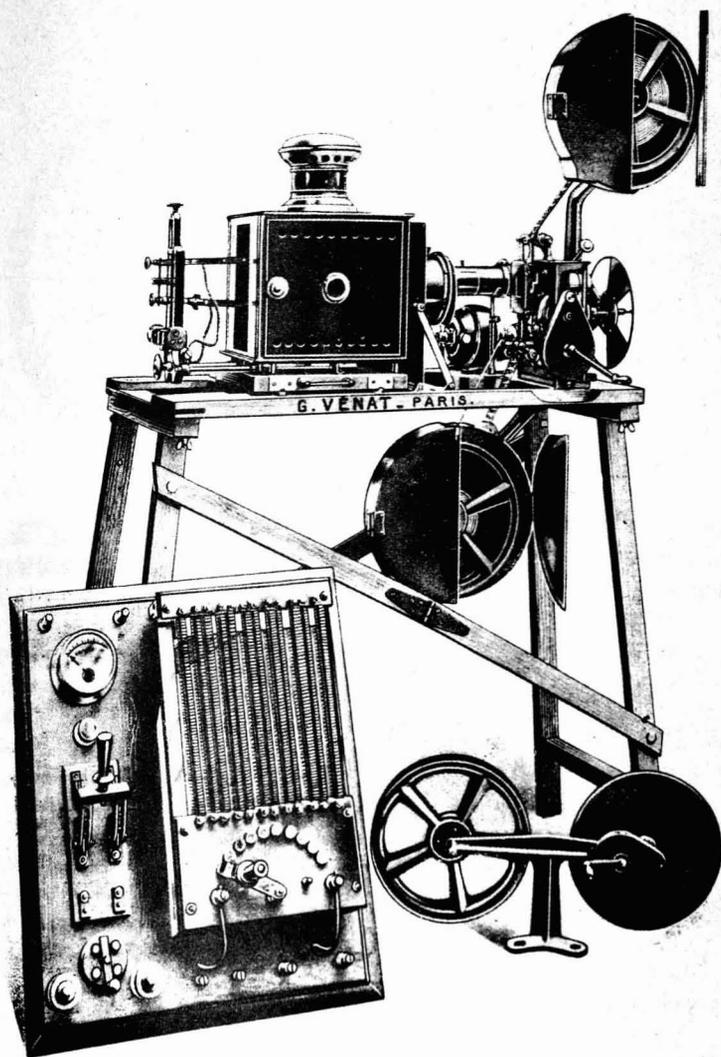
En junio de 1912 se inició una inspección de los espectáculos, y

El gobierno del Distrito, en atención a la inmoralidad que existía en las variedades. . . acordó clausurar dicho centro (Cine Pathé) imponiendo una multa. . . al propietario y. . . a la coupletista que con sus bailes y palabras de doble sentido divertía hasta rabiar a los tandófilos del rumbo".⁵

Hubo más clausuras, multas y encarcelamientos. Los cines moderaron el tono de sus espectáculos. No se registraron nuevos incidentes hasta febrero de 1913, cuando tuvo lugar la famosa "decena trágica". Después se relajó la autoridad, aumentó su corrupción y venalidad, y los cines se convirtieron en campo de acción para muchas cosas.

En septiembre de 1911 un señor propuso que se instalaran





cuatro salones de cine, uno en dirección de cada punto cardinal, para exhibir películas que elevaran el nivel moral del pueblo:

Los beneficios que atraería esta humanitaria labor... para la clase menesterosa redundaría en un beneficio mayor para la sociedad entera, pues que los interesados, socorridos o no, tendrán a lo menos un grano de gratitud y de respeto para los que poseen, y a quienes —con algún fundamento para ello— hoy consideran algo así como sus enemigos naturales...⁶

En agosto de 1915, el entonces gobernador del Distrito, licenciado Federico González Garza, dispuso que en cada una de las ocho Demarcaciones en que estaba dividida la ciudad, se instalara una pantalla en el lugar que creyera conveniente: una cerrada, una plazuela, una calle, etcétera.⁷ Las sesiones se iniciaron el 15 de septiembre, al salir de la prensa, fueron todo un éxito. Dado los buenos resultados, la Delegación de Tlalpan decidió hacer lo mismo todas las noches en los bajos del Palacio Municipal⁸ y en hospicio de los niños,⁹ pues con ello se daba “un gran paso hacia la regeneración del pueblo...¹⁰

El cine, en cuanto espectáculo de masas, estaba desempeñando un papel importante. El Estado se acercaba paulatinamente a usarlo como modelador de conciencias, pero los maderistas no tuvieron tiempo para experimentos, pues Huerta se encargó de evitarlo en 1913.

LAS DAMAS

Durante el movimiento armado de la revolución mexicana, el

maderismo fue la “edad dorada” para la clase media. Esto no se repetiría sino hasta después, con Obregón.

Las dependientas y las maestras se organizaron en clubes políticos y se lanzaron a la calle en manifestaciones, a colectar para las “víctimas de la Revolución”, o a inscribirse como voluntarias para ir a los frentes a curar heridos:

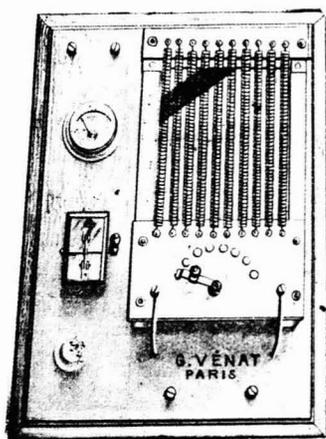
“Días pasados dijimos que un club de señoritas, entre las que se encuentran varias pertenecientes a conocidas familias de la clase media habían formado una agrupación con el nombre de la heroína francesa “Juana de Arco”, y que habían recorrido las calles de la metrópoli durante las últimas manifestaciones con toda corrección y buen juicio... Se nos dice que... se proponen lanzar su candidato a la presidencia de la República”.¹¹

El editorialista de *El mundo ilustrado* se quejó del olvido en que caía el lema porfiriano de “poca política y más administración”, y que la preocupación por el “asunto público” abarcaba a todos los estratos sociales incluyendo a su sirvienta y a su portera, que organizaban su “club”. “¿Quién lo diría? ¿Quién imaginaba que aquí... las señoras, olvidándose de administrar su casa, se meten de hoz y coz en la política...?”

Pero en realidad, casi todas las asociaciones se dedicaban a obras de caridad que más bien parecían seguir la tradición cristiana. Así, la “Liga antialcohólica” organizó sesiones de cine para ayudar a los adictos al vino a olvidar su vicio y regenerarlos.¹³ La “Cruz Blanca”, organización femenina, se las ingenió e impuso funciones cinematográficas en la cárcel de Belén con el objeto de “distraer y enseñar a los presos”.¹⁴

LOS OBREROS

Otro aspecto interesante del maderismo es el movimiento obrero. Las mujeres y los hombres de la clase media se organizaron. Ellas hasta insinaron que pedirían el voto, lo que hizo pensar seriamente a la antigua generación. Los obreros se reunían y creaban mutualidades varias. Hubo agrupaciones muy importantes, como el llamado “Club Cuitláhuac”, que llegó a adquirir toda una mansión para hacerla centro de reunión de sus agremiados y, por supuesto, “cuenta con dos grandes salones, uno de los cuales se destinará a exhibiciones de cinematógrafo, representaciones teatrales, etcétera... y el otro a bailes populares”.¹⁵ Otros obreros se declararon en huelga u organizaron sesiones de filmes en algún local de la fábrica para arbitrarse fondos. Invitaron a “los chicos de la prensa” que quedaron complacidos y los elogiaron por su espíritu altruista.¹⁶ Unos más invitaron a Madero para que asistiera a exhibiciones destinadas al beneficio del personal que laboraba en un salón de espectáculos.¹⁷



PRODUCCION NACIONAL

Durante los años 1910-1913, la producción cinematográfica nacional se multiplicó, lo que le permitió alcanzar una madurez técnica y estética considerable. Fue la época dorada del cine mexicano. De sobra está decir que la protagonista fue la Revolución.

Hemos visto que el general Díaz vio en el cine un medio de propaganda, al grado de financiar una película a través de la Secretaría de Instrucción Pública. Madero por el contrario, no se preocupó mayormente por hacerse publicidad; a pesar de esto fue todavía más popular que el general Díaz. Lo que no quiere decir que los camarógrafos se abstuvieran de filmarlo. Su popularidad garantizaba buenos ingresos. A la producción de películas de estos años, la hemos clasificado en dos grupos:

- a) las de Revolución.
- b) las que retrataban el acontecer diario de la vida capitalina

Las de ficción prácticamente desaparecieron. Se hicieron unas cuantas: *Colón*, *El aniversario de la muerte de la suegra de Enhart* y otras.

Las que tuvieron explosivo éxito fueron las de la Revolución. La primera película se anunció el 25 de mayo de 1911 y mostraba la firma de los tratados de Ciudad Juárez. Hubo una sesión especial para la prensa.¹² El diario decía que "...en la cinta [figuran] los preliminares de las negociaciones de paz. Se tomó también el grupo que formaban los cabecillas y representantes del Gobierno... puede verse perfectamente a Madero, Vázquez Gómez, Orozco, Villa y a varios periodistas, así como al representante del Gobierno...".¹⁹ El primero de junio, el periódico agrega que había llenos y que el público se entusiasmaba mucho y aplaudía a rabiar. Para el 14 de junio se anunciaba que se exhibiría el viaje de Madero de Ciudad Juárez hasta la capital, y el que hizo de la ciudad de México a Cuernavaca.²⁰ En julio se programaba la película de la campaña electoral de Madero por el sur del país²¹ y la de *Los sucesos sangrientos de Puebla*.²² Enfrentamiento entre maderistas y federales, que dejó un saldo de 170 muertos. En agosto de 1912 se exhibió *La Revolución Orozquista*, de 1 500 metros de largo; en noviembre la que se tomó del alzamiento de Félix Díaz en Veracruz y en 1913, el 2 de marzo, la *Semana trágica en México*, que mostraba a los capitalinos los efectos del golpe huertista.

Como en el caso de don Porfirio, en las películas donde "salía" Madero se respetaba la secuencia de los "cuadros", como la que muestra a don Francisco Ignacio en su viaje a Ciudad Juárez, y la que se hizo a propósito de su campaña electoral por el sur del país. Tal vez la más notable sea *La revolución orozquista*, que mostraba a los dos bandos. No cabe duda que los camarógrafos

trataban solamente de mostrar *La verdad* de los hechos, sin comprometerse con ninguna de las partes en pugna. Era la consabida imparcialidad positivista.

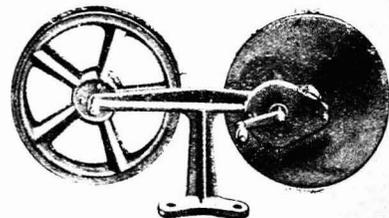
Las películas que retrataban el acontecer diario fueron muchas, incontables. Bastan unos cuantos títulos: *La carrera de automóviles Imparcial-Puebla*; *Regatas en Xochimilco*, las de las temporadas de toros, que eran muy exitosas *Vuelo de aviadores en el campo de Balbuena*, *Concurso de aviones*, *Simulacro de guerra por los voluntarios del Colegio Militar*, *Funerales de Justo Sierra*, etcétera.

Sin duda que la llegada de contingentes revolucionarios a la ciudad de México trajo un inusitado auge en el espectáculo cinematográfico, y, por consiguiente, en la producción nacional de películas, lo que permitió alcanzar madurez técnica y estética. Hemos tenido oportunidades de observar muchas de ellas —gracias al señor Edumundo Gabilondo, su custodio— y nos han impresionado vivamente. Los autores: hermanos Alva, Enrique Rosas, Jesús Abitia, José Cava, Indalecio Núñez y otros.

Por muchos motivos, la época del maderismo fue la "edad dorada del cine mudo mexicano".

Creemos que las características que hemos señalado no se encuentran en las películas de otros países, lo que las hace típicamente mexicanas, a más de ser impresionantes documentos históricos que muestran un acontecimiento singular: la Revolución Mexicana.

1. Luis G. Urbina. "La vuelta del cinematógrafo". *El Mundo Ilustrado*, 9-XII-1906, contraportada.
2. "De la quincena". *Album de damas*, abril de 1907, p. 2.
3. "Palos de tejo". *El Disloque*, martes 17-XI-1908, p. 2.
4. "México se quedará sin cinematógrafos". *Nueva Era*, jueves 5 de octubre de 1911, p. 2.
5. "Clausura del cine Pathé". *El Diario*, sábado 15-VI-1912, p. 4.
6. "Exhibiciones de cinematógrafo instructivas y libres para el pueblo". *Nueva Era*, viernes 15-IX-1911, p. 4.
7. "Se establecerán cinematógrafos en las 8 demarcaciones". *El Diario*, jueves 15-VIII-1912, p. 7.
8. "Por las prefecturas. Tlalpan". *Ibidem* miércoles 25-XI-1912, p. 5.
9. "*Ibidem* 30-IX-1912, p. 5.
10. "Los cinematógrafos públicos". *Nueva Era*, lunes 30-IX-1912, p. 3.
11. "El club liberal Juana de Arco". *Gil Blas*, martes 6-VI-1911, p. 3.
12. Carlos González Peña. "Politiquerías". *El Mundo Ilustrado*, 24-VI-1911, contraportada.
13. "Centros y reuniones". *El Intransigente*, sábado 20-VII-1912,
14. "Cinematógrafo en Belén". *Nueva Era*, viernes 2-VIII-1912, p. 6.
15. "El club político recreativo de los obreros populares". *Gil Blas*, viernes 21-VII-1911, p. 2.
16. "Espectáculos". *El Diario*, domingo 26-II-1911, p. 4. 17. "Teatrales". El siglo, jueves 23-XI-1911, p. 6.
18. "Espectáculos". *El Diario*, jueves 25-V-1911, p. 6.
19. *Ibidem* martes 30-V-1911, p. 6.
20. "Sección de espectáculos". *La actualidad*, 14-VI-1911, p. 1.
21. *Ibidem*, 5-VII-1911, p. 11.
22. "Espectáculos". *El Diario*, domingo 23-VII-1911, p. 7.





VENTOS HUAVES

EL ECLIPSE (ATZARAMB KAW. MORDER LUNA)

Un día mató a su hermanito y lo comió. Después cuando lo vio su mamá ya mató a su hermanito y lo está comiendo, la mamá corrió a ver y busca un palo para pegarle. Se corrió, se subió a un árbol y está arriba. Su mamá buscó la manera de bajarlo, pero el chamaco se fue más arriba. La mamá busca un palo más largo, y el chamaco se fue más arriba, en la punta arriba. La mamá busca un palo más largo, y él se brincó, se fue de una vez a la luna, ya no volvió. Allá se escondió, se quedó allí de una vez. Por eso ahora, cuando tiene hambre se come a la luna y se puede ver, es cuando hay eclipse. Por eso se pone colorada la luna, por la sangre. Por eso tocan la campana, para que corren a ése, hasta que aclara la luna, hasta que ya lo soltó. Está sentado dentro de la luna ese muchacho, el que se dice *xawealeat*.

EL TONTO TUNANTE GUIDXE* TUNANT

La mujer es bonita, una mujer guapa. Es una mujer famosa, es nagual, siempre gana todas las apuestas. Todos los hombres la quieren. Todos los mujeriegos les gusta platicar con ella, ella nunca se niega. Cualquier hombre puede platicar con ella, ella pregunta qué es lo que quieren. Hay algunos, dicen, que están enamorados de ella. Ella no contesta mal. Ella dice: "Sí, estoy dispuesta para usted y todo lo que usted quiera". La mujer dice en qué lugar nos vamos a ver. Al hombre que le gustan las mujeres, pues le dice un lugar apartado en el monte, el hombre busca un lugar donde puede platicar, donde puede usar a la mujer. El hombre va a esperar a la mujer. El hombre vé cómo la mujer se acerca, cómo la mujer se transforma en serpiente. El hombre vio de lejos cómo la mujer viene con su buena ropa y sus trenzas bonitas, viene perfumada, el hombre contento. Pero cuando volteó a ver a la señora, la señora está llegando más cerca y él está más contento, hasta cuando la mujer se vuelve serpiente. Ahí, el hombre se espanta y se va corriendo. Ahí pierde su cita. Y a todos los enamorados les pasa lo mismo, ninguno de ellos aprovecharon por miedo, así perdieron su palabra, su apuesta.

Un día, el hombre más triste del pueblo, chaparrito, delgado y con su vestido muy pobre, al que nadie hace caso, se encontró a la mujer en la calle. El hombre empezó a enamorarse de ella y quería platicar con ella. La mujer le contestaba: *Qué vas a servir, si eres*

un pedazo de gente, si mejores hombres han venido a platicar conmigo y quisieron conocerme, pero nunca cumplieron. El hombre dijo: Aunque me ves que soy así, yo sí cumplo. Yo quiero a usted, acepte mi palabra.

—Pero vas a cumplir, dijo la señora.

—Sí.

Entonces la mujer dijo: *Nos vamos a ver en tal lugar.* El lugar de siempre. Y el hombre fue, y a la hora de la cita, ya se ve la mujer de lejos, con su pañuelo blanco y con su ropa buena. Y ya está cerca, y el hombre se pone contento y de repente, la mujer desaparece, y luego aparece convertida en una gran serpiente brava. Y el hombre ¿qué va a hacer? : Se sentó. Agarró su sombrero, se lo puso en la espalda, se transformó en armadillo. Le dio un piquetazo en la cáscara del armadillo, hasta tronó. Volvió a darle otro golpe, tampoco le hizo nada. No le pudo quebrar ni con el tercer golpe. Entonces el armadillo levantó la cola. Le dio un colazo que hasta se dobló la culebra. Y dio un salto para darle otro colazo y se lo dio, se volvió a doblar la culebra. Ya tenía preparada la cola para el tercer golpe cuando la culebra se transformó en gente y dijo: *Ya me ganaste.* El armadillo se transformó en gente y empezaron a hablarse de conformidad. Así se hicieron amantes.

Un día, fue la mujer a una fiesta a casa del mayordomo y también fue el hombre. Los demás hombres ya saben que el chaparrito ganó a la mujer y cuando entró a bailar lo empezaron a molestar. La mujer está viendo, la mujer dirige entre las mujeres, es la madre del atole de espuma.* Les dice: *Están molestando a ese chaparrito, pero al rato van a ver cómo se cagan todos en los pantalones.* Las mujeres le preguntaron que cómo sabe. *Yo lo conozco,* contestó ella. El hombre se enojó, se volvió armadillo y les empezó a pegar a todos con su cola hasta que se cagaron en los pantalones. Ahí, toda la gente se admiró, ahí conocieron que el hombre no es sólo hombre sino que es nahual *membasiiek*.

TORTUGA (DIC QUIAN POJ. SALUDO AL REVES DE LA TORTUGA)

El arcoiris es una tortuga, se aparece en tiempos de lluvia. La tortuga sabe dominar la lluvia. Cuando ella quiere, la lluvia viene para llover; pero cuando la tortuga no quiere, soplando fuerte sale de su boca color de arcoiris para que la lluvia se regrese, para que desaparezca. Es por orden de la tortuga. Por eso, cuando la gente ve el arcoiris dice que ya no va a llover, ya pueden trabajar, o pueden salir a otro lugar. Así es la historia del arcoiris. La tortuga tiene cintura.

* Guidxa: tonto, palabra zapoteca incorporada al huave.

* Esta mujer reparte y dirige el trabajo por cooperación que hacen todas las mujeres.

El atole de espuma es una bebida ritual hecha con cacao y flores.

Los huaves son un grupo indígena que habita al sur de Tehuantepec, en el estado de Oaxaca, a orillas de la laguna superior. Se distribuyen principalmente en cinco poblados, de los cuales el núcleo más importante es el de San Mateo, donde se recogieron los relatos que ahora presentamos.

Los huaves se dedican principalmente a la pesca, a la cría de ovejas y a la venta de servilletas tejidas.

Hasta muy recientemente, desde la construcción de carreteras que los comunican con el resto del Istmo, fueron comunidades muy cerradas. Su contacto fue casi exclusivamente con los zapotecas que los rodean. Es por esto que conservan aún un gran número de tradiciones y costumbres. Pero con la carretera se ha acelerado el proceso de aculturación, haciendo que esas tradiciones se olviden o se pierdan.

Nuestro informante, Juan Olivares, es un pescador de San Mateo que se

interesa particularmente en la conservación de esta cultura destinada a desaparecer.

En los cuentos se ha conservado el español utilizado por nuestro informante. La mayoría de los cuentos huaves están relacionados directamente con sus actividades y, particularmente, con el mar. Alrededor del mar hay muchos tabúes y ritos. El mar es sagrado. Entrar al mar es como ir a la iglesia; por eso, no importa que no sepan nadar (no lo saben) pues el mar los defiende. Ninguna mujer puede tocar los instrumentos de pesca o canoas, ni pescar o entrar al mar, dominio exclusivo de los hombres. En la playa, sin embargo, viven todos los espíritus, los sincabeza, que espantan y matan en las noches. Por eso, si tienen que quedarse en la playa, permanecen debajo de sus redes tejidas con cruces, para que no los tiente.

Otro grupo de cuentos son los relatos occidentales incorporados al folklore específico huave.

Elisa Toledo



VIAJE AL SOL. (NEAIAC NAWIG TEANBAS TEAT NUT. DEJA PAPEL LA CARA DEL SEÑOR SOL)

Había una vez un cura. Tiene un ahijado. El cura quiere siempre a la mujer del ahijado, porque vive ahí mismo donde vive el ahijado con su mujer. El cura quiere matar al ahijado para quedarse con la mujer. Pues busca la manera como lo va a matar. Lo que hizo fue escribir una carta, para que fuera el ahijado donde está el sol. Entonces, un día llamó a su ahijado para que vaya a entregar la carta. El señor no quiso, pero como él manda, pues el ahijado respetó y agarró la carta y se fue.

Llegó a un lugar donde el camino se parte en tres caminos. Allí encontró un viejito y preguntó al viejito cuál camino va a tomar. Preguntó el viejito que si el señor ya comió o no comió. *Ya no tengo nada de alimento, sólo un pancito*, dijo. El viejito le dice *No te apures, con ese pan te vas a llenar*. Le dio una tacita de chocolate y con el pan, empezó a comer pero su pan nunca se acaba. El viejito hizo un milagro. Cuando vio que no se acaba el pan y el chocolate su corazón pensó: *Quién es ese hombre si igual le entrego su chocolate como me lo dio*. El viejito preguntó: *¿Por qué no lo acabaste?*

—No pude.

Se rio el viejito. Allí empezó a darle la dirección. Ese viejito no es cualquier gente, le dio la señal para llegar al sol. No va a llegar nunca, pero como el cura lo mandó, pues tiene que obedecer. . . El viejito le dice: *No puede pasar por ese camino porque los cerros están peleando, en medio de los dos cerros está el camino*. Dijo el hombre: *¿Cómo voy a pasar!* El viejito dice: *Solamente si crees en mi palabra puedes pasar*. Ahí empezó el viejito a decir cómo va a hacer: *Cuando llegues cerca de donde están los cerros, cierra tus ojos y después volteas. Cuando abras tus ojos, volteas a ver para atrás*. Llegó donde están los cerros, vio que los cerros están chocando uno con otro, cerró sus ojos y volteó atrás. Abrió los ojos y vio que el cerro está detrás de él. Así pasó. Se fue caminando. Cuando llegó donde se partió el camino, vio que el viejito allí está y volvió a preguntarle —él creyó que era otro viejito— qué camino va a seguir. El viejito dice qué camino va a seguir, pero también dice: *tiene que pasar otro problema como antes, porque allá delante hay dos serpientes peleando; una está del lado del camino y otra del otro lado, pero siempre brincan una sobre otra, pero si vas a obedecer lo que te digo, vas a poder pasar. Cuando llegues donde están las dos serpientes, cierra tus ojos y volteas atrás. Luego abres tus ojos*. Así pudo pasar y dejar atrás a las dos serpientes, así pasó.

Se fue caminando. Más adelante, cuando llegó donde se apartó otra vez el camino, allá está el viejito y él preguntó del camino, cuál camino va a seguir. El viejito le contestó, le dijo cuál camino va a llevar y los problemas que va a encontrar. Dice el viejito: *Esta*

es la tercera vez, aquí éste es el último y te voy a aconsejar. Si vas a obedecer toda mi palabra, tú vas a regresar y a llegar también donde está el sol, después vas a regresar al lugar de donde vienes; pero si no vas a obedecer, vas a morir, ahí está tu muerte. Tú vas a seguir tu camino, si ves todo lo que puedes ver, no vas a hacer caso, porque allá hay muchas pruebas, no vas a preguntar nada. Primero vas a pasar un potrero, ahí los animales están flacos, flacos. Pero el potrero tiene bastante pastura y agua, los animales están flacos porque son animales del diablo. Luego vas a pasar otro potrero, los animales están gordos, pero el potrero no tiene ni agua ni pastura. Los animales están gordos porque son los animales de Dios. Luego vas a pasar una laguna. Es honda, pero los pescados flacos flacos, porque son también del diablo. Luego otra laguna, están los pescados gordos y la laguna está seca. El pescado está gordo porque es de Dios. Entonces, sigue tu camino, el camino termina a la orilla de la mar viva. Entonces usted tiene que cruzar la mar viva. Te voy a dar mi burro, sin ese burro, no vas a cruzar la mar viva. Tú vas a montar mi burro y vas a entrar a la mar viva con los ojos cerrados pero sin dudas, porque si dudas, no vas a pasar. Vas a oír el ruido de la mar viva, pero no te echas para atrás, no vas a jalar la rienda de mi burro. Si vas a obedecer todas las palabras, vas a pasar.

Se fue adelante con el burro. Pasó los potreros y todas las cosas que el viejito dijo. Llegó a la orilla de la mar viva. Se paró y vio la mar tan ancha, pues él duda que no va a pasar, pensaba que allí nada más va a morir. Entró a la mar viva; cuando oyó el ruido, jaló la rienda y se brincó el burro y él cayó. Ahí creyó que con dudas no va a pasar, volvió a entrar en la mar viva. Cuando sintió que ya está en la mar viva, se echó para atrás, abrió los ojos y está en el mismo lugar. A la tercera vez tuvo valor de entrar. Entonces pasó como dijo el viejito: cerró sus ojos y entró a la mar viva, se volteó para atrás, abrió los ojos y ya la mar está a sus espaldas, ya pasó.

Allá adelante encontró otro viejito. Preguntó por dónde está la casa del sol. El viejito preguntó: *¿Dónde está la carta?* Contestó: *Aquí la traigo*.

—Entrégamela.

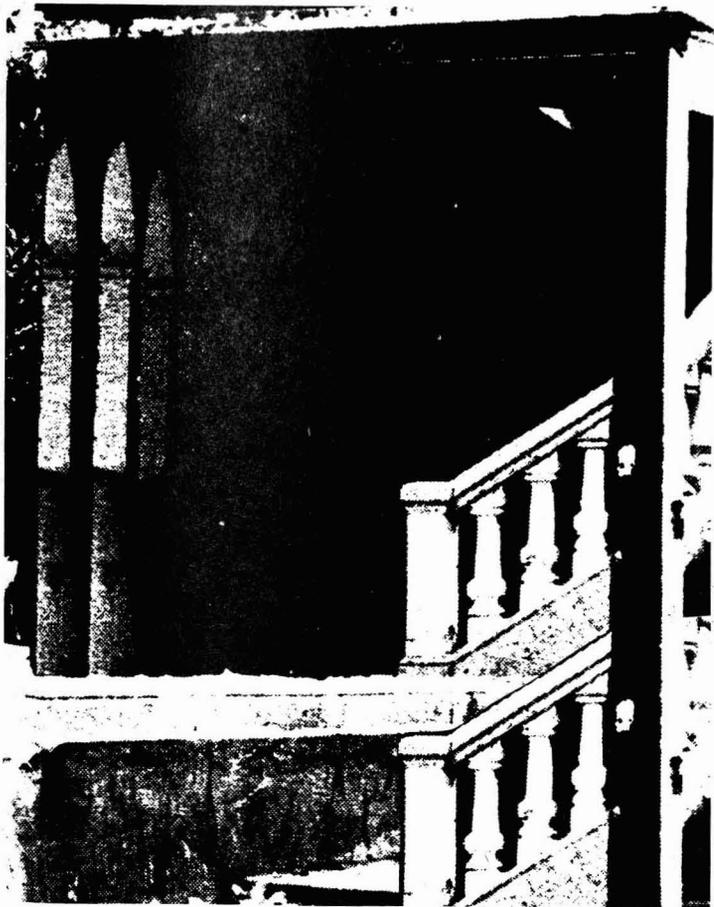
—No, se la voy a dar al sol.

—Yo soy el sol, dice el viejito. Recibió la carta. Abrió la carta para ver qué cosa dice. La carta no dice nada, es un puro papel. Después, el viejito arrancó un pelo de su bigote como contestación y dijo al hombre: *Ahí dejo mi contestación, ahí vas a ver el resultado, pero no te espantes, porque el cura tendió esta carta para que fueras a entregar donde estoy, y cree que nunca vas a regresar, porque él sabe que ahí te vas a quemar*. Recibió la carta y obedeció al sol.

Llegó a su casa, entró y se espantó el cura. El hombre encontró su mujer con el cura. Recibió la carta. La abrió y allí se quedó quemado y la mujer también se murió.

PROLONGACION DE LA NOCHE

Por las noches, después de cenar con su mujer y las niñas, se sentaba frente a la ventana y dejaba correr la imaginación —las luces de la ciudad resultaban un incentivo espléndido— abandonándose a los caminos que quisiera imponerle, asumiéndolos, llevándolos a sus últimas consecuencias, construyéndoles el escenario requerido con una delectación casi sensual, sintiendo en su cuerpo el reflejo de las situaciones fantaseadas, el ritmo acelerado del corazón cuando se acercaba a puntos climáticos, la emoción concentrada en el sabor de la saliva. Se inventó, por ejemplo, otra casa (más grande, de dos pisos, aunque modesta, sin demasiadas pretensiones: un jardincito con lirios a la entrada, una sala con sillones de cuero, un comedor con una mesa amplia de caoba y en el piso de arriba las recámaras) y otra familia: una mujer alta y delgada y no dos hijas sino dos hijos. Durante el día, en la oficina, intentaba no perderse en esos laberintos porque invariablemente se veía afectado el trabajo. Por las noches en cambio, sentado en su



sillón de pana verde y con una buena dotación de cigarrillos, podía volar a placer, sin ataduras, salir de sí mismo y ubicarse en cualquier parte, en el mejor sitio, contemplarse como un objeto cabal, dotado de un esplendor pulimentado a base de anhelarlo profundamente, de trabajar en él durante el día, como esos soldaditos de plomo de los cuentos que por las noches viven una exaltación que es la respuesta a tanta inmovilidad y tanta desidia diurna. Imaginó con detalle cada personaje, cada mueble, cada rincón de su nueva casa. Todo sucedía en el vidrio como en una pantalla que recibía los acontecimientos de afuera, en el vacío, en la oscuridad, el crepitar de una hoguera flotante, un escenario montado con trocitos de cartón. El mundo de atrás —el ir y venir de su mujer y las niñas, el ruido de los trastes, el correr del agua, el murmullo de las voces, la música del radio, el golpe suave de los pasos— permanecía aparte, a un lado, indemne. Sin embargo la primera sorpresa se la llevó una madrugada: soñó que hacía el amor con su otra mujer, con la inventada por él. Y, lo que más le asustaba: su corporeidad, lo delineado de sus facciones, el brillo de sus dientes, lo sedoso de su pelo, los hoyuelos en las mejillas al sonreír, el vello fino y rubio de sus piernas y de sus brazos. Dos noches después comprobó un detalle perturbador: mientras se sentaba frente a la ventana no existía para su mujer y las niñas. Simple y sencillamente no existía. No que se olvidaran de él por un momento, que lo dejaran abstraerse, no. Más bien como si no lo vieran, como si no estuviera ahí y ellas se hubieran resignado a la ausencia, a vivir solas y a no incluirlo en sus planes. Después, cuando apagaba el cigarrillo y se ponía de pie, todo volvía a la normalidad: conversaban, salían a caminar un rato o veían la televisión. Pero una noche sintió que las realidades se interferían, competían entre sí, al descubrir que el brazo del sillón era el del sueño. Se volvió buscando el mundo de atrás, el del día y la luz, y apenas soportó unos segundos lo que veía; enseguida regresó a la ventana, mirando hacia lo alto, hacia la parte más oscura de la noche, intentando un último esfuerzo por recuperar lo que parecía irremediablemente perdido, el único mundo al que tenía derecho, pensaba; el mundo donde residían su cuerpo y sus recuerdos y los seres con los que estableció un contacto distinto, donde quizá hubiera logrado perderse en diferente forma a como ahora lo hacía, quizá, pero ya qué más daba: el brazo del sillón (que no era de pana verde sino de cuero negro) continuaba ahí, definitivo, tan real como su respiración entrecortada, agitada y lenta a la vez. Dio una última fumada al cigarrillo y con una sonrisa que no pudo evitar a pesar del miedo, esperó a que la mujer alta y delgada se acercara y le acariciara la nuca muy suavemente, primero con las puntas de los dedos y luego hundiendo la mano en el pelo, como imaginó tantas veces que lo acariciaría. Débilmente, como música de fondo, le llegaban las risas y los gritos de los niños jugando en el piso de arriba.

L A MUERTE COMO CLAVE DE LA REALIDAD MEXICANA EN LA OBRA DE OCTAVIO PAZ

...si me han de matar mañana,
que me maten de una vez
(Corrido mexicano)

I

Llevar búhos a Atenas, o Naranjas al Paraguay, o Carbón a Newcastle: hace meses que estas frases hechas andan rodando por mi cabeza. Desde que acepté leer este trabajo sobre la muerte, aquí en México. Esas expresiones archiconocidas sirven para definir el sentimiento de irrealidad que me domina en este instante en que debo presentarme ante ustedes. ¿Qué derecho tengo yo, un uruguayo, educado en el país más occidentalizado de la América Latina, un país que hasta hace muy poco se enorgullecía tal vez demasiado de su durable sistema democrático, de su civilismo y escrupuloso respeto por la vida humana, de su lucidez y rigor críticos; ¿qué derecho tengo de usurpar un tema tan mexicano y en México?

Mi única justificación —porque alguna justificación creo tener— es que el tema de la muerte es también universal. Podría decir como dijo Edgar Poe a los que lo acusaron de imitar a los románticos alemanes: "Terror is not of Germany, but of the soul" (El terror no pertenece a Alemania sino al alma). Desde hace algunos años, mi país ha aprendido en la forma más onerosa posible que la muerte en las calles, la tortura sistemática, el sacrificio ritual de los más jóvenes e idealistas, no son cosas que sólo ocurren en países bárbaros, o en épocas de barbarie, sino en este presente bárbaro que nos envuelve a todos. Por otra parte, muchos de los que aquí están presentes y vienen de los Estados Unidos han aprendido también recientemente, si no en carne propia, en la carne de familiares, amigos y conocidos, que el sacrificio ritual de la guerra en el Asia, o el sacrificio ritual en las universidades y en las calles norteamericanas, no es sólo un tema del pasado violento de la gran nación del norte. La violencia (lo han dicho tantos) es tan norteamericana como la torta de manzanas. Lo que quiere decir que es universal, porque la torta de manzanas no la inventaron en Estados Unidos.

Por eso me creo justificado en venir a hablar a México de la muerte. Hoy, en todo el mundo, somos cómplices de los mismos horrores, de la misma locura sistemática y computadorizada, de la misma lucidez frenética, de la misma necesidad de descifrar el texto del pasado y el texto del presente con idéntico rigor. Todos somos asesinos, pero ahora no sólo lo somos: también lo sabemos.

Tengo otra justificación. La obra de Octavio Paz, a través de la cual habré de enfocar el tema de la muerte en México, ha trascendido hace mucho las fronteras de su país natal y, también, de América Latina. Paz no sólo es el primer escritor vivo de nuestra lengua —el primero por contemporaneidad y lucidez, por

su incesante obra creadora— sino que es también uno de los primeros escritores de este tiempo, sin limitaciones de lenguas o culturas. La obra de Paz se lee hoy en toda América Latina, como se lee en Europa y los Estados Unidos. No es Paz, sin duda, un escritor popular, un best-seller. Pero es algo mucho más decisivo: es el escritor que leen quienes piensan y opinan sobre la cultura contemporánea. El valor seminal de su obra es incalculable y sólo ahora comienza a advertirse con claridad.

Por eso, que un uruguayo, educado en su patria, en el Brasil y en Inglaterra, y que ha vivido durante años en muchos países de la América Latina, en Europa y en los Estados Unidos, se atreva hoy a venir a hablar aquí de "La muerte como clave de la realidad mexicana en la obra de Octavio Paz", no debe ser tomado como señal de demencia, o de ciega arrogancia. Es un gesto apenas de reconocimiento de la universalidad que la cultura mexicana ha adquirido ya y de la universalidad de la obra de Octavio Paz.

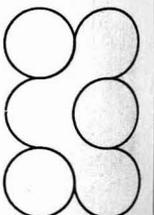
Como un doble homenaje a esa cultura y a esa obra es que me atrevo a presentar ante ustedes este trabajo que no pretende otra cosa que ser una *lectura* del texto de Octavio Paz, lectura que habrá de servir de prólogo a la lectura del texto infinito de México.

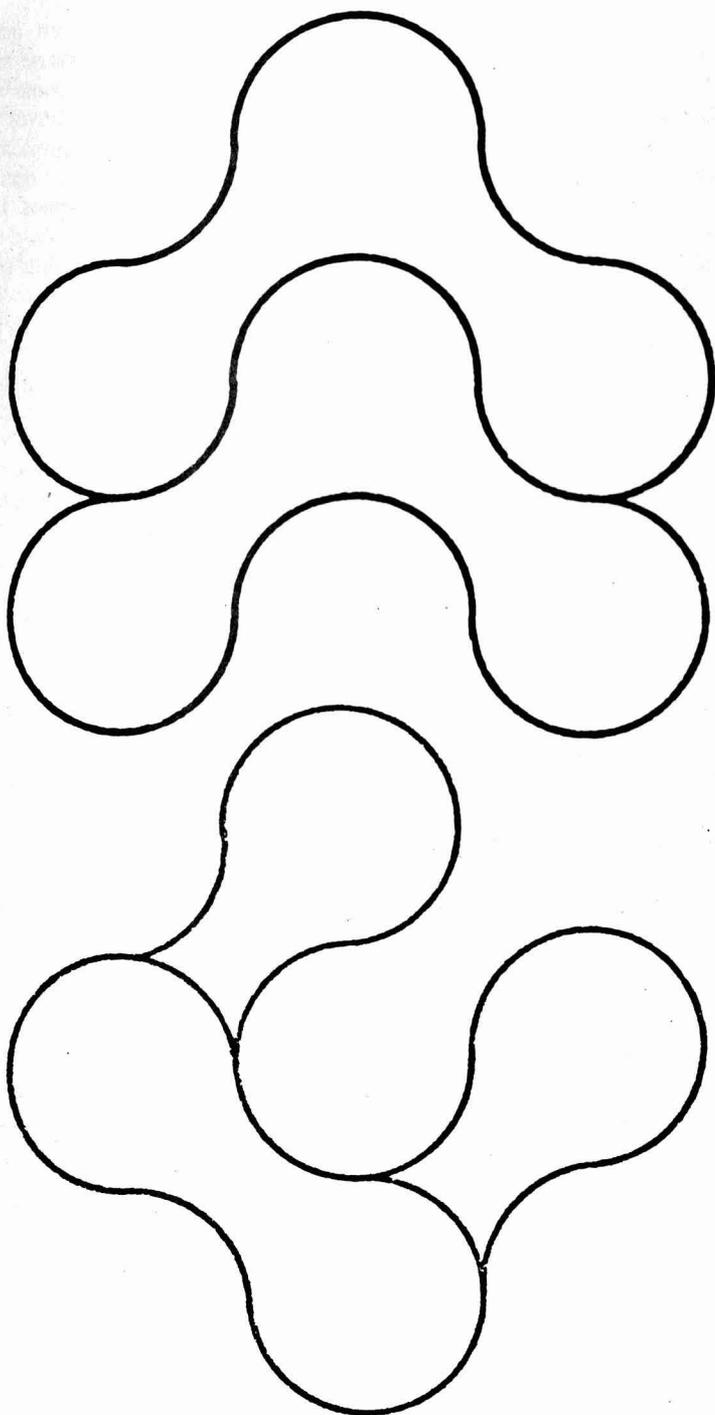
II

El tema de la muerte atraviesa como un hilo oscuro la compleja trama de la obra entera de Octavio Paz. A veces es como la filigrana en el papel, la invisible pero presente marca de agua que domina hasta con su ausencia la presencia de otros temas más explícitos o llamativos. La muerte (tema, motivo, símbolo) ofrece una clave de esa obra a la vez extensa e intensa del poeta mexicano. En algunos libros de Paz, ese hilo oscuro, esa marca de agua, se hacen muy visibles. El tema y los símbolos de la muerte saltan a la superficie y ocupan todo el espacio del texto. En otras obras, sólo se dan por transparencia. Son lo ausente cuya presencia brilla, por eso mismo, con fuerza más deslumbrante.

Sería imposible intentar en el espacio de un trabajo breve como éste, el recuento total de esa presencia/ausencia. Por el contrario, lo único prudente ahora es concentrar la mirada en algunos textos que definen no sólo la preocupación de Paz por el tema de la muerte y sus símbolos, sino que explican también el uso que da el poeta a la muerte como clave de un aspecto central de la realidad mexicana; la soledad, el laberinto en que (según él) está encerrado el hombre mexicano de hoy.

Si el texto general de Paz parece estar siempre hablando de la muerte, o alude insistentemente a ella, o la define por su ausencia, es sólo porque el texto mayor de la realidad mexicana que lo rodea está también impregnado de muerte. De manera que el tema y el símbolo dejan de ser ocupación y emblema de la obra





individual del poeta para convertirse en ocupación y emblema de la comunidad en que nace y vive.

Para concentrar aún más el análisis, en este trabajo sólo tendré en cuenta la obra ensayística de Paz —casi tan importante como su obra poética y mucho más difundida—. Hay en esa obra un par de títulos que dedican buena parte de sus páginas al examen y discusión del tema y los símbolos de la muerte. Esos libros son, *El laberinto de la soledad*, publicado por primera vez en 1950 pero que ahora circula en una edición que reproduce las importantes correcciones y adiciones de la de 1959; y *Posdata*, publicado en 1970 y que constituye, como el título indica, un complemento —a la vez, puesta al día y rectificación— del libro anterior.

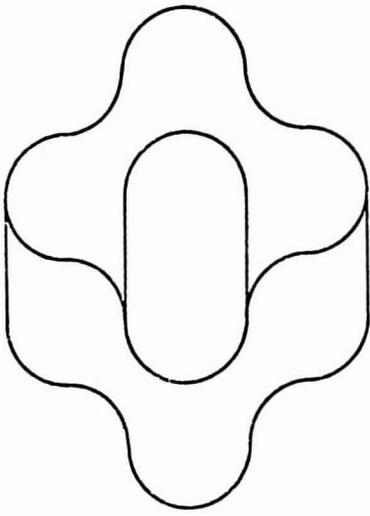
En ambas obras la preocupación por definir al ser mexicano y definirse a sí mismo, domina todas las páginas. México y Paz, la imagen que Paz tiene de México y la que tiene de su persona, aparecen íntimamente enfrentadas en estos dos libros fundamentales. Es imposible separar la una de la otra. Como en la obra ensayística, también ambiciosa del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada —a la que la obra de Paz recuerda sólo por su cualidad visionaria—, el análisis de una realidad nacional y un ser colectivo resulta inseparable del análisis (autoanálisis) del ser individual que es el escritor. Al convertir sus libros en espejos de la realidad de sus respectivas patrias, tanto Paz como Martínez Estrada descubren sus propias imágenes. Son sus libros, espejos de papel a los que conviene asomarse para preguntar por el ser de ambos escritores y de sus respectivos mundos.

III

Me parece importante definir desde el comienzo y con la mayor precisión posible en qué momento de la vida de México y de la vida de Octavio Paz se escriben y se publican sus dos libros básicos.

El laberinto de la soledad es redactado a fines de los años 40, una década en la que el mundo conoció la vasta destrucción organizada, el sacrificio humano de la segunda guerra mundial y la penosa reconstrucción de lo que no había sido destruido del todo; una década en la que los Estados Unidos y la Unión Soviética emergen como indisputables árbitros del mundo político, como feroces rivales que continúan enfrentándose en la arena ideológica; una década en la que el estallido de las primeras bombas atómicas arroja una luz incandescente sobre el planeta entero. Esos años ven a México contribuir económicamente al triunfo de Occidente, acelerar considerablemente la política desarrollista que ha caracterizado en todas partes (y al margen de las supuestas rivalidades ideológicas) la segunda mitad del siglo.

En el plano cultural, esos son los años en que aparecen en toda América Latina autores que habrán de producir en las dos décadas



siguientes la más radical transformación de las letras del continente entero. En esos años, Borges publica sus *Ficciones* y *El Aleph*; Miguel Angel Asturias, sus dos mejores novelas: *El Señor Presidente* y *Hombres de maíz*; Alejo Carpentier, su versión casi surrealista de la historia de Haití, *El reino de este mundo*; Pablo Neruda escribe "Alturas de Macchu Picchu", deslumbrante anticipo del *Canto general*, con que se cierra la década. En el Brasil la generación vanguardista (que allí llaman "modernista") continúa sus experimentos poéticos en prosa y verso: Mario de Andrade y Oswald de Andrade publican obras que sólo serán leídas cabalmente en estos últimos años pero que anticipan casi toda la nueva novela; el regionalismo del nordeste produce algunas obras maestras, como las de Graciliano Ramos; en 1946, el gran Guimaraes Rosa publica su primer libro de relatos, *Sagarana*.

En México, mientras José Gorostiza da a conocer su admirable poema *Muerte sin fin* (1939) y Xavier Villaurrutia ordena los textos de *Nostalgia de la muerte*, Octavio Paz colabora en la fundación de la revista *Hijo Pródigo*, una de las más decisivas de la década, recoge sus poemas en la colección *Libertad bajo palabra*, y escribe *El laberinto de la soledad*. La cultura de México y de América Latina no será la misma después de la publicación de todas estas obras.

Ellas proponen y realizan una nueva manera de escribir el ensayo y la poesía, la novela y el cuento; por su presencia simultánea en distintos países del continente, habrán de dejar una huella profunda. Pero no se trata sólo de una nueva manera de escribir. También hay una nueva manera de ver y de pensar. De la larga guerra, las naciones latinoamericanas saldrán con una conciencia más clara de su destino nacional y, a la vez, continental. El doble triunfo de los Estados Unidos y la Unión Soviética habrá de dividir artificialmente al mundo en dos campos ideológicos, sostenidos económicamente por imperios rivales que se disputan la lealtad, el talento y las materias primas del Tercer Mundo.

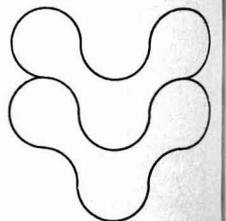
Aunque América Latina no es estrictamente el Tercer Mundo —constituye, más bien, un Cuarto Mundo, intermedio entre ambas superpotencias y los países en vía de desarrollo—, la conciencia de una realidad supranacional, de un destino continental, vuelve a hacerse presente con una fuerza que se había perdido desde las luchas por la independencia en el primer tercio del siglo XIX. En los años cincuenta, la revolución boliviana primero, la intervención de los Estados Unidos en Guatemala y, sobre todo, la revolución cubana, habrán de replantear en términos extremos el problema del destino continental. En la última década, el bloqueo de Cuba y la aventura de Playa Girón, la ocupación de Santo Domingo por los marines, la muerte del Che en Bolivia, la guerrilla urbana en el Uruguay, el triunfo electoral del socialismo en Chile, la aparición de militares nasseristas en el Perú, son otras tantas señales de una transformación radical de la visión latinoamericana de su destino.

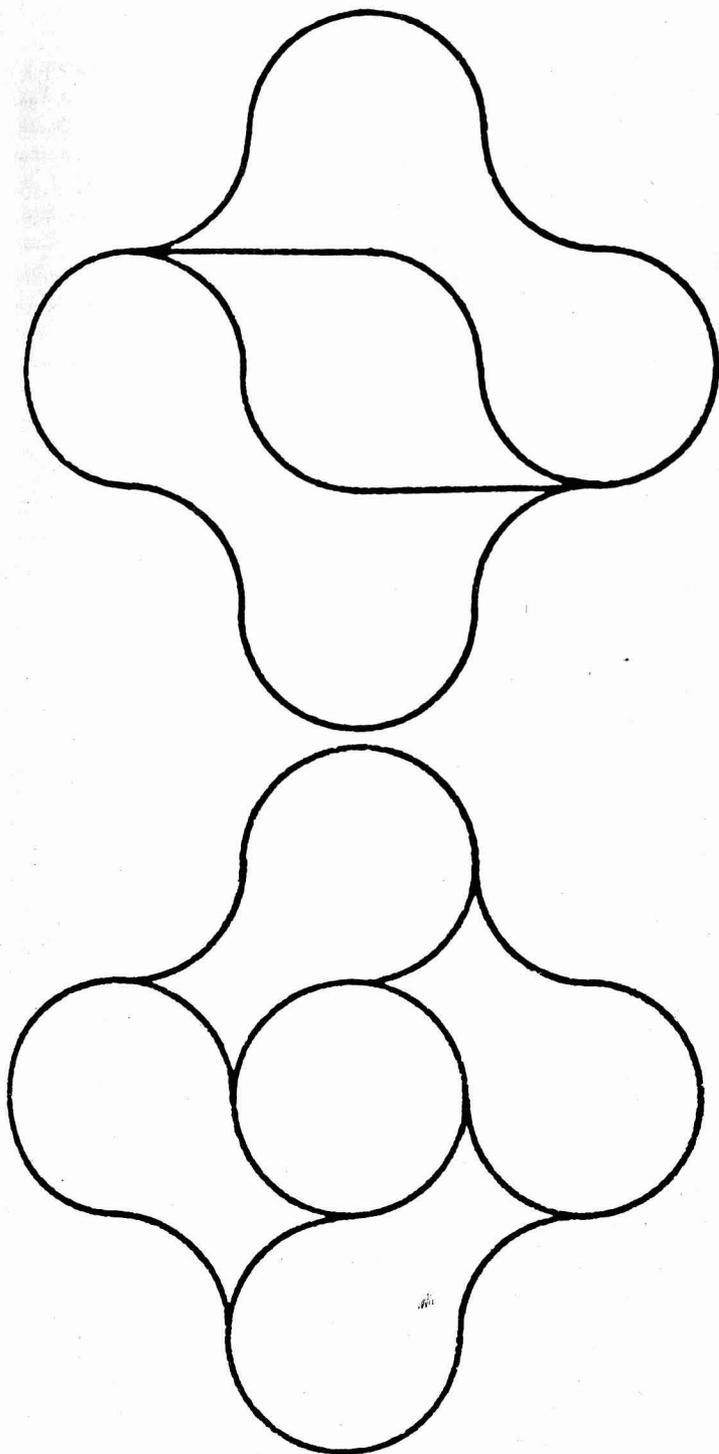
Todo empieza en los años cuarenta, en esos años en que Octavio Paz prepara los materiales que habrán de condensarse en *El laberinto de la soledad*. En esos años, tanto México como el poeta sienten la necesidad de una redefinición de sus respectivos y complementarios seres. Presionados por las violentas transformaciones de un mundo que apenas si ha salido de la matanza organizada, tanto el país como el poeta se vuelven sobre sí mismos. El resultado es ese libro en que Paz —nuevo Teseo— se interna en el laberinto de la soledad de su patria para descubrir y definir (es decir: aniquilar) el Monstruo que acecha en el centro. Pero el poeta no sólo mata al Minotauro: también descubre su secreta identidad con él.

En la vida personal de Octavio Paz esos años cuarenta son sus años treinta. Nacido en 1914, Paz empieza a escribir su libro apenas cumplidos los treinta. Su experiencia vital es ya amplia. Había estado en España en 1937, durante la guerra civil, y había asistido allí, en primera línea, al prólogo de la inmensa matanza europea. A su regreso a México, y después de una estancia de seis años en que se vincula a grupos de la izquierda trotskista, sale Paz a viajar por el mundo. Por dos años (1944-1945) vive en los Estados Unidos con una beca Guggenheim. Al término de la guerra, va a París y allí traba amistad con el grupo surrealista, y en particular con el jefe supremo, André Breton, cuyas simpatías trotskistas son conocidas. En 1946, Paz ingresa al servicio diplomático mexicano y como representante de su país, esta vez, regresa a los Estados Unidos. Entre tanto, escribe *El laberinto de la soledad*.

Hay suficientes indicaciones en el libro mismo de las circunstancias en que fue escrito. El contacto con los Estados Unidos, el choque cultural que significan esos dos años vividos en medio de una cultura tan diferente de la de México o España, y, más tarde, la experiencia surrealista de París, han dejado su huella en el libro. La principal, para el objeto de este trabajo: Paz se siente obligado a mirar a México desde afuera para explicarse sus propias reacciones. Algo similar le había pasado al México de esos mismos años, al tener que redefinir su línea nacional e internacional, presionado por los imperativos de la segunda guerra mundial, de la inevitable alianza con los Estados Unidos y los demás países de la América Latina, amenazados por la expansión fascista. En el texto de Octavio Paz, esa necesidad de volver la mirada sobre sí mismo y sobre su país, esa mirada que busca sus propios ojos en el espejo de las palabras, es la re-flexión. Lo deja dicho bien claro el primer capítulo del *Laberinto*:

... muchas de las reflexiones que forman parte de este ensayo nacieron fuera de México, durante dos años de estancia en los Estados Unidos. Recuerdo que cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante. Esa imagen, destacada





sobre el fondo reluciente de los Estados Unidos, fue la primera y quizá más profunda de las respuestas que dio ese país a mis preguntas. Por eso, al intentar explicarme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días, principio con esos para quienes serlo es un problema de verdad vital, un problema de vida o muerte.

(p. 12)

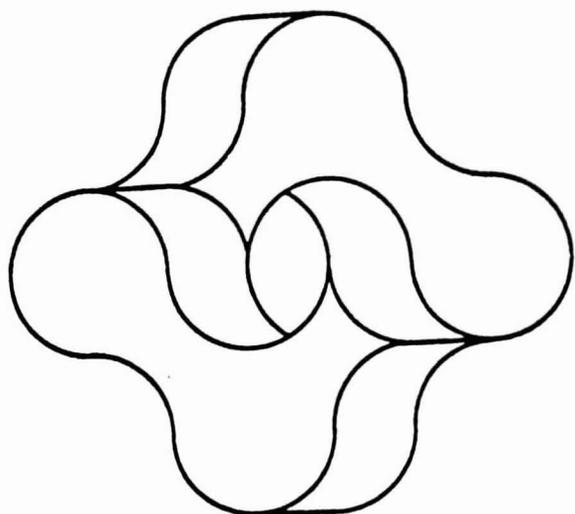
Paz se refiere aquí, naturalmente, a los mexicanos-americanos, o chicanos, como se les llama simplificadamente en los Estados Unidos. Aunque lo que dice es muy interesante, no podemos seguirlo ahora en su desarrollo de este tema. Nos detendremos apenas en las últimas líneas del texto citado:

un problema de vida o muerte.

Sí, en efecto, el problema de la identidad personal o nacional es un problema de vida o muerte. Pero no sólo para los mexicanos-americanos, sino para todos los hombres. *Vida o muerte*: la expresión popular, la frase hecha, tiene mucho más sentido de lo que a primera vista parece. Plantea una alternativa, una opción final, que se presenta como irrevocable. Nos fuerza a elegir: o la una o la otra. Sin embargo, bien leída, la opción indica también (aunque no explícitamente) que esos dos términos antagónicos son también complementarios: vida o muerte, pero asimismo vida/muerte. Todos sabemos, demasiado sabemos, que los términos de la opción son en realidad términos intermedios de una relación dialéctica infinita: vida/muerte/vida/muerte/etc. Una relación que es mucho más compleja y profunda que la opción que los dos términos por sí solos parecen plantear.

Quiero subrayar este hecho: cuando Paz se plantea el dilema vida o muerte, el contexto nacional e internacional en que se lo plantea apunta precisamente menos a la opción (vida o muerte) que a esa dialéctica subyacente y circular (vida/muerte/vida, etc.) En 1945, el mundo ha escapado por unos años a la destrucción final, el *Götterdämmerung* que preparaba Hitler con la colaboración de sus aliados. Los ritos de la guerra han cesado, la paz triunfa. Una vez más, la guerra (la muerte) ha sido vencida por la paz (la vida). Pero sobre el mundo de los años cuarenta y cinco pesa ineludible la sombra del hongo atómico de Hiroshima y Nagasaki. La opción vida o muerte vuelve a plantearse en otros términos: la guerra fría reabre el debate en todo el mundo. La dialéctica continúa funcionando implacablemente, aunque invisible para la mayoría de los hombres.

Para explicar este dilema que enfrentaban los hombres después de 1945, para explicarse su propio dilema, habrá de escribir Paz este libro, *El laberinto de la soledad*. Y habrá de empezar por buscar la clave (el hilo de Ariadna) precisamente en el concepto y



la práctica de la muerte tal como aparecen definidos en las dos sociedades, la mexicana y la norteamericana, que se enfrentan y combaten en el espejo de su experiencia personal.

No hay que olvidar que este libro empieza a pensarse y escribirse cuando Paz está perdido en el entonces lujoso laberinto de los Estados Unidos: un laberinto aún más peligroso que el de Creta porque los que habían vencido a la muerte de la guerra hitlerista ya detentaban en sus manos la única arma capaz de hacer desaparecer el planeta entero y poner fin a la dialéctica de vida o muerte.

En esta encrucijada del destino personal del poeta y del destino de su país y del mundo entero, con el fondo de la bomba atómica, se escribe y se publica este libro. No es extraño que el tema de la muerte individual y colectiva, y sus profusos símbolos aztecas o cristianos, estén decisivamente presentes en él.

IV

Al evocar sus primeras impresiones de los Estados Unidos de los años cuarenta, en el primer capítulo de *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz destaca ante todo "la seguridad y la confianza de la gente, su aparente alegría y su aparente conformidad con el mundo que los rodeaba". Reconoce y admira Paz la crítica que se ejerce allí abiertamente sobre todos los aspectos de la vida nacional, pero observa:

...esa crítica respeta la estructura de los sistemas y nunca descende hasta las raíces.

(p. 20)

También comenta el "realismo" norteamericano —que otros llaman pragmatismo— y la ingenuidad que lo acompaña, a pesar de ser éstas dos condiciones que (Paz mismo observa) parecen excluirse. Esto lo lleva a preguntarse:

¿No sería más exacto decir que los norteamericanos no desean tanto conocer la realidad como utilizarla? En algunos casos —por ejemplo, ante la muerte— no sólo no quieren conocerla, sino que visiblemente evitan su idea. (...) Así, pues, el realismo americano es una especie muy particular y su ingenuidad no excluye el disimulo o aun la hipocresía. Una hipocresía que si es un vicio del carácter también es una tendencia del pensamiento, pues consiste en la negación de todos aquellos aspectos de la realidad que nos parecen desagradables, irracionales y repugnantes.

(p. 21)

Con este análisis rápido e incisivo, prepara Paz la entrada del

tema central de este capítulo: la actitud de norteamericanos y mexicanos ante la muerte. Antes de seguir con ese hilo a Paz dentro del laberinto, conviene advertir desde ya que muchas de las cosas que él dice en su libro sobre los Estados Unidos tienen una fecha muy clara. El optimismo, la alegría, la seguridad y la confianza, la ingenuidad, van pareciendo cada vez menos los rasgos más característicos de la sociedad norteamericana de nuestros días. Otros rasgos más sombríos, más desilusionados y hasta cónicos, asoman cada vez más en la superficie. Es cierto que Paz usaba el adjetivo "aparente" para calificar la alegría y la conformidad. Pero sin duda hoy usaría otras palabras. La guerra de Vietnam, el espionaje político, dentro y fuera de los Estados Unidos, el escándalo de la I.T.T., Watergate, han despertado a los propios norteamericanos del optimista sueño que los invadió después del triunfo en la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, aunque las palabras de Octavio Paz requieran hoy un cierto ajuste de la perspectiva, no han perdido su validez. Sobre todo, en lo que se refiere al tema central de este trabajo: la muerte y sus símbolos como clave de la realidad mexicana.

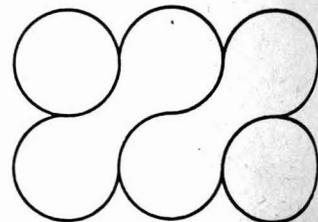
Paz advierte que si los norteamericanos parecen negar los aspectos desagradables, irracionales o repugnantes de la realidad, todo lo contrario podría decirse de los mexicanos de hoy:

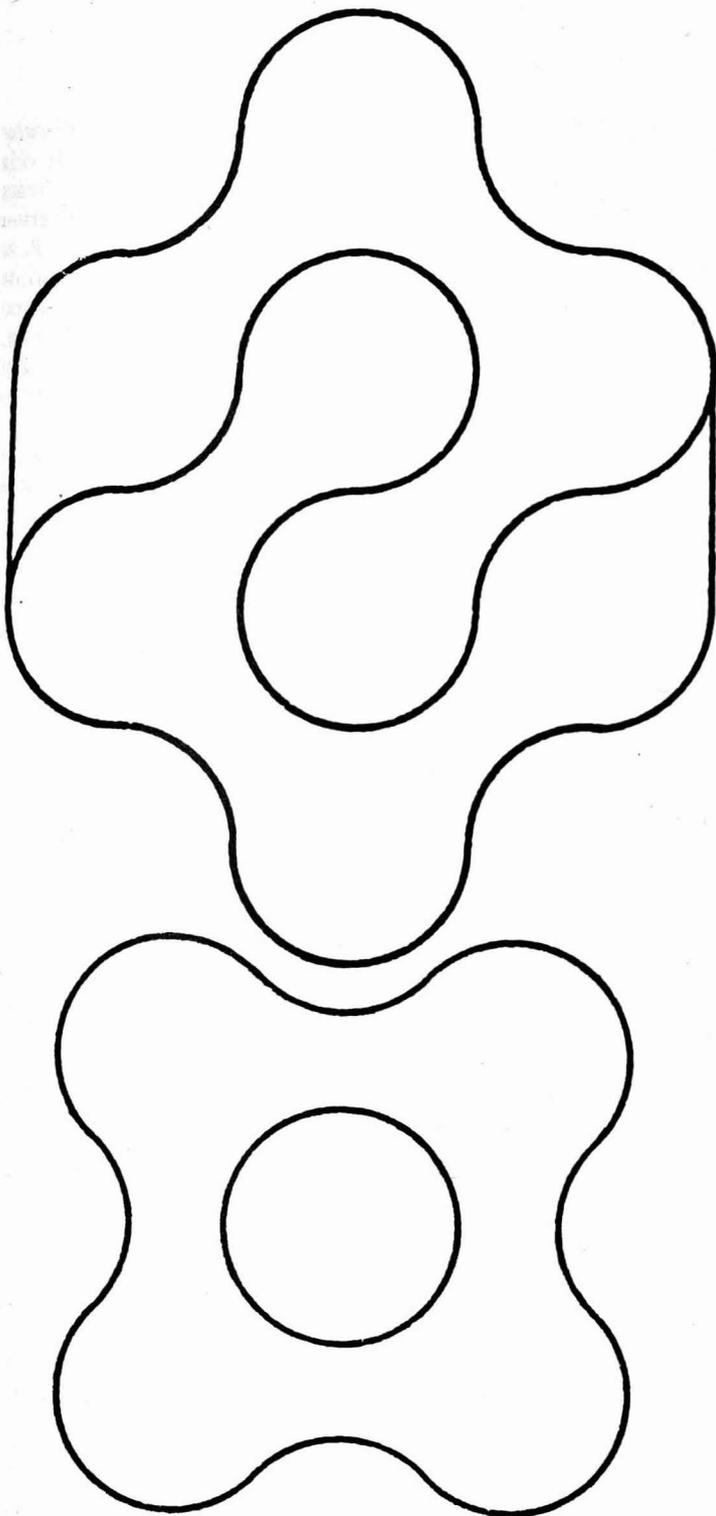
La contemplación del horror, y aun la familiaridad y la complacencia en su trato, constituyen contrariamente uno de los rasgos más notables del carácter mexicano. Los Cristos ensangrentados de las iglesias pueblerinas, el humor macabro de ciertos encabezados de los diarios, los "velorios", la costumbre de comer el 2 de noviembre panes dulces que fingen huesos y calaveras, son hábitos heredados de indios y españoles, inseparables de nuestro ser. Nuestro culto a la muerte es culto a la vida, del mismo modo que el amor, que es hambre de vida, es anhelo de muerte. El gusto por la autodestrucción no se deriva nada más de tendencias masoquistas, sino también de una cierta religiosidad.

(pp. 21-22)

Dos afirmaciones básicas ocurren en este texto. Por la una, se asegura que el humor macabro y los ritos de la muerte impregnan la sociedad mexicana desde sus orígenes, ya que "son hábitos heredados de indios y españoles". Por la otra, se afirma que el culto de la muerte no es simplemente un culto a la destrucción sino a la vida, y se le vincula con el apetito erótico. Las dos afirmaciones tienen larga proyección en *El laberinto de la soledad* y en la obra entera de Paz. Conviene examinarlas por separado.

En primer lugar, el hábito de la muerte, la familiaridad cotidiana con la muerte, es uno de los rasgos que más visiblemente separan la cultura mexicana de la norteamericana, y (en general)





de toda la cultura pragmática y hedonista de este siglo que toma a la cultura norteamericana como único modelo. Y, sin embargo, ya en 1950, ese optimismo ciego de los países desarrollados ante la muerte era injustificable. Lo señala Paz en su libro al escribir:

En el mundo moderno todo funciona como si la muerte no existiera. Nadie cuenta con ella. Todo lo suprime: las prédicas de los políticos, los anuncios de los comerciantes, la moral pública, las costumbres, la alegría a bajo precio y la salud al alcance de todos que nos ofrecen hospitales, farmacias, campos deportivos. Pero la muerte, ya no como tránsito, sino como gran boca vacía que nada sacia, habita todo lo que emprendemos. El siglo de la salud, la higiene, los anticonceptivos, las drogas milagrosas y los alimentos sintéticos, es también el siglo de los campos de concentración, del Estado policíaco, de la exterminación atómica y del "murder story". Nadie piensa en la muerte, en su muerte propia, como quería Rilke, porque nadie vive una vida personal. La matanza colectiva no es sino el fruto de la colectivización de la vida.

(pp. 59-60)

Para los mexicanos, en cambio, la muerte tiene un significado distinto. De las antiguas culturas indígenas, y sobre todo la azteca, así como de la cultura española del Renacimiento (tan impregnada aún de la visión medieval que exaltaba la común raíz de la vida y la muerte); de esas dos grandes culturas que chocan en el siglo XVI para producir la nueva cultura de México, heredan los mexicanos de hoy un concepto de la muerte que no tiene nada que ver con el de la esterilizada cultura contemporánea, sometida como ésta parece estar al fantasma del progreso y al ideal de una vida incontaminada por la muerte. Aunque Paz sabe que no todos los mexicanos comparten una visión trascendental de la muerte, como se verá, también sabe que en la vida cotidiana del mexicano hay, por lo menos, una aceptación y reconocimiento del *problema* de la muerte que faltaba casi por completo en la cultura tecnológica de los Estados Unidos.

Paz empieza por examinar la actitud del mexicano de hoy ante la muerte y la compara con la de los hombre de otros países del mundo occidental. Vuelvo a insistir: el texto que citaré, publicado en 1950, no puede tener en cuenta cambios importantes que han ocurrido en las últimas dos décadas.

... para el mexicano moderno la muerte carece de significación. Ha dejado de ser tránsito, acceso a otra vida más vida que la nuestra. Pero la intrascendencia de la muerte no nos lleva a eliminarla de nuestra vida diaria.

(p. 60)

La distinción me parece importante. En efecto: una cosa es negar la trascendencia de la muerte, como hacemos todos en Occidente, a pesar de nuestros tibios homenajes dominicales a las religiones establecidas, mientras que en la vida cotidiana negamos hasta ese reconocimiento formal al esconder la muerte, o maquillarla grotescamente, o ignorarla del todo, metiendo nuestra cabeza, como el avestruz, en la arena. Pero, otra cosa, y muy distinta, es practicar la misma hipocresía religiosa aunque aceptando en la vida cotidiana la presencia de la muerte. En el primer caso, funciona el doble patrón tan característico de la cultura contemporánea: fingimos creer en algo pero en realidad lo rechazamos, o, lo que es peor, lo censuramos, relegándolo a la zona de los fantasmas, de las pesadillas, de las neurosis. En el segundo caso, hay también hipocresía al negarse a ver el sentido trascendente de la muerte: pero no hay censura ni represión. No se cree realmente en la vida eterna pero se cree sí en la existencia de la muerte en esta vida. Por eso, Paz puede continuar su análisis y paralelo con estas palabras:

Para el habitante de Nueva York, París o Londres, la muerte es palabra que jamás se pronuncia porque quema los labios. El mexicano, en cambio, la frecuente, la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente. Cierzo, en su actitud hay quizá tanto miedo como en la de los otros; más al menos no se esconde ni la esconde; la contempla cara a cara con impaciencia, desdén o ironía: "si me han de matar mañana, que me maten de una vez".

(p 60)

El segundo paso del análisis será un enfoque de las relaciones entre vida y muerte dentro de la concepción del mexicano moderno. En vez de oponerse, o cancelarse, la vida y la muerte están unidas para él por algo más que la alternativa fatal:

La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida. El mexicano no solamente postula la intrascendencia del morir, sino la del vivir. Nuestras canciones, refranes, fiestas y reflexiones populares manifiestan de una manera inequívoca que la muerte no nos asusta porque "la vida nos ha curado de espantos". Morir es natural y hasta deseable; cuanto más pronto, mejor. Nuestra indiferencia ante la muerte es la otra cara de nuestra indiferencia ante la vida. Matamos porque la vida, la nuestra y la ajena, carece de valor. Y es natural que así ocurra: vida y muerte son inseparables y cada vez que la primera pierde significación, la segunda se vuelve intrascendente. La muerte mexicana es el espejo de la vida de los mexicanos. Ante ambas el mexicano se cierra, las ignora.

(p. 60)

En el espejo de la reflexión descubre Paz la cualidad *especular* de la muerte: en ella se refleja la vida, porque la muerte y la vida no son dos cosas distintas, como nos quiere hacer creer la beata imagen del progreso indefinido que practican con el mismo fervor capitalistas y socialistas. Son dos cosas "inseparables": la vida lleva a la muerte que lleva a la vida y así hasta el fin (o el principio) de los tiempos. Y no sólo la muerte lleva a la vida eterna, como sostienen algunas religiones, sino que lleva a la vida aquí mismo, en este mundo. Aunque no sea naturalmente a la vida efímera y perecedera del individuo sino a la vida eterna y renovable de la especie.

Cada uno muere para continuar algo que lo trasciende y que es lo que lo liga inescapablemente a la comunidad entera. Todos somos, lo sepamos o no, devotos del culto del Fénix —como ha mostrado Borges en su abismal relato del mismo título—, porque todos dejamos en esta tierra la semilla de nuestros cuerpos para producir esa inmortalidad general en la que participamos a la vez como individuos y como especie. Es cierto que los mexicanos de hoy no ven todo esto tan claro, y tal vez ni siquiera Paz lo veía tan claro en 1950. Pero en su análisis de la muerte hay indicaciones de que esa trascendencia de la muerte no se le escapaba.

Donde mejor se advierte esta otra visión es en las páginas que dedica a explicar el sentido ritual del sacrificio humano en los antiguos aztecas. Conviene examinar brevemente este punto que ha sido objeto de tanta interpretación contradictoria en los trabajos de los especialistas mexicanos o extranjeros.

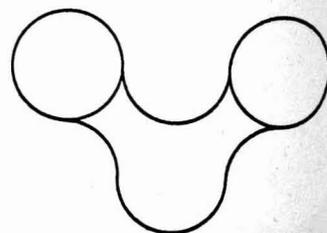
V

Hay en el texto de la primera edición de *El laberinto de la soledad* algunas tantalizadoras referencias al sacrificio ritual que practicaban los antiguos aztecas con sus prisioneros. Pero es sobre todo en la segunda edición del *Laberinto* donde Paz revela mejor su actitud frente a esta institución religiosa. Al agregar un desarrollo breve al capítulo de "Conquista y colonia", afirma rotundamente:

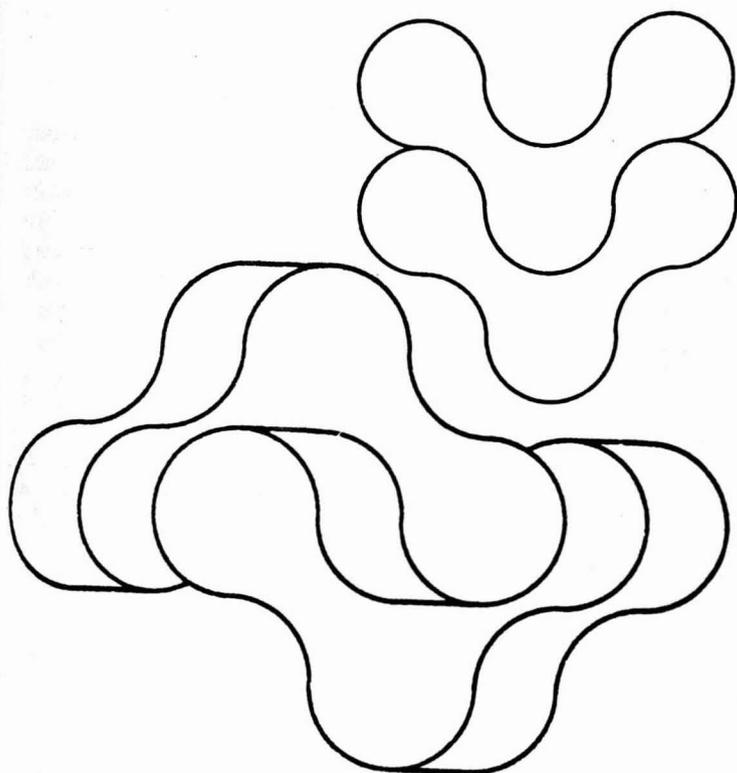
... me niego a ver en los sacrificios humanos de los aztecas una expresión aislada de crueldad sin relación con el resto de esa civilización: la extracción de corazones y las pirámides monumentales, la escultura y el canibalismo ritual, la poesía y la "guerra florida", la teocracia y los mitos grandiosos son un todo indisoluble. Negar esto es tan infantil como negar el arte gótico o la poesía provenzal en nombre de la situación de los siervos medievales, negar a Esquilo porque había esclavos en Atenas.

(2a. ed., p. 94)

Lo que aquí ofrece Paz es una pista para la interpretación de



ese
prc
alg
visi
cor
pir:
cau
Per
pist
enf
una
J
Lab
ron
Tlat
por
escr
que
alca
do
Rec
entc
patr
mim
obra



abarcar las culturas asiáticas, el contexto nacional e internacional en que esa obra continúa desarrollándose se ha transformado de tal manera que sería irónico apelar al concepto de madurez para definirlo.

El año 1968 es el año de la rebelión estudiantil en casi todos los países del Occidente, y algunos del Oriente y el mundo socialista. Precedida por la rebelión de los estudiantes norteamericanos en Berkeley o en Columbia, esta rebelión tiene características muy singulares. Aunque es, en realidad, marginal a los grandes conflictos que entonces dividen al mundo, tiene una cualidad explosiva, una visibilidad, que parecen darle una importancia mayor. La rebelión principal ocurre en países en que la sociedad de consumo ha llegado a sus más grotescos extremos. Por eso, es natural que los estudiantes, hijos de burgueses y burgueses ellos mismos, proclamen por lo general su adhesión al Tercer Mundo y adoren en las varias capillas de la revolución contemporánea, llegando a encontrar sus modelos no sólo en héroes como el Che Guevara o teóricos como Trotsky, sino yendo a buscar inspiración hasta en el movimiento reformista de los estudiantes hispanoamericanos de 1918. Es una rebelión contra el capitalismo (o contra la burocracia estalinista) pero no es una rebelión proletaria, ni es una rebelión de los desposeídos, de los explotados, los vejados. Algún cínico diría que es la rebelión de los que quieren cortar la torta y no ya simplemente comerse las migajas. Tal vez. Sea como sea, a pesar de la adhesión verbal de ciertos grupos políticos muy organizados a algunos de estos movimientos estudiantiles, la rebelión general del año 1968 no consiguió radicarse políticamente.

El amplio poder explosivo de la rebelión enmascaraba su debilidad, como se ha visto luego. Pero ahora no quiero subrayar ese sentido político negativo que impide usar la palabra revolución para definir esos movimientos. Al contrario, lo que me interesa indicar ahora es que esa rebelión tuvo una virtud sobresaliente: exponer con claridad engeguecedora la increíble corrupción e ineficacia de la sociedad de consumo o de la burocracia socialista, la mentira no sólo política sino económica, social y moral en que ambas se apoyan; la vaciedad total de sus respectivas ideologías, la estafa de sus programas de rehabilitación social o educativa.

En el sentido más hondo, más trágico, de la palabra, esa rebelión fue un continuo *happening*, no fue una revolución. Aunque hubo, hay, muertos, y los chorros de pintura roja son sangre. Pero por ser un auténtico *happening* fue un verdadero Carnaval en el sentido medieval de la palabra que Mikhail Bakhtine ha rescatado tan admirablemente en su libro sobre Rabelais. Es decir: la rebelión fue una gran ceremonia ritual en que los jóvenes exhibieron el envés grotesco de las instituciones sociales y políticas del mundo actual, en que la denuncia de la hipocresía de la religión y la moral oficiales dejó de ser palabras para convertirse en acciones, en que el mundo de la carne se tomó su desquite. Por

ese ritual. En vez de una reacción puramente moral, o psicológica, producto de una civilización que esconde la muerte como si fuera algo obscuro o que la barre bajo la alfombra para engañar a las visitas, se apunta allí la necesidad de situar los sacrificios en el contexto total de la cultura azteca que a la vez que levanta pirámides para celebrar a los astros, arranca corazones a los cautivos; que se come la carne de sus enemigos y escribe poesía. Pero si en esta página de *El laberinto de la soledad* se indica una pista, no será hasta la publicación de *Posdata* en 1970, que Paz enfoque el problema de los sacrificios humanos de los aztecas en una perspectiva a la vez histórica y actual.

Posdata, ya se sabe, fue escrita como complemento tardío del *Laberinto* y como reacción muy directa a los sucesos que ocurrieron aquí en México, en la Plaza de las Tres Culturas, o Plaza de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968. Otra vez, conviene empezar por situar el libro y el autor en el contexto exacto en que fue escrito y publicado. En 1968 se cumplían casi veinte años desde que Paz escribió *El laberinto*. En esos veinte años el poeta ha alcanzado su cenit como escritor y su personalidad se ha constituido en la más significativa de la cultura latinoamericana de hoy. Reconocido internacionalmente por su obra literaria, Paz vive entonces, desde hace seis años, en la India como Embajador de su patria. Desde el mirador de New Delhi, continúa escrutando minuciosamente y ardientemente el texto del mundo. Pero si Paz, y su obra entera, no han hecho sino crecer, madurar, expandirse hasta

unas horas, a veces por unos días, los jóvenes consiguieron invertir el mundo: poner lo de abajo arriba, humillar lo de arriba, del mismo modo que en el Carnaval erótico, los hemisferios inferiores del cuerpo se toman su venganza y la cara que ocultamos celosamente dentro de nuestros pantalones y faldas sale a la luz del día.

Ese hondo sentido carnalesco que tuvo la rebelión estudiantil ha escapado a muchos que, enfermos de trascendencia intelectual son incapaces de leer la realidad que los rodea. Ciegos a toda novedad, siempre aplicando criterios aprendidos en viejos libros, la mayoría de los que intentaron definir esa rebelión lo hicieron con la miopía de un ilustre anciano escritor suramericano que atribuyó la ingobernable rebelión de los estudiantes franceses a los manejos de la CIA. Octavio Paz, en cambio, leyó la rebelión estudiantil en México como un acontecimiento que no podía entenderse si no se buscaban sus raíces dentro de la sociedad mexicana misma. Su lectura de lo que acontece en Tlatelolco el 2 de octubre de 1968 se inscribe en una lectura más general del mundo mexicano.

Para Paz, lo que ocurrió aquel día fue "una repetición instintiva que asumió la forma de un ritual de expiación". Por eso agrega en *Posdata*:

las correspondencias con el pasado mexicano, especialmente con el mundo azteca, son fascinantes, sobrecogedoras y repelentes. (...) un pasado que creíamos enterrado está vivo e irrumpe entre nosotros.

(p. 40)

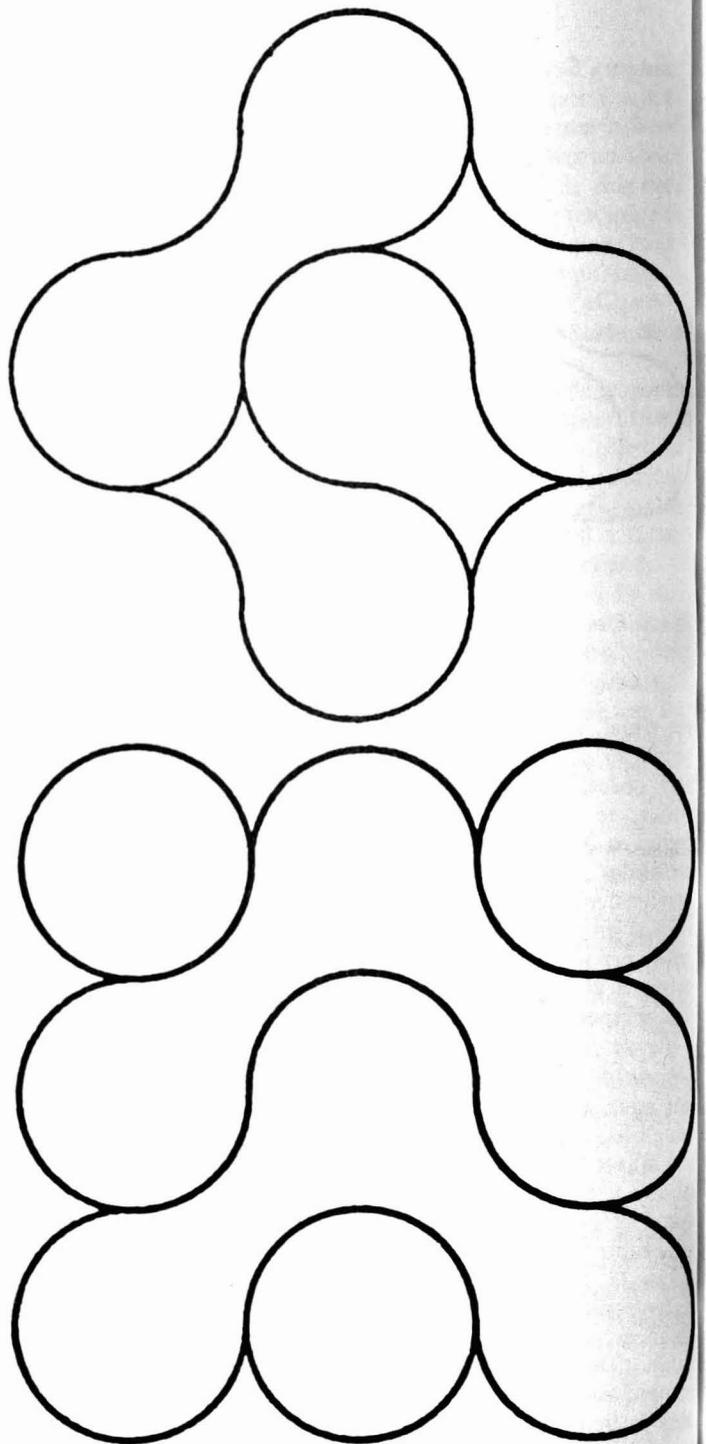
Y más adelante escribe:

Lo que ocurrió el 2 de octubre de 1968 fue, simultáneamente, la negación de aquello que hemos querido ser desde la Revolución y la afirmación de aquello que somos desde la Conquista y aún antes. Puede decirse que fue la aparición del otro México o, más exactamente, de uno de sus aspectos. (...) Doble realidad del 2 de octubre de 1968: ser un hecho histórico y ser una representación simbólica de nuestra historia subterránea o invisible. Y hago mal en hablar de representación pues lo que se desplegó ante nuestros ojos fue un acto ritual: un sacrificio.

(p. 106)

Pasa luego a analizar los aspectos más salientes y conocidos de la cultura azteca, desde su relativamente tardía aparición en medio de las culturas de Mesoamérica, hasta su dominación brutal de todos los pueblos del territorio mexicano. La concepción del mundo de los aztecas aparece así definida por Paz:

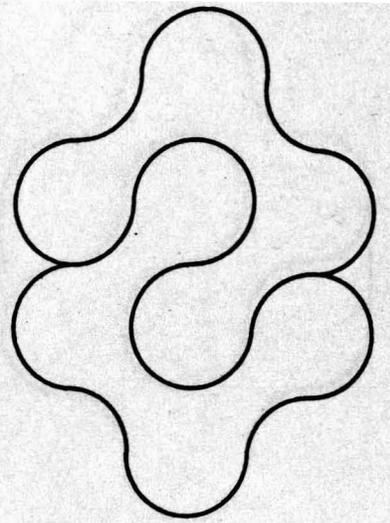
La versión azteca de la civilización mesoamericana fue grandiosa y sombría. Los grupos militares y sacerdotales, y a su imagen y semejanza la gente del común, estaban poseídos por una



De
el
mo
do

Al
má

Es
ritu
hip
hoy
par
en



creencia heroica y desmesurada: ser los instrumentos de una tarea divina que consistía en servir, mantener y extender el culto solar y así contribuir a la conservación del orden cósmico. El culto exigía alimentar a los dioses con sangre humana para asegurar la marcha del universo. Idea sublime y aterradora: la sangre como sustancia animadora del movimiento de los mundos, un movimiento análogo al de la danza y al de la guerra.

(p. 122)

De esta manera, enlaza los sacrificios humanos con el culto solar, y el ritual del sacrificio con la danza y la guerra. Paz indica por medio de una representación gráfica muy simple el vínculo profundo entre estos elementos:

Danza guerrera de los astros y los planetas, danza de la destrucción creadora. Cadena de ecuaciones y transformaciones; rito danza guerra ritual sacrificio.

(pp. 122-123)

Al examinar con cierto detalle la significación de uno de los dioses más importantes del panteón azteca, observa Paz:

Uno de los informantes de Sahagún explicó de un modo memorable la verdadera significación religiosa de Huitzilopochtli, el dios nacional de los mexica: *el dios era nosotros*. No "el pueblo es Dios" de los demócratas de Occidente sino *el dios es pueblo*: la divinidad encarna en la sociedad y le impone tareas inhumanas, sacrificar y ser sacrificada. La "paz azteca", como llama a la hegemonía mexica uno de sus eruditos idólatras contemporáneos, convirtió en institución permanente la guerra ritual; los pueblos vasallos, como el de Tlaxcala, tenían la obligación de celebrar periódicamente batallas campales con los aztecas y sus aliados para proveerlos (y proveerse) de cautivos destinados al sacrificio. Las naciones sojuzgadas constituían una reserva de alimento sagrado. La "guerra florida" combinaba la caza con el torneo y los dos con una institución filantrópica moderna: el banco de sangre.

(p. 124)

Es muy fácil horrorizarse ante el espectáculo de los sacrificios rituales; más difícil es entender que, bajo formas más o menos hipócritas, continúan realizándose en el mundo supercivilizado de hoy. Así lo observa Paz al escribir que no hay que ir a buscar paralelos históricos en el mundo asirio o en las hordas tártaras, o en las depredaciones de los hunos.

En realidad, los émulo de los aztecas no están en Asia sino en Occidente, pues sólo entre nosotros la alianza entre política y

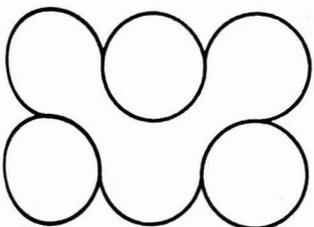
razón metafísica ha sido tan íntima, exasperada y mortífera: las inquisiciones, las guerras de religión y, sobre todo, las sociedades totalitarias del siglo XX.

(p. 127)

Lo que dice Paz aquí sobre estas instituciones de Occidente ayuda a ver en perspectiva y con mayor sobriedad los sacrificios rituales de los aztecas. No se trata, naturalmente, de justificarlos sino de comprenderlos. Una civilización como ésta de Occidente que durante siglos quemó a personas en la hoguera católica o protestante para salvar sus almas, en nombre de una concepción religiosa sobre cuya universalidad no es posible ponerse totalmente de acuerdo; una civilización que ha practicado durante siglos, y sigue practicando, el genocidio como forma de la conquista militar o la persuasión política; una civilización que, más recientemente, ha torturado multitudes en los campos de concentración de la Europa central o en los campos de trabajo de Siberia, no tiene base ninguna para censurar el sacrificio ritual de los aztecas. La misma perversión ideológica, la misma mezcla de necesidad política y justificación religiosa se advierte en unos y otros. El inquisidor español o el puritano de Salem, el conquistador británico en la India o el francés en el Congo, el médico nazi o el comisario socialista, los marines norteamericanos o los tanquistas soviéticos pertenecen (lamentablemente) a la misma raza humana que los sacerdotes aztecas y están movidos por los mismos resortes.

También es notable el paralelo que podría trazarse, por un lado, entre la figura del Inquisidor, que ordena quemar al hereje para salvar su alma y así glorificar a Dios en su infinita misericordia, o el comisario que persuade por el terror al "desviacionista" y lo obliga a acusarse de horrendos crímenes imaginarios, para poder enterrarlo en una cárcel en que su cuerpo habrá de podrirse para que su ideología (y la Historia, con mayúscula es claro) se salven; y por el otro lado habría que poner al sacerdote azteca que prepara a la víctima sacrificial con el mayor desvelo, y hasta le da alguna hierba para que no sufra tanto y él pueda arrancarle el corazón cuando aún está viva, o deshollarla para vestirse luego con esa piel de la víctima.

No hay que olvidar que la víctima, en la concepción religiosa de los aztecas, es una personificación del Dios: es el Dios. El sacrificio de la víctima es el sacrificio de Dios y cumple el mismo fin trascendente: preservar el orden cósmico, siempre amenazado. Innecesario decir que en la pasión de Cristo, la más famosa de todas las víctimas sacrificiales de Occidente, se reproduce el mismo esquema del sacrificio ritual. Por eso, cuando llegan los españoles al mundo azteca lo único que hacen es rechazar las formas más explícitas, o literales, del sacrificio ritual, y las sustituyen por las formas simbólicas del sacrificio Cristiano: la misma en que también la sangre de Cristo es derramada y su cuerpo consumido por las



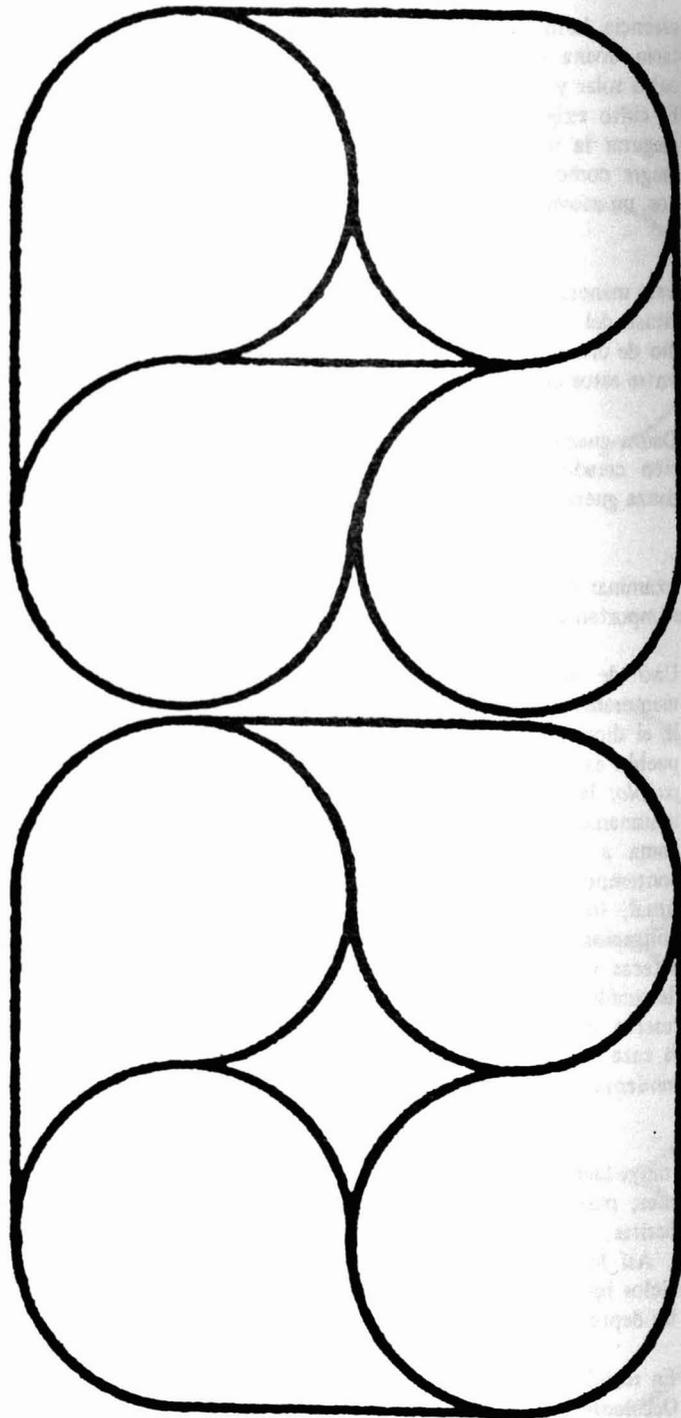
formas simbólicas del sacrificio Cristiano: la misma en que también la sangre de Cristo es derramada y su cuerpo consumido por los fieles. Recubierto de símbolos el sacrificio es tolerable, y España puede dedicarse a la conquista. Es decir: al genocidio, una forma más impersonal y totalitaria del sacrificio. Cuando digo España (aclaro) debe entenderse toda la Europa del siglo XVI y ahora el Occidente entero, sin excluir naturalmente al Tercer y al Cuarto Mundo, donde sobran los candidatos imperialistas. Si la historia del planeta Tierra la escribieran los marcianos o los selenitas, y no los propios interesados, no habría pueblo que se salvase.

VI

Para entender la concepción azteca del sacrificio ritual no basta la justificación que proporcionan los paralelos históricos o nuestro horrible presente. Decir que los asirios practicaban el genocidio o que la Inquisición rendía más culto a Moloch que a Jesús o que Vietnam equivale a la conquista del Oeste y la matanza de los indios norteamericanos, es decir poco. La diatriba no sirve. Lo que importa es otra cosa; ¿en qué fundamento basaban los aztecas esa concepción religiosa que los llevaba a practicar el sacrificio humano? O dicho de otra manera: ¿por qué las pirámides que eran observatorios astronómicos eran también mataderos?

La respuesta está en la concepción circular del tiempo que tenían los aztecas. En vez de concebir el tiempo como rectilíneo y moviéndose en una sola dirección —lo que lleva a interpretar el tiempo histórico como *progreso*—, los aztecas creían que el tiempo se curvaba sobre sí mismo para cerrarse en un anillo, como una serpiente que se muerde la cola. Ese proceso se realizaba, según sus cálculos astronómicos, cada 52 años. El tiempo aparecía, pues, cortado en ciclos de medio siglo cada uno, aproximadamente. Descubrir ese ritmo cíclico natural y asegurarse que no fuera interrumpido era el propósito básico de la religión azteca. De ahí los observatorios y el estudio minucioso del movimiento de los astros. Pero la naturaleza no inspiraba sólo curiosidad: también inspiraba terror. Había que vigilarla cuidadosamente para evitar que un cataclismo destruyera el orden cósmico y con él, a la especie. De ahí la necesidad permanente de apaciguar a los dioses por medio de los sacrificios humanos, de la sangre derramada y los corazones arrancados del cuerpo aún vivo de las víctimas.

Por otra parte, estas víctimas no eran sacrificadas en tanto que individuos y ésta es una de las diferencias mayores con el sacrificio ritual de la Inquisición o la quema de brujas de los puritanos. Las víctimas aztecas eran sacrificadas en nombre de la tribu. Perdían su identidad individual para asegurar con su sangre la supervivencia de la comunidad. Eran como una parte del cuerpo colectivo que era operado para asegurar la salud del resto. Por eso, las víctimas

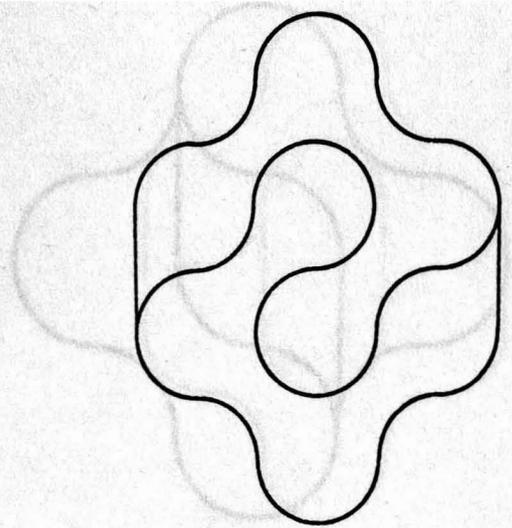


ace
que
En
sión
atril
sac
víct
en
se e
sacr
el n
misi
F
este
com
sole

E
m
p
n
n
el
er
de

In
ser s
dice
"dio
petri
indic
no.
capít
de l
sacril

Pa
er
la
vi
er
vi
co
en
vi
pc



aceptaban su papel propiciatorio de *formakós*, de la misma manera que en los Evangelios, Jesús acepta su papel de víctima y salvador. En muchos casos, el sacrificio ritual adquiría también otra dimensión, como en el ejemplo de Jesús. La víctima era investida con los atributos de un dios, era travestida en Dios. Al sacrificarla, los sacerdotes sacrificaban simbólicamente al dios. De ahí que la víctima aceptara esta impostura sublime que la acercaba, así fuera en una ceremonia que habría de costarle la vida, a la divinidad. No se están nada lejos aquí de la concepción simbólica y del ritual del sacrificio de Jesús que perdura en el sacrificio de la misa. También el martirio buscado por los primeros cristianos da testimonio de la misma relación simbólica de la víctima y el dios.

En varios lugares de *El laberinto de la soledad* se refiere Paz a este significado de los sacrificios rituales de los aztecas. Al comienzo del libro, cuando habla del profundo sentimiento de soledad que posee a los mexicanos, escribe:

En todos lados el hombre está solo. Pero la soledad del mexicano, bajo la gran noche de piedra de la altiplanicie poblada todavía de dioses insaciables, es diversa a la del norteamericano, extraviado en un mundo abstracto de máquinas, conciudadanos y preceptos morales. En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran.

(p. 18)

Inútil subrayar el carácter heideggeriano de esta descripción del ser suspendido sobre la nada, "entre el cielo y la tierra", como dice Paz. Lo que me interesa indicar ahora es otra cosa: esos "dioses insaciables", esos "poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran", a que hace referencia el texto, indican bien claramente que los dioses acechan al hombre mexicano. La única manera de apaciguarlos es por el sacrificio. En el capítulo III, donde Paz se ocupa más explícitamente del sentido de la muerte en México, hay unas frases definitivas sobre el sacrificio ritual:

Para los antiguos mexicanos la oposición entre muerte y vida no era tan absoluta como para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y a la inversa. La muerte no era el fin natural de la vida, sino fase de un ciclo infinito. Vida, muerte y resurrección era estados de un proceso cósmico, que se repetía insaciable. La vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte, su contrario y complemento; y la muerte, a su vez, no era un fin en sí; el hombre alimentaba con su muerte la voracidad de la vida siempre insatisfecha. El sacrificio poseía un doble objeto; por una parte, el hombre accedía al proceso creador (pagando a

los dioses, simultáneamente, la deuda contraída por la especie); por la otra, alimentaba la vida cósmica y la social, que se nutría de la primera.

(pp. 56-57)

En el párrafo siguiente, Paz desarrolla aún más claramente el sentido religioso del sacrificio. En realidad: no hay individuo, viene a decir:

Posiblemente el rasgo más característico de esta concepción es el sentido impersonal del sacrificio. Del mismo modo que su vida no les pertenecía, su muerte carecía de todo propósito personal. Los muertos —incluso los guerreros caídos en el combate y las mujeres muertas en el parto, compañeros de Huitzilopochtli, el dios solar— desaparecían al cabo de algún tiempo, ya para volver al país indiferenciado de las sombras, ya para fundirse al aire, a la tierra, al fuego, a las sustancia animadora del universo.

(p. 57)

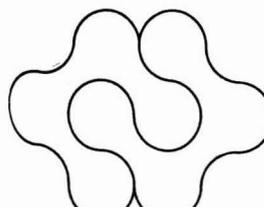
El análisis se completa de inmediato:

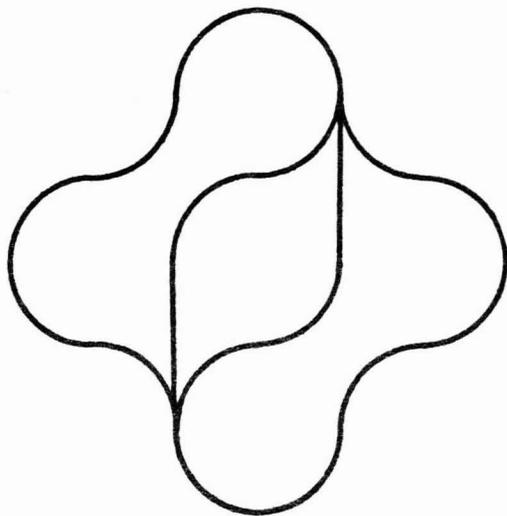
Nuestros antepasados indígenas no creían que su muerte les pertenecía, como jamás pensaron que su vida fuese realmente "su vida", en el sentido cristiano de la palabra. Todo se conjugaba para determinar, desde el nacimiento, la vida y la muerte de cada hombre: la clase social, el año, el lugar, el día, la hora. El azteca era tan poco responsable de sus actos como de su muerte.

(p. 57)

La llegada de los españoles y la Conquista plantean al indígena un dilema aparentemente insoluble. Porque la religión de los conquistadores está basada prácticamente en el individuo, en su responsabilidad personal, en su salvación personal. Paz analiza lúcidamente ese dilema:

El advenimiento del catolicismo modifica radicalmente esta situación. El sacrificio y la idea de salvación, que antes eran colectivos, se vuelven personales. La libertad se humaniza, encarna en los hombres. Para los antiguos aztecas lo esencial era asegurar la continuidad de la creación; el sacrificio no entrañaba la salvación ultraterrena, sino la salud cósmica; el mundo, y no el individuo, vivía gracias a la sangre y la muerte de los hombres. Para los cristianos, el individuo es lo que cuenta. El mundo —la historia, la sociedad— está condenado de antemano. La muerte de Cristo salva a cada hombre en particular. Cada uno de nosotros es el Hombre y en cada uno están depositadas





las esperanzas y posibilidades de la especie. La redención es obra personal.

(p. 58.)

El dilema que aparece así esbozado, tiene una solución, según Paz:

Ambas actitudes, por más opuestas que nos parezcan, poseen una nota común: la vida colectiva o individual, está abierta a la perspectiva de una muerte que es, a su modo, una nueva vida. La vida sólo se justifica y trasciende cuando se realiza en la muerte. Y ésta también es trascendencia, más allá, puesto que consiste en una nueva vida. Para los cristianos la muerte es un tránsito, un salto mortal entre dos vidas, la temporal, la ultraterrena; para los aztecas, la manera más honda de participar en la continua regeneración de las fuerzas creadoras, siempre en peligro de extinguirse si no se les provee de sangre, alimento sagrado. En ambos sistemas vida y muerte carecen de autonomía; son las dos caras de una misma realidad. Toda su significación proviene de otros valores, que las rigen. Son referencias a realidades invisibles.

(p. 59.)

Por este camino de la trascendencia, la concepción católica y la azteca de la muerte se unen. Encarada como hazaña individual o colectiva, la muerte es una forma de la trascendencia ya que da paso a una nueva vida: del individuo en el más allá cristiano, de la especie en el más acá de un ciclo cósmico que se repite incesantemente. Sobre esta doble base se apoya pues la concepción moderna de la muerte en México. Lo que es común a la doble base es que la vida y la muerte no son sino etapas de un proceso que las trasciende a ambas. En sí mismas, nada significan.

VII

Hay que volver, pues, al punto de partida: la realidad mexicana de los años cuarenta, en que Paz escribe su meditación sobre el *Laberinto de la soledad*. El enfoque básico está contenido en una sentencia:

La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida. El mexicano no solamente postula la intrascendencia del morir, sino la del vivir.

(p. 60.)

A partir de este enfoque, Paz sutiliza aún más su análisis para demostrar que esa doble indiferencia ante la vida y la muerte es fundamento de un culto a la muerte:

El desprecio a la muerte no está reñido con el culto que le profesamos. Ella está presente en nuestras fiestas, en nuestros juegos, en nuestros amores y en nuestros pensamientos. Morir y matar son ideas que pocas veces nos abandonan. La muerte nos seduce. La fascinación que ejerce sobre nosotros quizá brote de nuestro hermetismo y de la furia con que lo rompemos. La presión de nuestra vitalidad, constreñida a expresarse en formas que la traicionan, explica el carácter mortal, agresivo o suicida, de nuestras explosiones. Cuando estallamos, además rozamos el vértice vibrante de la vida. Y allí, en la altura de ese frenesí, sentimos el vértigo: la muerte nos atrae.

(p. 61.)

Como el mundo está cerrado al hombre y como no hay salida, lo único valioso en la vida es la muerte, continúa diciéndonos Paz: por eso, afirmamos la muerte:

Calaveras de azúcar o de papel de china, esqueletos coloridos de fuegos de artificio, nuestras representaciones populares son siempre burla de la vida, afirmación de la nadería e insignificancia de la humana existencia. Adornamos nuestras casas con cráneos, comemos el día de los Difuntos panes que fingen huesos y nos divierten canciones y chascarrillos en los que ríe la muerte pelona, pero toda esa fanfarrona familiaridad no nos dispensa de la pregunta que todos nos hacemos: ¿qué es la muerte? No hemos inventado una nueva respuesta. Y cada vez que nos la preguntamos, nos encogemos de hombros: ¿qué me importa la muerte, si no me importa la vida?

(p. 61.)

A partir de ahí, Paz asedia la concepción de la muerte en el hombre mexicano de hoy para concluir que esa intimidad con la muerte carece de verdadera significación erótica:

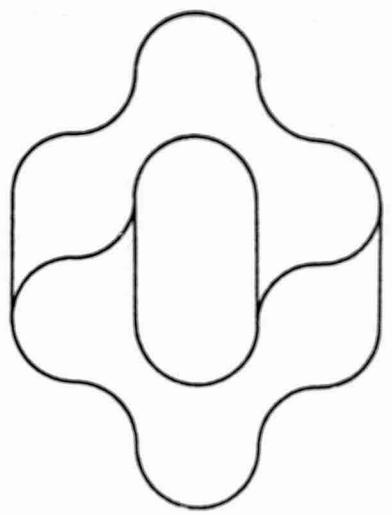
En un mundo intrascendente, cerrado sobre sí mismo, la muerte mexicana no da ni recibe; se consume en sí misma y a sí misma se satisface. Así, pues, nuestras relaciones con la muerte son íntimas —más íntimas, acaso, que las de cualquier otro pueblo— pero desnudas de significación y desprovistas de erotismo. La muerte mexicana es estéril, no engendra como la de aztecas y cristianos.

(pp. 61-62.)

Aquí está la clave del análisis de Paz: la esterilidad de la concepción mexicana de la muerte, su falta de trascendencia. Para el hombre enajenado de los años cuarenta, ni la vida ni la muerte significan nada. En vez de considerarlas como parte de un proceso que permite una trascendencia (cíclica, como en los aztecas; hacia

un
cons
Y
actit
abrir
un s
Paz,
mod
Corti
todo:
laber
incap
De
según
una c
en la
no p
más c
el gri
estar
violac
La
equi
pel
int
Seg
comu
dad, e
ledad.
comer
mient
A
más c
muert
principj
la mu
por se
eso m
alfa y
sexual
contin
lleva ;
acertac
Res
luz de

ALBERTO



un más allá, como en los cristianos), la vida y la muerte se consumen en sí mismas; no engendran nada.

Ya en otros pasajes del *Laberinto* había analizado Paz esa actitud del hombre mexicano de estar cerrado al mundo; de temer abrirse (rajarse); de condenar a la mujer por ser precisamente eso, un ser abierto al Otro. El machismo mexicano, como lo analiza Paz, tiene esa configuración subconsciente y simbólica. Del mismo modo que históricamente se condena a la Malinche (que ayudó a Cortés a conquistar México), esa condenación parece extenderse a todos aquellos seres que se abren al exterior. Encerrado en el laberinto de su soledad, el hombre mexicano (nos dice Paz) es incapaz de trascendencia, de comunión, de entrega.

De ahí también el significado equívoco de la fiesta mexicana, según la analiza Paz en su libro. Toda Fiesta implica naturalmente una comunión, una trascendencia del yo individual hasta perderse en la colectividad, un abrirse al Otro. Pero el mexicano moderno no puede abrirse. Su Fiesta culmina en el grito desgarrado, pero más que un grito de alegría, de entrega, es el grito del acuchillado, el grito del orgasmo violento del macho. La vinculación entre ese estar cerrado, ese negarse a la entrega, y el erotismo sádico del violador, aparece claramente indicada en este pasaje:

La Fiesta y el crimen pasional o gratuito, revelan que el equilibrio de que hacemos gala sólo es una máscara, siempre en peligro de ser desgarrada por una súbita explosión de nuestra intimidad.

(p. 66.)

Según este análisis, la Fiesta mexicana en vez de conducir a la comunión de todos conduce a la comprobación (horrible) de la soledad, el enajenamiento, el estar encerrado en el laberinto de la soledad. La indiferencia atroz ante la vida y la muerte que ya se ha comentado es el fundamento de esa soledad y de ese enajenamiento.

A esta altura de su libro, Paz habrá de buscar una explicación más detallada de las relaciones profundas entre el culto de la muerte y el erotismo violento, sádico, que le parece característica principal del machismo mexicano. También explorará el papel de la mujer en la configuración simbólica de vida y muerte. La mujer, por ser la dadora de la vida, se confunde con la tierra; pero por eso mismo, se confunde con la muerte. En la mujer se encuentra el alfa y el omega de la existencia del hombre. De ahí que el acto sexual sea, a la vez, un rito de vida (la fecundación que asegura la continuidad de la especie) y un rito de muerte (el orgasmo que lleva al individuo al anonadamiento y que los franceses llaman acertadamente, "petite morte").

Resumo y hasta interpreto aquí lo que dice Paz en su libro a la luz de lo que dice, más tarde, en otros luminosos ensayos sobre el

tema. Porque en realidad, y desde este punto de vista, *El laberinto de la soledad* es como un semillero de las muchas ideas y perspectivas que Paz luego desarrollará, con mayor profundidad, en otras obras. Lo mismo podría decirse de lo que ya apunta aquí sobre el papel que el culto de la muerte tiene en la idea de la revolución. Pero todos estos temas reaparecen, más ampliamente, en los sucesivos volúmenes de ensayos que Paz publicará a partir de *El laberinto de la soledad*. Su examen queda fuera del campo de este trabajo.

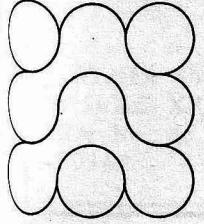
Quisiera hacer una última consideración: el ensayo de Paz es una reflexión un espejo, textual, en el que se refleja en palabras una realidad naturalmente no verbal. Por eso mismo, lo que dice Paz tiene validez en el contexto de la escritura. Es decir: funciona como un sistema literario que alude o se refiere a un sistema exterior no literario. Es posible que antropólogos y arqueólogos, especialistas en ciencia política o histórica, teólogos y arbitristas discrepen violentamente con su visión y sus conclusiones. No me corresponde decidir quién tiene razón en esta polémica imaginaria.

Lo que sí me corresponde decir es que la realidad mexicana a la que se refiere Paz, o ese hombre mexicano a que alude (sea o no azteca, español-azteca, moderno), tienen un significado muy explícito dentro del texto: allí funcionan también como realidades verbales, es decir: como texto. *El laberinto de la soledad* ofrece, pues, una clave para descifrar no la realidad mexicana en sí misma (ente imposible de captar si no es por el expediente de la verbalización) sino una clave para descifrar el texto de la realidad mexicana. Texto, por definición, infinito y contradictorio. La importancia del libro de Paz se prueba porque ya ha dejado de ser una lectura individual, hecha por un poeta nacional, para convertirse en un texto paralelo que acompaña, desde 1950, a ese otro texto más general que por razones de simplificación llamamos la "realidad mexicana". Esa "realidad" ya no es la misma desde que Octavio Paz empezó a leerla, con angustia y lucidez, un día de los años cuarenta y en los Estados Unidos. Desde entonces, la "realidad mexicana" y la lectura de Octavio Paz son inseparables.

Nota.

Para este trabajo he manejado la primera edición de *El laberinto de la soledad* (México, Cuadernos Americanos, 1950), así como la sexta reimpresión de la segunda edición, "ampliada y revisada", de 1959 (México, Fondo de Cultura Económica, 1970). Para *Posdata*, he utilizado la tercera edición (México, Siglo XXI, 1970), así como la séptima que reproduce las correcciones y los agregados de la cuarta edición de 1970: (México, Siglo XXI, 1972).

Una versión más breve de este trabajo fue leída en el Congreso sobre la Ciencia y el Hombre en las Américas, el día 30 de junio de 1973, en la ciudad de México. (ERM)



U45

CONCURSO PRIMERA NOVELA

CONVOCATORIA

Se convoca a todos los escritores de lengua española a participar en el CONCURSO DE PRIMERA NOVELA, organizado por el Fondo de Cultura Económica. El certamen estará normado por las siguientes

BASES

I. Podrán concursar escritores de lengua española de cualquier edad, sea cual fuere su lugar de residencia, a condición de que la que envíen al concurso sea su PRIMERA NOVELA; para tales efectos bastará que no hayan publicado anteriormente ninguna obra de este género.

II. El jurado del concurso estará constituido por escritores prestigiosos de lengua española y el fallo será inapelable. En su oportunidad se darán a conocer los nombres de los miembros del jurado, quienes emitirán su fallo en la ciudad de México, un mes antes de la entrega del premio.

III. El premio, de \$125,000.00 M.N., o DIEZ MIL DOLARES, será único; aunque a juicio de los miembros del jurado puedan otorgarse menciones honoríficas a los autores que las merezcan.

IV. Las novelas que concursen deberán cubrir los siguientes requisitos:

- a) ser inéditas (además de las editadas en libro, tampoco se admitirán aquellas obras que hayan aparecido a modo de fragmentos publicados por entregas o en otra forma en revistas y/o publicaciones periódicas de diversa naturaleza);
- b) estar limpiamente mecanografiadas (no se admitirán textos escritos a mano), a doble espacio, por uno solo de los lados de las cuartillas.

V. Las obras deberán enviarse, en sobre cerrado y con un original y cuatro copias, antes del 2 de septiembre de 1974, fecha en que quedará cerrado el concurso. La identidad del concursante deberá ampararse en un seudónimo o lema; para ello se acompañará otro sobre cerrado, con el seudónimo escrito en el exterior, y dentro del cual se indiquen el nombre, la nacionalidad y el domicilio del concursante.

VI. El envío de las obras deberá hacerse a la siguiente dirección:

CONCURSO: PRIMERA NOVELA
Fondo de Cultura Económica
Avenida de la Universidad 975
México, D. F., ZONA POSTAL 12
MEXICO.

VII. El Fondo de Cultura Económica publicará el libro premiado, así como las novelas con mención honorífica que los miembros del jurado recomienden como dignas de ser dadas a conocer en forma de libro. Los escritores cuyos libros se publiquen, tendrán todos los derechos de autor que fija la ley, mediante contrato formal con el Fondo de Cultura Económica, en los términos regulares de tales convenios. (El ganador del concurso recibirá aparte, por supuesto, el dinero del premio, sin perjuicio de los derechos de autor que le correspondan).

VIII. En caso de residir en el extranjero, el autor premiado viajará a la ciudad de México, lugar de entrega del premio, con todos los gastos pagados por el Fondo de Cultura Económica.

Fondo de Cultura Económica

México, D.F., octubre de 1973.

DIALOGOS

artes / letras / ciencias humanas

Número 54 (noviembre-diciembre 1973)

En este número:

Homero Aridjis: *Por las sendas del verde (fragmentos)*

Horacio Jinich, *Reflexiones sobre la risa*

Alejandro Rossi: *Regiones conocidas*

Juan García Ponce: *Vicente Rojo y los signos*

Rodolfo Stavenhagen: *El compromiso de las ciencias sociales en México*

Nico Suárez: *Dos poemas*

Emir Rodríguez Monegal: *Borges: la imaginación del lector*

Larissa Lomnitz: *La mujer marginada de México*

Director: Ramón Xirau

Venta y suscripciones: El Colegio de México

Librería: Guanajuato 131, México 7, D. F.

Tel. 574-65-17

UNAM/DIFUSION CULTURAL

DISCOS DE RECIENTE APARICION:

Luis Rius

Voz del autor, introducción de Arturo Souto

Luis Rius Azcoitia. Nace en Tarracón (Cuenca), España. Exilados sus padres debido a la guerra civil de 1936-39, vive en Francia y pasa después a América. Vía Nueva York llega a México y aquí reside desde su niñez.

Ha publicado hasta hoy cuatro libros de poesías: *Canciones de vela* (1951); *Canciones de ausencia* (1954); *Canciones de amor y sombra* (1965); *Canciones a Pilar Rioja* (1968). Ha sido colaborador y fundador de diversas revistas literarias. Autor de ensayos críticos, sobresale el que dedica a la poesía de Carlos Pellicer y su libro sobre la vida de León Felipe, con quien tuvo una entrañable amistad durante los últimos años del viejo poeta, es el más completo que se conoce. Pertenece a la generación de escritores que, llegados a México, aquí se han formado y de hecho constituyen un nuevo ejemplo de mestizaje hispano-americano.

NOVEDADES



MEJIDO, M.
México amargo
382 pp. \$30.00

CASTRO, F.
... Hoy somos un pueblo entero
conquistando el porvenir
176 pp. \$14.00

SILVA HERZOG, J.
Mis últimas andanzas 1947-1972
352 pp. \$40.00

BARTHES, R.
El grado cero de la escritura
248 pp. \$30.00

FREIRE, P.
¿Extensión o comunicación?
112 pp. \$12.00

MEYER, J.
La Cristiada I - La guerra de los
cristeros
424 pp. 12 láminas \$60.00

STANDING, M.
La revolución Montessori en la
educación
204 pp. \$30.00

CARVALHO, P.
El folkllore de las luchas sociales
C. M. 64, 224 pp. \$15.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O
EN: SIGLO XXI EDITORES, S. A. - GABRIEL MAN-
CERA No. 65, MEXICO 12, D. F. - TELEFONO
543-93-92

Libros Académicos

CILA

Sullivan 31 bis

José Carlos
Becerra
**EL OTOÑO
RECORRE
LAS ISLAS**

[Obra poética 1961/1970]



Prólogo de Octavio Paz
Edición preparada por
José Emilio Pacheco
y Gabriel Zaid



Ediciones Era

**LA PALABRA
Y
EL HOMBRE**

Número 8 octubre-diciembre 1973 ■ Revista de la Universidad Veracruzana

Fernando Winfield Capitaine, *Testamentos de pardos y mulatos*

Alfonso González, *El caciquismo a través de la honomástica en "Doña Bárbara" y "Pedro Páramo"*

Socorro Merlín, *La participación del teatro en la educación primaria*

Eliseo Andrade Carmona, *"El astillero" de Onetti: un vacío humano*

Sergio Galindo, *Querido Jim*

Luis Arturo Ramos, *Penélope*

Sergio Gómez Montero, *Actitud del hombre*

Germán Castillo, *Sueños y pesadillas*

Miguel Gonzávelar, *La muerte de Adelita*

Griselda Gambaro, *Sólo un aspecto*



JOAQUIN MORTIZ
libros recientes



Octavio Paz
EL SIGNO Y EL GARABATO
\$ 32.00

Agustín Yáñez
LAS VUELTAS DEL TIEMPO
\$ 50.00

Héctor Morales Saviñón
APENAS LA MEDIANOCHE
\$ 50.00

Jesús López Pacheco
LA HOJA DE PARRA
\$ 32.00

Arturo Azuela
EL TAMAÑO DEL INFIERNO
\$ 48.00



En todas las librerías y en
Tabasco 106, México 7, D.F.
Teléfonos 533-12-50 y 533-12-51



plural
Crítica / Arte / Literatura

Sumario No. 27, diciembre / 1973
número extraordinario

Román Jacobson: Post-scriptum

Octavio Paz: El ocaso de la vanguardia (II)

Suplemento: Alfred Jarry o las excepciones
de sí mismo

Poesía de:

Roberto Juarroz / Tomás Segovia /

Marco Antonio Montes de Oca / Carlos Isla

Narraciones de:

Carlos Fuentes / Samuel Beckett /

Guillermo Cabrera Infante /

Carlos Páramo / Manuel Capetillo

Ensayos de

Gillo Dorfles / Fernando del Paso /

Laurence Alloway / Guillermo Sucre

Notas de actualidad

Gabriel Zaid / Alejandro Rossi

Libros / Arte / Letras / Cine / Teatro / Jazz

Director: Octavio Paz

Jefe de Redacción: Kazuya Sakai

Reforma 12 - 505, México 1, D. F.